



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>

Span 5639.2,35

HARVARD COLLEGE
LIBRARY



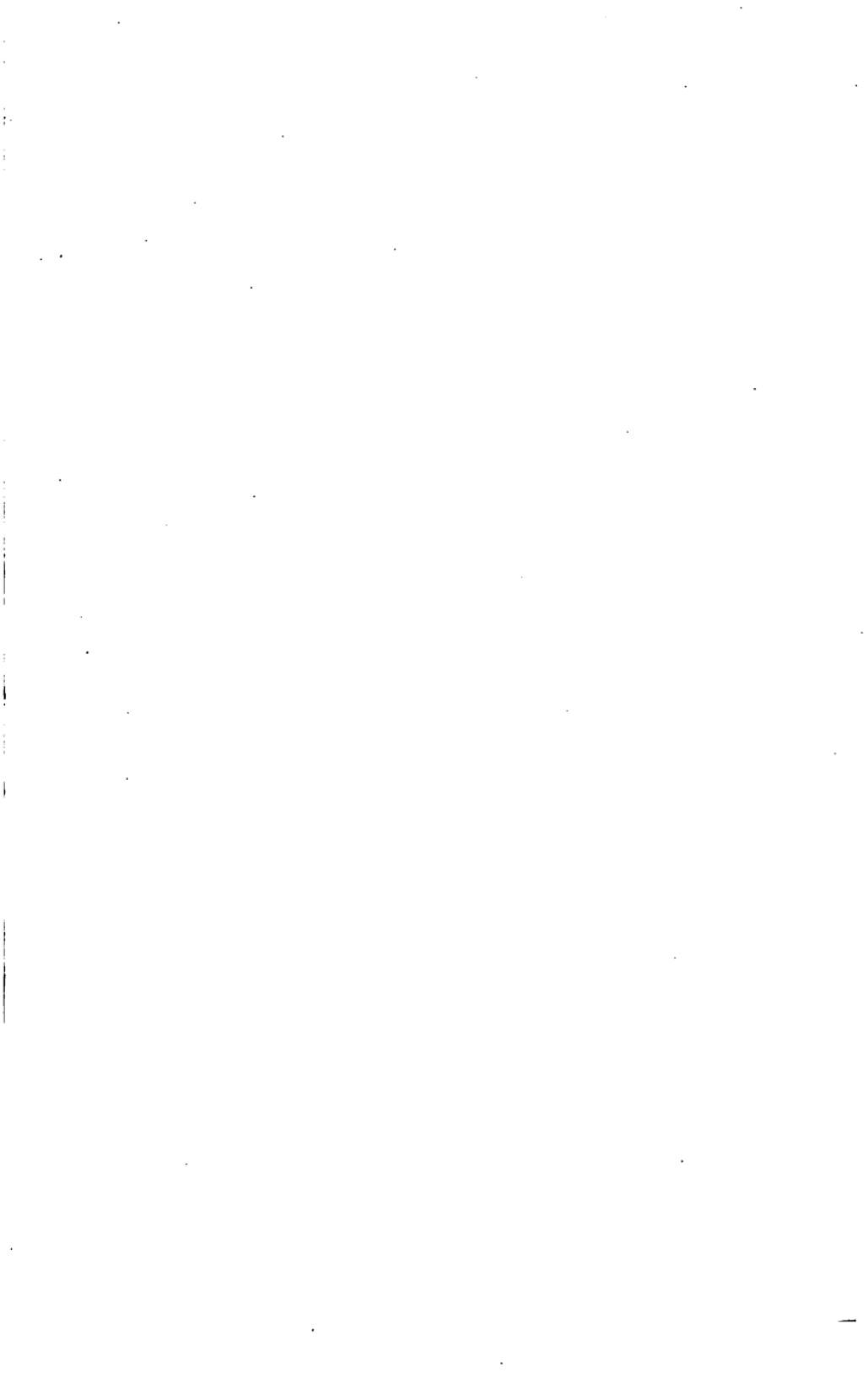
FROM THE FUND OF
CHARLES MINOT

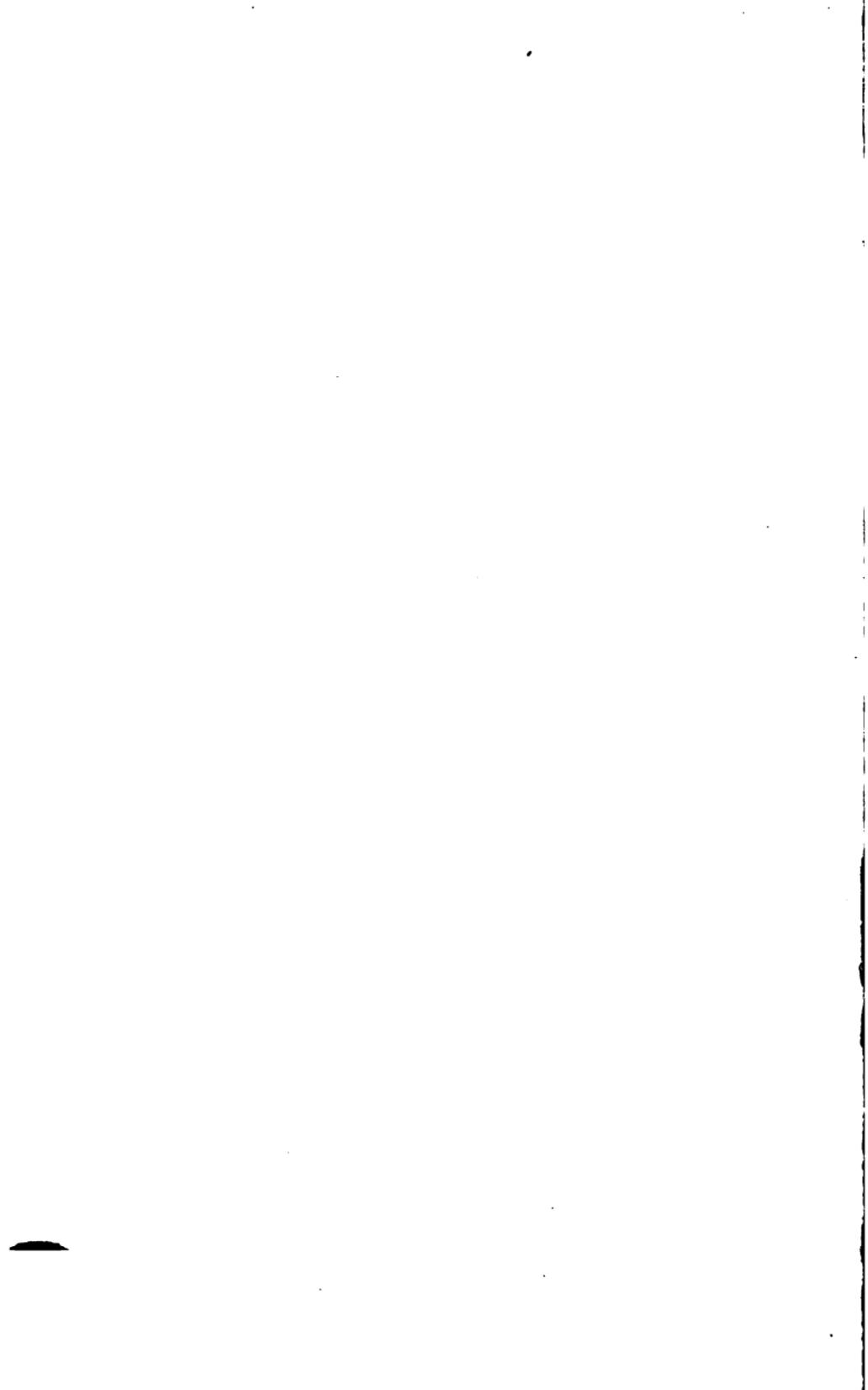
CLASS OF 1828







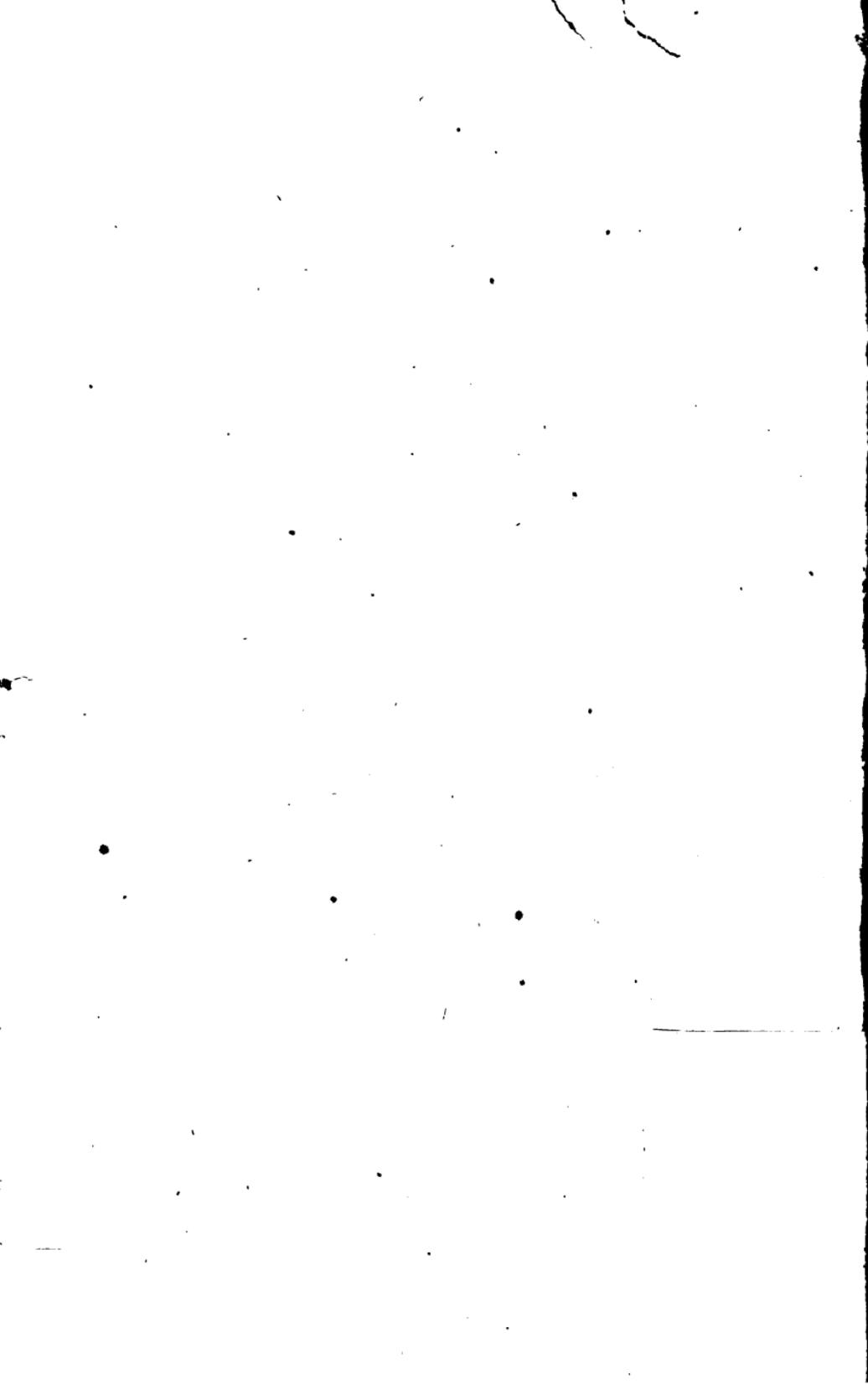




id

Span 5639.2.35

DIAS SIN SOL.



DIAS SIN SOL,

FOR

• DON VICENTE BARRANTES,

CON UNA CARTA

DE

DON ANTONIO DE TRUEBA.

MADRID

ADMINISTRACION:

Errano (barrio de Sala-
núm. 16, segundo.

LIBRERÍAS:

Murillo, Duran, Bailly-Bailliere,
San Martin y Leocadio Lopez.

1875

Spain 5639.2.35

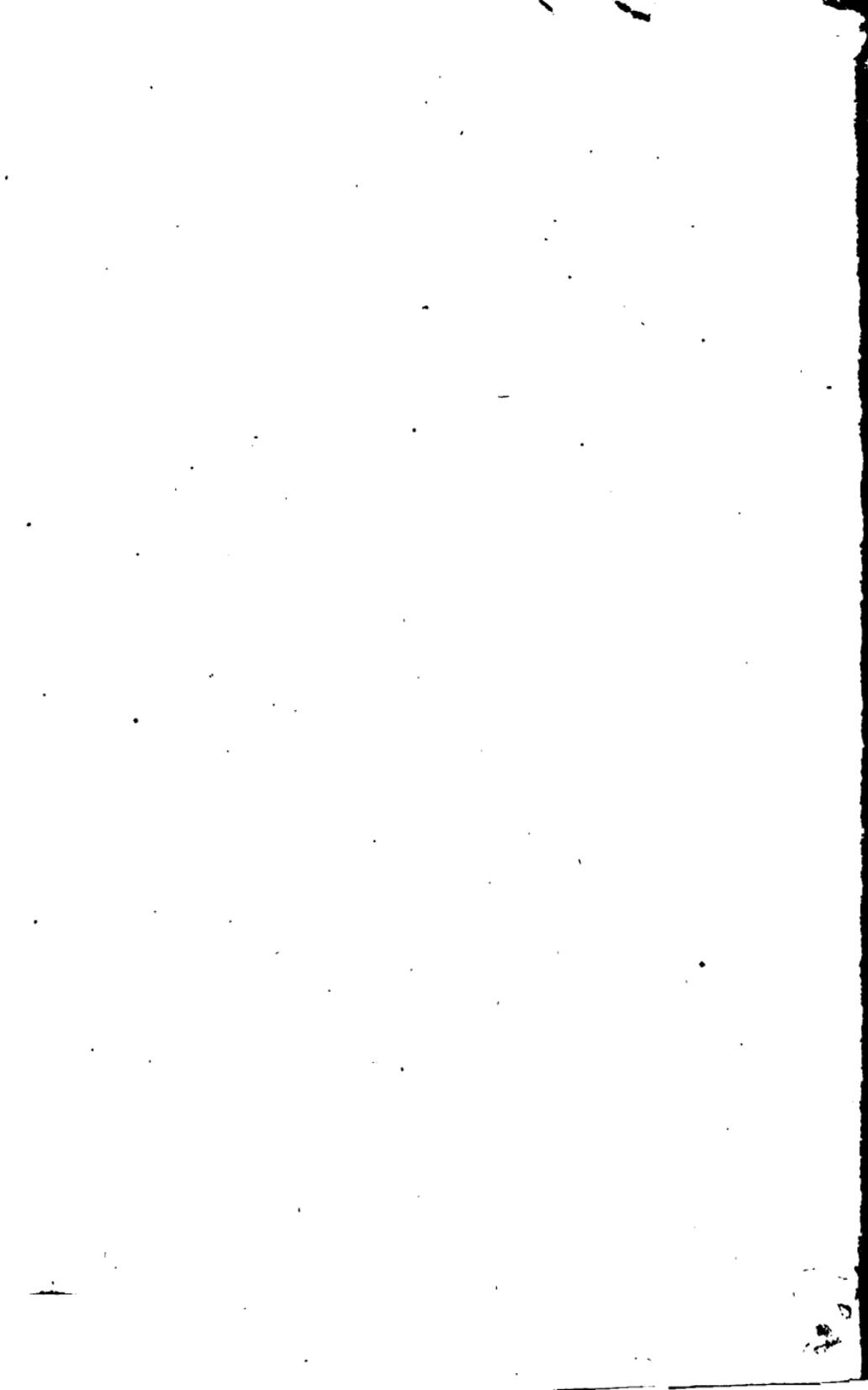


Miniot fund

Es propiedad del autor.

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE P. NUÑEZ,
Corredera Baja de San Pablo, 43.

DEDICATORIA.



A MI ESPOSA.

¿Recuerdas aquel nido
de amores casto,
donde de la borrasca
nos refugiamos,
como palomas
que al gavilan le han visto
la garra corva?

¿Te acuerdas, vida mia,
de aquel oasis,
sombreado de parras
y naranjales,
que en el estío,
del sol hacen los rayos
dulces y tibios?

¿Recuerdas...: ¿quién lo duda
que lo recuerdas?
el cenador cubierto
de verde yedra,
que al mar miraba,
como balcon morisco
de una sultana?

¿Te acuerdas de las noches
que allí pasamos,
sobre el banco de césped,
entrelazados,
mientras el sueño
dormían de los ángeles
nuestros polluelos?

Tal vez la casta luna,
discreta siempre,
los tupidos festones
de yedra verde
trémula alzaba,
y... otra vez se escondía,
desengañada.

Que pensó en amorosa
lid sorprendernos,
y... ¡ay de mí! eran suspiros,
presentimientos,
tristes memorias,
lo que en tropel brotaba
de nuestras bocas.

¡Pobres algas, que al fondo
del mar humano,
arrancan las corrientes
hechas pedazos,
las portuguesas
playas nos recogieron
en lodo envueltas!

¡Todo en tu seno calma,
tierra de Luso,
y en nuestros corazones
vergüenza y luto...!
¡Llorar á España
en la tierra envidiosa
de Lusitania!

¡Llorar!... cuando la cuna
salta en astillas,
y láres y penates
caen en ruinas,
amor de patria
es veste de centáuro
que nos abrasa.

Sin la santa creencia
de un Dios eterno,
que al malvado castiga,
que premia al bueno,
al hondo báratro
se hubieran nuestras almas
precipitado.

¿Te acuerdas...? de Lucina
ya aquella noche,
los rayos no alumbraban
el horizonte,
y negro y mudo
cual nuestros pensamientos
estaba el mundo.

El mar adormecido,
con noble calma
desataba en la arena
cintas de plata,
que nos traían
empapada en aromas
su dulce brisa.

Sobre la tersa espalda
de aquel gigante,
como estrellas que el cielo
cruzan errantes,
luces fosfóricas
titilando cruzaban
entre las sombras.

En la lengua de Cámoens,
de blando acento,
cantaba sus ternezas
el marinero,
por despedida
al puerto, adonde acaso
no volvería.

Rizábase la vela
 como un plumaje,
 y los palos crugian
 cortando el aire,
 y espumas blancas
 iban marcando el paso
 de aquel fantasma.

Libre el viento lo lleva,
 libres las olas...
 dichoso el marinero
 que va en la popa,
 libre cantando,
 como entre la arboleda
 cantan los pájaros!

—Mañana—me digiste—
 •verá ese hombre
 •el faro de Sanlúcar,
 •ó el de Ayamonte;
 •luego las playas...
 •las playas ¡ay! queridas
 •de nuestra España.

•Nosotros... ¡Dios lo sabe!
 •¡Dios sabe cuándo!...
 (y tus hermosos ojos
 nublaba el llanto.)
 —Abre tu puerta,
 •España, al extranjero
 •que á mí me cierras.

Y tendimos las manos,
puestos de hinojos,
bendiciendo á la nave,
que poco á poco
se nos perdía
detrás del sacro monte
de la Arrabida.

Y en nuestros corazones
negra, afilada,
nuevamente la envidia
clavó su garra...
¡Ay quién nos diera
hácia la pobre España
tender la vela!

¡Si aquellos dulces niños
de ojos azules,
que dormían el sueño
de los querubes,
en el hermoso
suelo español, volvieran
á abrir los ojos!...

¡Si Dios de nuestros templos
no hubiera huido!...
¡si nuestro hogar halláramos
siquiera tibio,
y ya apagado
aquel volcan que ardía
del Ebro al Tajo!...

Si el sueño no turbáran
 en las ciudades
 desenfrenadas turbas
 ébrias de sangre...
 ¡qué dicha fuera
 hácia la pobre España
 tender la vela!

.....

Noches de insomnio y duelo,
 que allá pasamos,
 sobre el banco de césped
 entrelazados,
 en este libro
 con sangre de mis venas
 voy á escribiros.

Paloma que acompañas
 con tus arrullos
 los cantos de mi lira
 roncós y rudos,
 y desde el suelo
 me levantas al trono
 de Dios eterno,

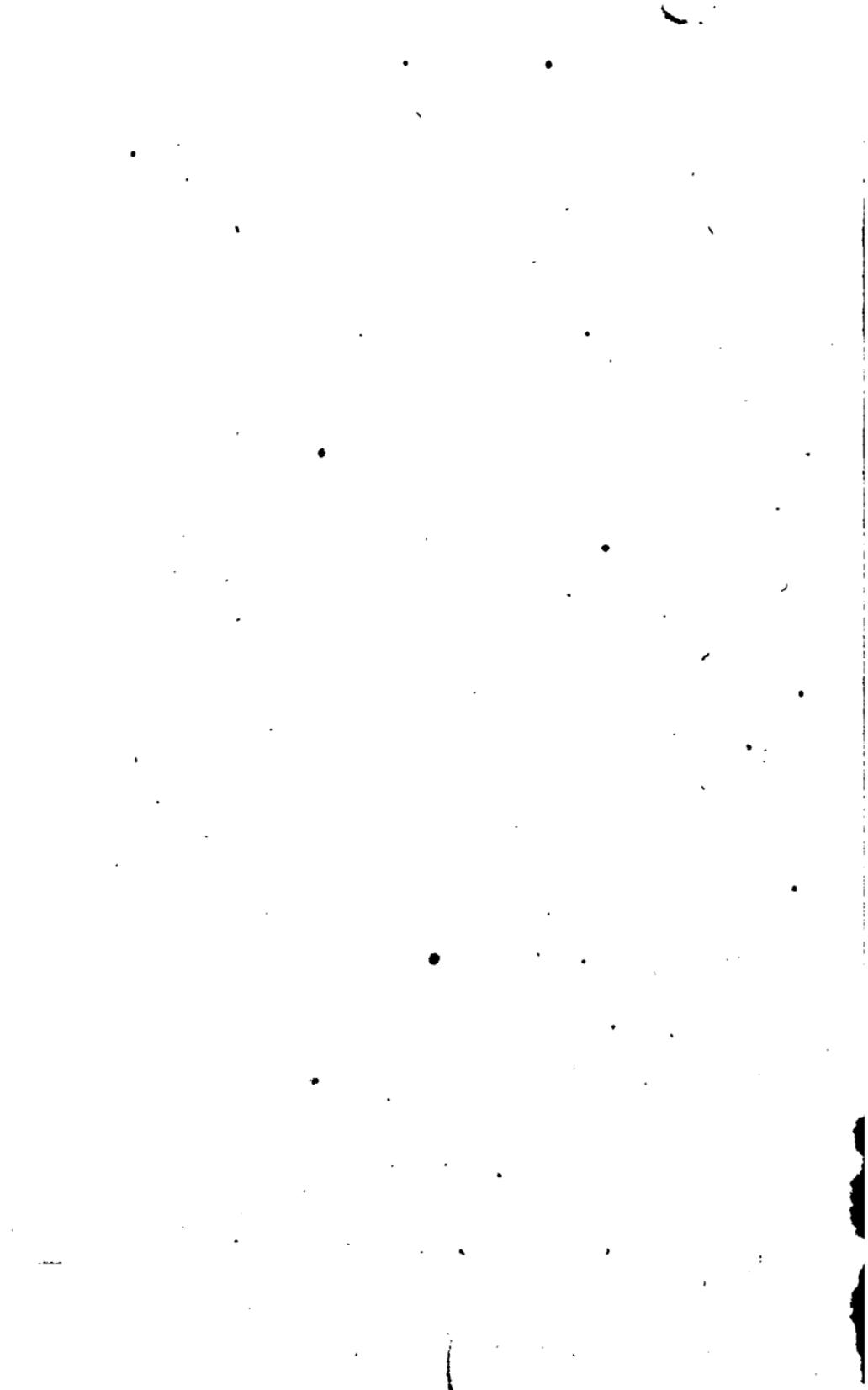
También bajo tus alas
 quiero que lleves
 elegias de España,
 que á España vuelven...
 Tú, que eres madre,
 préstales el abrigo
 de tu plumaje.

Ya otra vez á sus aras
Dios ha subido;
ya nuestro hogar no vemos
sólo ni frío;
ya en este hermoso
suelo, nuestros amores
abren los ojos.

—
Hagamos perdurables
en su memoria
las tristes agonías
de aquellas horas,
por tí empapadas
en el óleo bendito
de la esperanza.

Madrid 31 de Diciembre de 1874.

PRÓLOGO.



15 de Noviembre de 1874.

No es un libro lo que va á leerse, aunque su título, quizás en demasía pretensioso, descubra en el autor plan más alto que el que realiza ahora; ni es tampoco una coleccion armónica de poesías, como pudo y debió serlo, formando estos versos, segun forman, un conjunto, que obedece á una misma inspiracion y un mismo objetivo se proponé. ¿Cómo se explican, pues, tales incongruencias? De un modo bien grato para el patriotismo del autor, que no puede ménos de felicitarse de haber dejado su obra incompleta, porque al cielo plugo que no siguieran amaneciendo para España *días sin sol*.

Cuando el edificio magestuoso de nuestra nacional grandeza, amasado con la sangre de tantos héroes y las lágrimas de tantas generacionés, se deshacia bajo la brutal piqueta de una demagogia estúpida, enemiga de Dios y de todo lo grande, reparó el autor cierta vez que á los estallidos del patriotis-

mo vibraban en su corazón casi muerto, fibras que él creía embotadas por los años; fibras que iban á buscar en el más oscuro rincón de su estudio una pobre y olvidada lira, muda y rota desde otra época no ménos triste para él, en que un dolor inmenso espantó de su lado á la musa de la juventud y de las ilusiones...

Compuestas fueron las estrofas que van á leerse desde los primeros días de la primavera á los últimos del invierno de 1873, período que en la historia de nuestras revoluciones abre un paréntesis asqueroso y abominable.

¡Extraño contraste! ¡Singular alternativa de amargos recuerdos é inesperados placeres! Son estas breves páginas para el poeta uno de tantos avisos como da el cielo á los hombres, para que no se entreguen con peligroso extremo á las locas esperanzas, ni á la impía desesperación. Tal como en los eclipses totales que el sol padece, la naturaleza, casi difunta, engañada por las sombras de aparente noche, hace enmudecer á los pájaros y á las flores cerrar su cáliz, así cerrada mi alma á todo sentimiento dulce y halagüeño, se despertaron dentro de mí voces siniestras y temerosas, mensajeras á un tiempo de dolor y placer, que iban alternadamente señoreándola.

Hallar entre las ruinas de la casa paterna las astillas de la cuna donde nos meció nuestra madre, la losa del umbral donde á la puesta del sol nos

sentábamos á dirigir al cielo nuestras plegarias, ó el hoyo formado con nuestro mismo dedo infantil para ocultar un pequeño tesoro á la avaricia de nuestros hermanos, es impresion pasajera comparada con la del hombre, que ya casi en lo alto de las asperezas de la vida, cuando la frente se dobla hasta el suelo abrumada por su corona de desengaños, encuentra entre las ruinas de su corazón una de aquellas voces armoniosas con que hablaba en su juventud á los pájaros y á las flores, á las mujeres y á los sueños, á todo lo que en tan feliz edad canta y ríe, ama y sueña; aquella voz que al pobre cautivo de Argel, más poeta que todos los poetas juntos que ha producido la humanidad, le era tan envidiable y tan preciosa, que no creyó jamás que Dios se la hubiera dado, y pasó mucha parte de su vida exclamando á sus solas tristemente :

..... me afano y me desvelo
por parecer que tengo de poeta
la gracia que no quiso darme el cielo.

Un náufrago que al salvarse en carcomido leño siente que lleva en el bolsillo el retrato de su amada y sobre el pecho la estampa bendita de la vírgen de Guadalupe, no se encuentra más regenerado, más redivivo, más espíritu de luz surgiendo en la sombra, que yo me encontré al considerar que la inspiracion poética no me huía con aquel espanto que algunas veces imaginarme pude.

¡Oh musa resucitada de mis veinticinco primaveras! Tú también habías envejecido; tú también caminabas encorvada, sin levantarte más que para mirar al cielo. Tú ya no sabías cantar, sino gemir; no derramabas armonías, sino lágrimas, como voz que sale de una garganta seca á una atmósfera abrasadora y asfixiante. España era un volcan, constantemente atizado por el soplo diabólico de la demagogia. Nuestra resurreccion tenia algo de providencial, de apocalíptica. ¿Dónde despertábamos? ¿Era el infierno?

A mi humilde retiro de Extremadura llegaban también sus llamaradas, á prender en aquellos haces de espigas; abiertos siempre al huracan en despoblados campos, que recuerdan las soledades del Egipto. ¡Pobre patria mia! Ella, tan honrada, tan viril, tan enérgica, pero tan ingobernable por el espíritu inquieto de sus hijos, que inventarian á la discordia si se perdiese en el bátratro de los dioses infernales, tardaba en despertar á las voces de la anarquía; pero iba despertando al fin..... ¡iba despertando!...

¡Cuántas noches de aquella triste primavera me despertaron á mí, en la casita de campo donde pensé entre rosas y tomillo salvar á las prendas de mi amor de los sobresaltos y congojas de las ciudades; cuántas noches, repito, me despertaron las sordas pláticas preñadas de horror de mis propios cavadores, desvelados por sus locos desvarios!... Las em-

briagueces de la pasión política, el hacer cuenta con las riquezas ajenas, tal vez con el robo, con el incendio, con el asesinato, los tenían insomnes, febriles, y á mí como el que siente el frío del cuchillo junto al corazón... ¡Cuántas veces se me arrasaron los ojos de lágrimas, viendo á mis pobres hijos correr por entre las flores, ébrios de libertad y alegría, sin sentir el trueno que sobre nuestras cabezas retumbaba, fruto de aquella misma libertad que santa en los niños, se hacía horrible y diabólica al humanarse en los hombres!...

¡Ah! por lo mismo que yo de la libertad he hecho siempre un ídolo en mi corazón y un ideal en mi inteligencia, el espectáculo de España en 1873 estuvo para volverme loco de melancolía y de indignación.

Los que no leyeron en el campo, á solas con Dios y con la naturaleza, vestida entonces para mayor contraste con las galas de Abril y Mayo, los periódicos de aquellos tristes días, no pueden apreciar bien el estado de mi espíritu. Los asesinatos de Montilla, los incendios de Alcoy, los sacrilegios de Barcelona, consentidos y aun ayudados por las más conspicuas autoridades, que bailaban el *cancan* en las Iglesias con prostitutas y rufianes, me hicieron comprender los *días sin sol* de que habla la Biblia, y aquellos otros en que Noé miraba desde el arca desgajarse las cataratas del cielo.....

Sin saber acaso lo que hacía, huí de mi patria...

por no verla; por no oír sus ayes desgarradores; sin pensar que en tierra extraña se la ve mejor, con ojos más tiernos, con sentimientos más profundos, ahondados por la distancia y ese no sé qué nostálgico que remeda el dolor de Adán al acordarse del paraíso: veía más claros los incendios, oía más ronc los quejidos, y como los acompañaba la carcajada burlona del extranjero, el alma se me hacía pedazos.

Por fortuna ó por desgracia, no llegaba á mí la voz amiga del gran poeta de las *Arpas mudas*, que á llegar ella, confieso que su desaliento me hubiera quizás rendido. ¿Quién puede resistir al contagio de una desesperación tan elocuente? Con buril de fuego no se graban mejor en lenguaje bronceo los terrores de las espantadas musas, al huir de la tierra de España por no mancharse:

- Pero hoy ¿qué alegre canto
entonarán las musas?
La llama del incendio
nuestro camino alumbrá.
La libertad seguida
de alborotadas turbas
arrastra por el fango
sus blancas vestiduras.

—
El entusiasmo espira
en lecho de dolores:
atónita y turbada
la fé su venda rompe,
y caen de sus altares,
bajo insensatos golpes,
la patria, la familia,
los reyes y los dioses.

¡Todo se anubla, todo
 choca, todo está herido!
 Pide estragado el arte
 su inspiración al vicio,
 y entre el alegre estruendo
 de infames regocijos,
 la sociedad oscila
 sobre el oscuro abismo.

—
 ¡Poetas! hasta tanto
 que la borrasca pase,
 colguemos nuestras arpas
 de los llorosos sáuces.
 Tal vez cuando la tierra
 nuestros despojos guarde,
 el viento las sacuda,
 y vibren, giman, canten.

—
 Tal vez cuando del tiempo
 se amanse la corriente,
 nuestros felices hijos
 piadosos las descuelguen.
 ¡Quién sabe! Aunque las densas
 tinieblas nos envuelven,
 no eres eterna ¡oh noche!
 ¡Dolor, no duras siempre!

¿Era mi musa más valiente que la de Nuñez de Arce? No puedo imaginarlo, queridísimo amigo, único gran poeta que escupes sin cesar al rostro de esta centuria todos los ascos que sus abominaciones te producen. ¿Estaba mi pobre musa más acostumbrada que la tuya al dolor? Es muy posible. ¿Tenía más fé religiosa, fé más ciega en la salvación del altar despues de la destrucción del templo? No me atrevería á decirlo, aunque lo pensara. Ello es que yo no la colgué *de los llorosos sáuces*, como él,

ni me dejé vencer del desaliento, como él, tan capaz de desterrarlo de los pechos españoles, si hubiera empuñado la bélica trompa con la energía de un Tirteo ó de un Quintana. Yo no desesperé de la obra de la poesía, y acaso más Quijote, de seguro, más atrevido—; á cuánto la ignorancia no se atreve!—creí en Dios y en mi conciencia lo contrario que Nuñez de Arce; creí que la poesía estaba llamada á ser el fris de aquella tormenta.

Algun hecho hubo que me ayudase á concebir tan cándida ilusion. En nombre de esa fraternidad universal, que ha de borrar los linderos de las naciones, las diferencias de los lenguajes y ha de hacer de todos los hombres una sola comunión de paz y bienandanza; fraternidad ¡ay de mí! que no verán nuestros ojos nacidos de la tierra, porque descendemos de Cain y Abel y llevamos en nuestra frente el estigma del pecado; en nombre de esa fraternidad, sueño de la locura de un siglo que parece engendrado en las casas de Orates, inició la demagogia en sus periódicos la idea de solemnizar el aniversario del Dos de Mayo derribando el obelisco fúnebre del Prado de Madrid. Aún se me erizan los cabellos de pensarlo.

Es este glorioso monumento, segun aquellos insolentes periodistas escribian, «padron perdurable del ódio de dos razas hermanas; emblema de ruín y mentida gloria; simbolo falso de un hecho histórico brutal, pues franceses y españoles

»hicieron allí el mismo papel de víctimas, que no
 »fueron ellos, por ventura, los que lucharon, sino
 »dos tiranías, dos despotismos, dos verdugos im-
 »placables de la humanidad: Napoleón y Fernan-
 »do VII.»

¿Cómo no concebir en tal momento la ilusión de que la poesía pudiera sacar á España de su afrentoso letargo? Entre nuestras modernas glorias nacionales, no hay ninguna tan consagrada, tan unánimemente sentida como la que el obelisco recuerda;—porque el Dos de Mayo de 1808 no corrió únicamente por las calles de Madrid la sangre de los soldados y los patricios, á quien la patria obliga á morir cuando los llama con su voz de madre; corrió la de las mujeres y los niños, como en los circos de la Roma bárbara; inocentes mártires, que pusieron á aquella hecatombe el sello eterno de lo divino y de lo inmortal; y ciertamente, no murieron tantos héroes y tantos mártires por las menguadas ambiciones de esos que apellidan tiranos los mismos adoradores de la anarquía, donde se engendran y se autorizan los Napoleones y Murats:—murieron por una idea que es la más alta, la más noble, la más profunda y fascinadora de todas las ideas en el orden político, en el orden social y hasta en el orden religioso; murieron por la independencia de la patria;—por impedir que este suelo español, conquistado al moro en siete siglos de hercúleo batallar, fuera hollado por los vencidos de Roncesvalles y

Pavía;—que esta tierra, cuyos surcos fecunda nuestro sudor y cenizas de nuestros padres abonan, rindiese á extranjera mano sus esquilmos; que fueran nuestras hijas forzadas á hablar de amor á quien sólo entendiase el brutal idioma de los apetitos carnales y concibieran engendros monstruosos en la desesperacion del envilecimiento;—murieron, finalmente, por impedir que el altar del Dios uno y trino, donde nos depositó al nacer nuestra madre y reclinaremos al morir nuestras cabezas, fuese ocupado por el Dios incógnito, que lleva siempre todo soldado invasor en su mochila.

¿Cómo esta gran poesía, que estaba en todos los corazones, aunque los labios amedrentados vacilasen en formularla, no habia de ahogar, no habia de pulverizar en la atmósfera vertiginosa de Madrid el infame plan de los demagogos?

Todavía me hago la ilusion de que si hubieran puesto aquellos filosofastros federalistas de la humanidad su mano vil y pecadora en el obelisco del Dos de Mayo, hubiera presenciado la villa del Manzanares, á pesar de su afeminacion y envilecimiento, otra hecatombe mayor que la de 1808.

Temiéndola, como cristiano, deseándola como patriota, escribí la primera de las composiciones que van á leerse, que no porque hubiera el plan maldito; á impulsos de su misma barbarie abortado, merecian ménos sus autores la execracion de las musas y de la patria.

No es mi intento explicar aquí una por una todas esas poesías, ni ménos las secretas emociones del alma á que responden; que el lector las adivinará fácilmente cuando le plazca, dado que aquel triste período histórico no han de olvidarlo por su desdicha los nacidos, y lo grabarán como durísima lección los venideros en su memoria, antes que por lo que tuvo de trágico y sangriento, por lo asqueroso y miserable, por lo pequeño y ruin.—Ni tampoco mis pobres cantos responden todos á impresiones de las que llamamos objetivas, meramente encerradas en el límite de un suceso ó de un hecho palpitante, que por lo contrario, nunca el autor se propuso hacer una crónica rimada, pues las más veces prescinde de los hechos para remontarse á las causas, á la filosofía brutal que en su fondo palpita. El gusano es asqueroso. ¿Quién lo canta? en cambio la flor roida, por melancólica y bella, puede arrancar suspiros al corazón más duro.

Tanto en la *Epístola* al eminente filósofo cristiano, Fr. Ceferino Gonzalez, como en la polémica con Ruiz Aguilera, el drama contemporáneo es un simple accidente, aunque en él encarne el *Deus ex machina*, inspirador de sus grandes y aterradoras peripecias.

No resisto, sin embargo, á explicar aquí en breves frases ciertos fragmentos, que, no sé si por desgracia ó por fortuna, abortaron antes de tomar cuerpo y forma en composición artística y redon-

deada, como quedó incompleta la inspiracion horriblemente trágica á que obedecian.—Este sí, fué para el país rasgo de fortuna, que en lo más récio de su total desquiciamiento consiguiera sobreponerse á la chusma federal de Madrid un hombre cuya oratoria puede con la de Ciceron y Demóstenes medirse, y cuyos errores habian sido tan grandes, como desde aquel dia empezaron á serlo sus arrepentimientos.

Con mano débil y quizás temblorosa empuñó el tribuno Emilio Castelar las riendas de la dictadura, en momentos en que la frontera portuguesa, donde yo me hallaba, ofrecia un desgarrador espectáculo. Cerrada la del Norte por los carlistas, aquella era la única puerta para escapar de este infierno de España, y cada tren del ferro-carril ibérico parecia barcada de Aqueronte, como aquellas que rechinando los dientes y blasfemando hasta de los padres de sus padres, vió pasar el gran poeta de la Edad Media por el cenagoso lago que al infierno conduce:

Ma quell'anime, che'eran lasse e nude
cangiar colore, e dibattero i denti,
ratto che inteser le parole crude.

Bestemmiavano Iddio, ei lor parenti,
l'umana spezie, il luogo, il tempo, e'l seme
di lor semenza, e di lor nascimenti.

Por si ritrasser tutte quante insieme,
forte piangendò, alla riva malvagia,
ch'attende ciascun'uom, che Dio non teme.

Caron dimonio con occhi di bragia,
loro accennando, tutte le raccoglie:
batte col remo, qualunque s'adagia.

Come d'Autunno si levan le foglie,
l'una apresso dell'altra, infin che'l ramo
rende alla terra tutte le sue spoglie;

Similmente il mal seme d'Adamo:
gittansi di quel lito ad una ad una,
per cenni, com'augel per suo richiamo

Così sen vanno su per l'onda bruna,
e avanti che sien di là' discese,
anche di qua nuova schiera s'aduna (1).

De Madrid, de Alcoy, de Cartagena, de Valencia,
de Cádiz, de Sevilla, de Jerez, llegaban á cientos fami-
lias desbandadas, como quien huye de una peste; y
esto un dia y otro dia, y meses enteros; y récuas y
caravanas de acomodados labradores, de pacíficos
artesanos, de laboriosos industriales desemboca-
ban al par por todos los pueblos de la frontera,
desde Barrancos á Setubal, desde Elvas á Lisboa,

(1) Al oír estas crueles palabras, perdieron el color las almas desnudas y fatigosas, y rechinaron los dientes.

Blasfemaban de Dios, de sus padres, de la humanidad, del tiempo y la hora en que nacieron, y hasta de la simiente de la semilla que las engendró.

Juntas despues y gimoteando, se retiraron á la orilla maldita adonde vá todo aquel que no teme á Dios.

Aqueronte, brotando fuego por los ojos, hace una señal para que se reunan todas, y á la que se retarda la golpea con su remo.

Como caen en otoño las hojas secas una á una, hasta que el árbol se queda desnudo,

Así la raza maldita de Adan se lanza en el batel, á la señal del barquero, que no es más obediente el pájaro cuando el reclamo le llama;

Y en las brumas del lago sombrío se desvanecen, y antes que desembarquen, otra multitud se ha reunido ya en la orilla que abandonaron.

(Dell' *Inferno*, canto III.)

desde Zamora y Ciudad-Rodrigo á Oporto: mísero hormiguero de emigrantes de todas clases y condiciones, con los ojos vueltos á España, pero temiendo á cada hora que el horror los convirtiese en estátuas, como á la mujer de la Biblia. No puedo mejor recordar aquel espectáculo,

che nel pensier rinnuova la paura,

que incluyendo aquí los fragmentos que conservo de cierta composición *Al rio Caya*, frontera de España y Portugal, no acabada por fortuna y acaso imposible de acabar, que *Puerta del infierno* pensé titularla, y para tal propósito declaro sin afectación que no habia colores en mi paleta, ni vigor en mis pinceles. Dante y Byron hubieran tenido que prestármelos, como ahora, para recordar mi abortada empresa, me los prestan.

Ellos son tambien mi disculpa. Ya hemos visto que el Canto III de *L'Inferno* parece que trazaba los tristes cuadros de la frontera hispano-lusitana. *Child Harold* ejercia sobre mí una fascinación muy semejante, que el emigrado voluntario de todas las sociedades será siempre el poeta de todas las desesperaciones.

Durante mi estancia en Elvas, en los últimos dias de Julio, los más trágicos de la catástrofe política, como el lector recordará, casi me tenian monomaniaco, á puro recordarlos á todas horas, aquellos célebres versos en que lord Byron, pasando á

Badajoz para visitar el campo de batalla de la Albuera, habia hecho tan magnífico y honroso paralelo entre portugueses y españoles, donde finge que el jóven Harolo encontró en las opuestas orillas del Gaya un pastor de cada nacion, que poética y exactamente á entrambas simbolizaba. Hé aquí sus divinos versos:.

XXXII.

Where Lusitania and her sister meet,
Deem ye what bounds the rivals realms divide?
Or eu the jealous queens of nations greet,
Doth Tajo interpose his mighty tide?
Or dark Sierras rise in craggy pride?
Or fence of art, like China vasty wall?
No barrier wall, no river deep and wide,
No honid crags, nor mountains dark and tall,
Rise like the rocks that part Hispania land from Gaul.

XXXIII.

But there between a silver sheamless glides,
And scarce a name distinguisheth the brook,
Thongh rival Kingdoms press its verdant sides.
Here leans the idle shepherd on his crook,
And vacant on the rippling waves doth look,
That peaceful still twixt bitterest foemen flow;
For proud lack peasant as the noblest duke:
Well doth the Spanish hind the difference know
Twixt him and Lusian slave, the lowest of the low (1).

(1)

XXXII.

Dónde Lusitania y su hermana se encuentran, ¿cálculais qué límites dividen á los reinos rivales? ¿Creereis que antes que se saluden las celosas reinas de las naciones interpondrá el Tajo su poderosa corriente? ¿O que

En el estado de mi espíritu, que ya conoce el lector, en la sobreexcitación de mi patriotismo, ¡qué reflexiones tan desgarradoras no debían de inspirarme los versos de Byron, recordados á la orilla del Caya en tal momento! ¡Ay de mí! Trocados los papeles que les repartió Harold, el orgulloso español es hoy la más baja de las criaturas, que pasa la frontera envidiando al que despreciaba ayer,

se levantarán oscuras sierras de áspera elevación? ¿O defensas del arte, como la vasta muralla de la China? Todo ménos eso. No es la frontera ninguna muralla, ni río profundo y ancho, ni terribles peñascos, ni montañas oscuras y elevadas, como las rocas que separan la tierra de Hispania de la Galia;

XXXIII.

Sino que se desliza entre una corriente argentina y escasa. Apenas si tiene un nombre este arroyo, aunque reinos rivales oprimen sus verdes orillas. Aquí descansa sobre su cayado el perezoso pastor, y distraído contempla las rizadas ondas que pacíficamente todavía corren entre encarnizados enemigos, porque más orgulloso que el más noble duque, bien sabe el labriego español la diferencia que media entre él y el esclavo portugués, la criatura más baja entre todas las criaturas bajas (1).

(Child Harold's Pilgrimage, canto the first.)

(1) Aquí puso Byron la siguiente nota en 1812, que nos place reproducir de la edición de John Murray, de 1853:

NOTA. Como encontré á los portugueses, así los he caracterizado. Que desde entonces han mejorado, por lo ménos en valor, es evidente. Las últimas hazañas de lord Wellington acaban de borrar las locuras de Cintra. Ciertamente que hizo prodigios aquel hombre: quizás ha cambiado el carácter de una nación y reconciliado superstitiosas rivales. Ello es que los portugueses han rechazado á un enemigo, que nunca había retrocedido ante sus predecesores.—1812.

al portugués, que le recibe con la sonrisa burlona del débil victorioso, al ver por tierra y abatido al fuerte. ¿Cómo no, cuando es *la baja criatura* un emigrado incómodo y quizás perturbador, un mendigo vergonzante, un envidioso de paz agena, que no ha sabido en su patria proporcionársela? ¿Cómo no, cuando el rey viene sin corona, como un cómico silbado que entre bastidores escapa, el héroe oculta su nombre como una vergüenza, el niño viene huérfano, la doncella sin honra, la madre sin esposo, el sacerdote abofeteado y escupido, llevando quizás en su sagrada corona una sentencia de muerte, y el padre de familia, y el artesano, y el magnate, y el patriota vienen ciegos de furor, lanzando á los vientos gritos de venganza y guerra contra otros españoles, contra sus propios hermanos! ¡Ah! ¡y esto sucedía en nombre y por virtud de ideas que habian cruzado por mi mente más de una vez, en los primeros años de mi vida, cuando las palabras libertad y revolucion nos parecen panaceas para todas las enfermedades de la humanidad! Acaso me habia yo desdeñosamente sonreido de la gravedad con que recuerda Byron la *muralla de la China*, en presencia de aquel arroyo que podia ser un gran rio con la sangre que ha costado, pensando que el espíritu moderno, las ideas modernas llegarían á tender sobre el Caya un puente de amor y flores, donde se abrazarían los dos pueblos hermanos, *hechos Cain y Abel por la desastrosa política*

de los Felipes. A un soplo del *progreso* caería la muralla de la China. ¿Quién no ha cantado á la union ibérica en el siglo XIX? ¿Quién no ha renegado en verso y prosa de los *odiosos Felipes* y de la *bárbara política* de los siglos XVI y XVII?... ¿Quién no ha maldecido al duque de Alba en todos los tonos, llamándole *verdugo* y otras lindezas retóricas?

¡Ah, memoria, memoria, don funesto, vergüenza y castigo del hombre! ¿Para qué me ha servido á mí visitar la India, si no he acertado á traerme la flor del loto, que borra todos los recuerdos tristes, que hizo olvidar á los compañeros de Eneas hasta la patria y la familia? ¡Miserable de mí, que no tenia siquiera el consuelo de exclamar como el poeta:

.....¿Quién me dijera
dónde la yerba de olvidar se cria!

¡Miserables españoles! Antes podía cerrarnos la frontera de Portugal el fantasma heroico del duque de Alba, blandiendo su espada de fuego; ahora nos la cierra el asqueroso esqueleto del comunista de Cartagena, del ateo de Barcelona, del incendiario de Alcoy, del iconoclasta de Cádiz..... antes el temor, ahora el desprecio. ¡Desdichados de nosotros, los que soñábamos aquello y hemos visto esto! ¡Desdichados de nosotros los que, amando á Portugal como hermanos, no supimos morir en la España de 1873 como hombres!

Si la grandeza del triste rey que dejó caer de su corona este hermoso florón era como el hoyo que hace la azada, más grande cuanto más tierra pierde, ni siquiera el hoyo que nosotros hacemos es inmenso y sin límites como el del cavador, sino raquítico y limitado como el del sepulturero. Ciertamente que Felipe IV perdió á Portugal cantando en perdurable orgía de poetas caballeros, con cruces al pecho y espadas al cinto; pero nosotros lo hemos acabado de perder en una orgía de presidiarios, teniendo á España convertida en una inmensa taberna.

Tales eran ¡triste de mí! las inspiraciones que pensé desarrollar en mi composición *Al río Caya*. Aunque no me hallaba de todo punto descontento de mi obra, que el *facit indignatio versum* es una verdad eterna, Dios sabe con cuánta satisfacción renuncié á ella, al sentir que España respiraba más tranquila en los brazos débiles, pero cariñosos, de Castelar. Entonces mis ideas tomaron otro rumbo, melancólico siempre, pero ménos desesperado, que puede observarse en la deprecación *A los poetas*, donde ya presentía y ya saludaba, como una esperanza remota, el salvador golpe de Estado del 3 de Enero... suceso inverosímil, que será la desesperación de los historiadores futuros, pues ningún país ofrece en sus anales ejemplo de una función de guerra tan peligrosa dada á beneficio de otro. Solo España tiene Césares que pasen el Rubicón para quedarse tan frescos á la otra orilla.

Mas hora és de insertar los fragmentos de aquella composicion, suprimiendo alguna estrofa demasiado violenta, contra hombres que acaso estén en camino de arrepentirse. Mi espíritu estallaba en lágrimas y maldiciones, tanto que cada verso me ponía fuera de mí, sobreexcitación que fué mucha parte á que no pudiera concluirlo:

AL RIO CAYA,

PORTA INFERI.

Em Sevilla ha mais de 1.000 portuguezes (*habian asesinado uno*). Con estas e outras lições devem de certo morrer de amores pela sonhada uniao ibérica.

(*Diario de Noticias*, de Lisboa, del 13 de Agosto de 1873.)

¡Vedle! Pasó.—Es el Caya,
que apenas moja la abrasada tierra;
con las campiñas portuguesas raya,
y las campiñas españolas cierra.
Un tiempo fué que Haroldo el peregrino,
cruzando este lindero,
vió á un lado y otro del raudal mezquino
á un pastor lusitano y otro ibero.
Aún repite la Europa entusiasmada
la métrica armonía
con que pintó el desden de la mirada,
que el castellano al luso dirigia.
—Yo soy un pueblo,—en ellá le decia;
árbol potente en tierra fecundada;

•tú eres solo una rama desgajada
 •sin sávia, sin vigor, sin lozania;
 •casi inglés, casi luso, casi nada...
 •Yo soy un español... España es mia.

—
 ¿Dónde está aquel altivo
 pastor, que el bardo inglés inmortaliza,
 imágen fiel de un pueblo valeroso?
 Allá vá fugitivo
 su mísero ganado,
 balando en son medroso
 por el valle, y el monte, y el otero,
 día y noche mermado...
 mermado por el lobo carnívero.
 ¿Dónde su choza está? Vedla en ceniza,
 que barre impetuoso
 el huracán, acompasando fiero
 con su silbo el aullido lastimero
 del hambriento mastín que ya agoniza.
 No busqueis al pastor en la ribera,
 fijando su mirada
 en la tierra extranjera,
 sin cesar por sus lábios insultada.
 Satán á las ciudades
 le trasportó, que torna con su aliento
 sentina de impiedades,
 de vicios y de crímenes asiento...

 hiel derramó en sus lábios;
 ódio en su corazón; bárbara idea
 en su mente infeliz... quejas, agravios
 contra Dios, que le crea
 pobre en la tierra, si en el cielo rico...
 Vedle... con furia atea
 rompió el cayado, desgarró el pellico,

para blandir en bárbara pelea
el trabuco, el puñal, la infame tea.

.....
.....
Ya su frente serena
en el grueso cayado no reclina
de amor á Dios y de inocencia llena;
ni apoyado en el tronco de la encina
del mastin acaricia la melena.
Ya cuando el cierzo helado
arrolla al reñental entre las flores,
no corre desalado
á envolverlo en su manta de colores,
ni la oveja despeada
sobre sus hombros lleva á la majada.

.....
.....
No es del rebaño sin pastor, errante,
el más triste balido
que trae á la frontera cada instante
Caya menguado en lágrimas crecido;
el eco de estos campos retumbante
solo tiene una voz para un gemido.

.....
.....
Ovejas desbandadas,
que al lobo olfateais en cada tronco;
aves de vuestros nidos arrojadas
que huís del hombre con graznido ronco;
canes abandonados,
que en carrera tortuosa
ya la pista buscáis de los ganados,
ya del pastor la huella cariñosa,

con ser vuestra agonía
tal, cualquiera español la envidiaría.

.....
¿Veis cuando en seco estío
el rayo sobre el monte se desprende,
y haciendo pira del ramaje umbrío
fiero volcan en cada encina enciende?
¿Veis que en tropel, estrañas,
salen de allí rugiendo confundidas,
aves, fieras, insectos y alimañas,
con las pintadas pieles encendidas?

.....
.....
—
Porque escapais de un suelo
que del Señor merece los enojos,
no os avergüence el duelo,
no sequeis vuestros ojos.
Volved, yolved ansiosos las miradas;
los oidos abrid, que os los taladre
el crujir las entrañas desgarradas
de la que fué vuestra amorosa madre.
España fué.—Miradla allí tendida
en lecho funerario,
cual virgen sorprendida
por salteador infame, que honra y vida
en el bosque le arranca solitario.
Su hiel en ella agotan los pesares;
ningun dolor su corazón perdona;
reina fué de los mundos y los mares,
y hoy solo ciñe zarzas por corona.
Si busca un paladin en sus guerreros,
que el guante de venganza
recoja con la punta de su lanza,

como hacian sus nobles caballeros
 nuevos y más feroces bandoleros
 de sus cavernas á sacar alcanza.
 Si esperanzoso anima
 rayo de luz sus ojos mortecinos,
 y al mar los vuelve que pobló su historia,
 sus barcos ve de Trafalgar y Lima
 trocados en piratas argelinos,
 padron de infamia lo que fué de gloria.
 Ni su noble bandera,
 que tostó el sol del Atlas con su aliento,
 flota del alto mástil ya siquiera,
 que el otomano rudo
 su bárbaro color le da sangriento,
 y las cruces arranca de su escudo (1).

—
 ¿No recuerdas ¡oh pueblo! que decias
 que en siendo tú de tus acciones dueño
 este arroyo del mapa borrarías?
 Despierta, imbécil, de tu imbécil sueño.
 Diabólico gigante
 que hasta el dintel del cielo te levantas,
 mientras más tu cabeza se levante,
 más en el lodo se hundirán tus plantas.
 Marchas, y tu carrera
 es loco torbellino
 que las corrientes de la vida altera,
 que los linderos borra del camino,
 y en negro remolino
 hace girar la humanidad entera.

(1) Alude á la bandera turca, que izaron los cantonales de Cartagena, por no tener más á mano otro pendon rojo.

Arroyo que retrata
 de mi patria infeliz loco deseo,
 eres de hoy más inmensa catarata,
 segundo Pirineo,
 muro de Jericó que eterno creo.
 Ayer por fiero modo
 puente de sangre el español te hacia;
 hoy abismo de lodo,
 ya no te salvará la patria mia.

.....

Tú eres un hijo pródigo, demente,
 que la herencia de gloria
 derrochas de tus padres locamente,
 y desgarras tu propia ejecutoria.
 Tú serás vituperio de la gente
 mientras el mundo guarde tu memoria...
 Ama el bruto su cueya, el ave el nido...
 tú de tu patria destructor has sido.

Siendo tan singular publicacion la de una poesia no concluida, parecerá disculpable alguna advertencia sobre la que acabá de leerse.

Debía esta última estrofa terminar tambien la composicion, que fué en esos lugares que he Menado con puntos suspensivos donde mis pensamientos no acertaron á redondearse y formularse bien, cosa en las inspiraciones poéticas harto frecuente, como es notorio. Se me criticará quizás por dar á luz un embrion informe; pero yo tengo en ello íntima satisfaccion, como que al publicarlo hago solemne prueba de que, en mi concepto, aquellos *días sin sol* no pueden volver para la patria, si somos aún los españoles siquiera hombres, que en la desgracia aprenden. Préstame tambien mucho consuelo ver incompleto ese trabajo, pues él me dice á toda hora que un verdadero milagro salvó á mi musa de aquella terrible crisis, de aquel tremendo compromiso en que mi conciencia la habia puesto. ¿Cómo hubiera llenado yo esas lagunas, sino con la sangre de Alcoy y de Cartagena, con las saturnales impías de Barcelona y Cádiz, con versos, en fin, que sin reanimar al pueblo ni encenderlo en ira, por ser mios, me hubieran el alma desgarrado más que lo estaba, si es posible? Sólo un Byron ó un Quintana hubieran salido de tamaña empresa airosos, que los abismos solo gigantes los saltan.

Pasado aquel peligro, mi odio patriótico se deramó todo entero contra la bastarda filosofía que ha

perdido para siempre quizás á la raza latina, y de aquí el carácter que ya he pretendido fijar de las restantes composiciones. De aquí tambien mi polémica con el insigne poeta Ruiz de Aguilera, cuyos versos vienen á honrar este volúmen, dándole el atractivo y el valor inestimable que con los míos solos fuérale negado. Ni el ser él tan mi amigo desde nuestra primera juventud, ni el inspirarme admiracion y respeto, como cantor de las glorias liberales de nuestra centuria, son parte á que yo deje de creerle descaminado y ciego con lastimosa ceguedad en aquel punto. Pero esto el público ha de decirlo, juez inapelable, á quien ahora en última instancia el pleito se somete. Él dirá si para su felicidad humana y divina, si para ser gobernado en paz y amor, le conviene que sus gobernantes sean filósofos ó sean cristianos; que sean grandes hombres ú hombres de bien.

Van desgraciadamente pasando los tiempos en que parecian ambas cosas compatibles, por haber tomado la filosofía tan extravagantes y peligrosos caminos, que aspira á ser el único Dios y la única religion de la humanidad. ¿No hemos visto recientemente á uno de esos filósofos, sacerdote para mayor escándalo, maldecir al borde de la tumba y renegar de una ilustre Academia, porque abre sus sesiones demandando las luces del Altísimo? ¡Dos veces renegado, que era, repito, sacerdote y era académico! ¡Síntesis horrible de nuestro estado moral!

Hagamos todos, escritores y hombres políticos, desesperados esfuerzos, aunque nos parezcan estériles, para que no se divorcien la filosofía y el catolicismo, único modo de salvar á la sociedad moderna. De mí sé decir que el amor que tengo á la libertad política, nació únicamente de creerla hermana carnal de la religion católica. Espero confiadamente no convencerme nunca de lo contrario; pero si llegára ese triste dia, mi eleccion no es dudosa. Cuando en alta mar pelagra un buque, el pasajero arroja al agua hasta sus tesoros para salvarse.

Aunque no me hago ilusiones, y sé bien que el aplauso que obtuvieron estos pobres versos fué principalmente á las circunstancias debido, á que reproducian con cierta viveza de expresion los sentimientos que agitaban á toda España, cuando los periódicos los publicaron entre telégramas de horrores y desastres, asimilándolos casualmente, segun me escribió uno de mis amigos mas ilustres, «á una bandada de palomas, revoloteando sobre un lago de sangre,» nunca hubiera pensado en formar esta modesta coleccion sin excitaciones tan desinteresadas como expresivas, que alguna vale para mí un mandato. En la misma Alemania, donde no tengo yo puesto mi amor, pero sí mis ojos, como aquel que piensa que de allí ha de venirnos el bien ó el mal á los pueblos latinos; en Alemania, y en la *Walhalla*, obra de misteriosa tendencia, como todo

lo que procede de los admiradores de Bismarck, y el autor lo es entusiasta hasta el delirio, acaba de escribir Fastenraht estas frases para el tomo segundo, que aún no está publicado; frases que llegan á mi noticia por amistosa confidencia de quien ha tenido ocasion de ver las pruebas tipográficas:

«Y ¿qué diré de la poesía bélica de España?
 »Después de admiradas las odas de Quintana y los
 »romances del duque de Rivas relatando los triun-
 »fos de 1808; después de oídas con placer las es-
 »tancias dedicadas á la gloriosa guerra de Africa
 »por el marqués de Molins, Martzenbusch, Cam-
 »poamor, Arnao y tantos otros que libraron de la
 »parca héroes y proezas; después de leídos con
 »entusiasmo *Los ecos nacionales*, de Aguilera, me
 »pregunté muchas veces:—¿No habrá quien en 1873
 »reanime á España con un cántico de guerra, con
 »un grito de venganza?

»Gracias á Dios, ya se cumplieron mis votos. Se
 »alzó un poeta, cuya voz sonora, cuya mente rau-
 »da vuela en la altura, D. Vicente Barrantes, que
 »desde Portugal dirigió á sus hermanos en la gaya
 »ciencia los versos:

• Donde se alce una bandera
 • con castillos y leones,
 • bendecida,
 • allí estará mi alma entera,
 • mi laud y mis canciones
 • y mi vida.

.....

- ¡Ay! ¡Adios patria! ¡Adios gloria!
- pasado que se derrumba,
 • ¡adios todo!
- pueblo que llenó la historia
- está mejor en la tumba
 • que en el lodo. • (1)

Ha llegado, finalmente, la benevolencia de algunos hasta hacerme entender que no sería estéril esta publicación para el movimiento saludable y beneficioso, que en la literatura como en las opiniones está verificándose. ¡Ojalá aciertan! Yo no desconfío, que la desgracia y el dolor son dos puros crisoles para las razas empobrecidas, y, efectivamente, ya han comenzado á producir en el público español una poderosa y visible reacción, en el buen sentido de esta palabra; en el sentido que hace latir de júbilo á las familias, cuando se pronuncia á la cabecera de un enfermo. Ciego ha de ser ó fanático el que lo dude. ¿Qué espectáculo no nos ofrece ahora mismo el pueblo de Madrid, con ser el más frívolo y ménos pensador de España? No han corrido todavía dos años desde que se extasiaba en las chocarrerías de los Bufos y las indecencias del *cancan*, y hoy con mayor apresuramiento acude á las representaciones de nuestro gran teatro antiguo; muestra otra vez sentir como Calderon y Moreto, y desdeña lo chavacano, lo vulgar, lo que no es bueno

(1) *La Walhalla y las glorias de Alemania*, por D. Juan Fastenrath, natural de Colonia é hijo adoptivo de Sevilla, tomo II (en prensa).

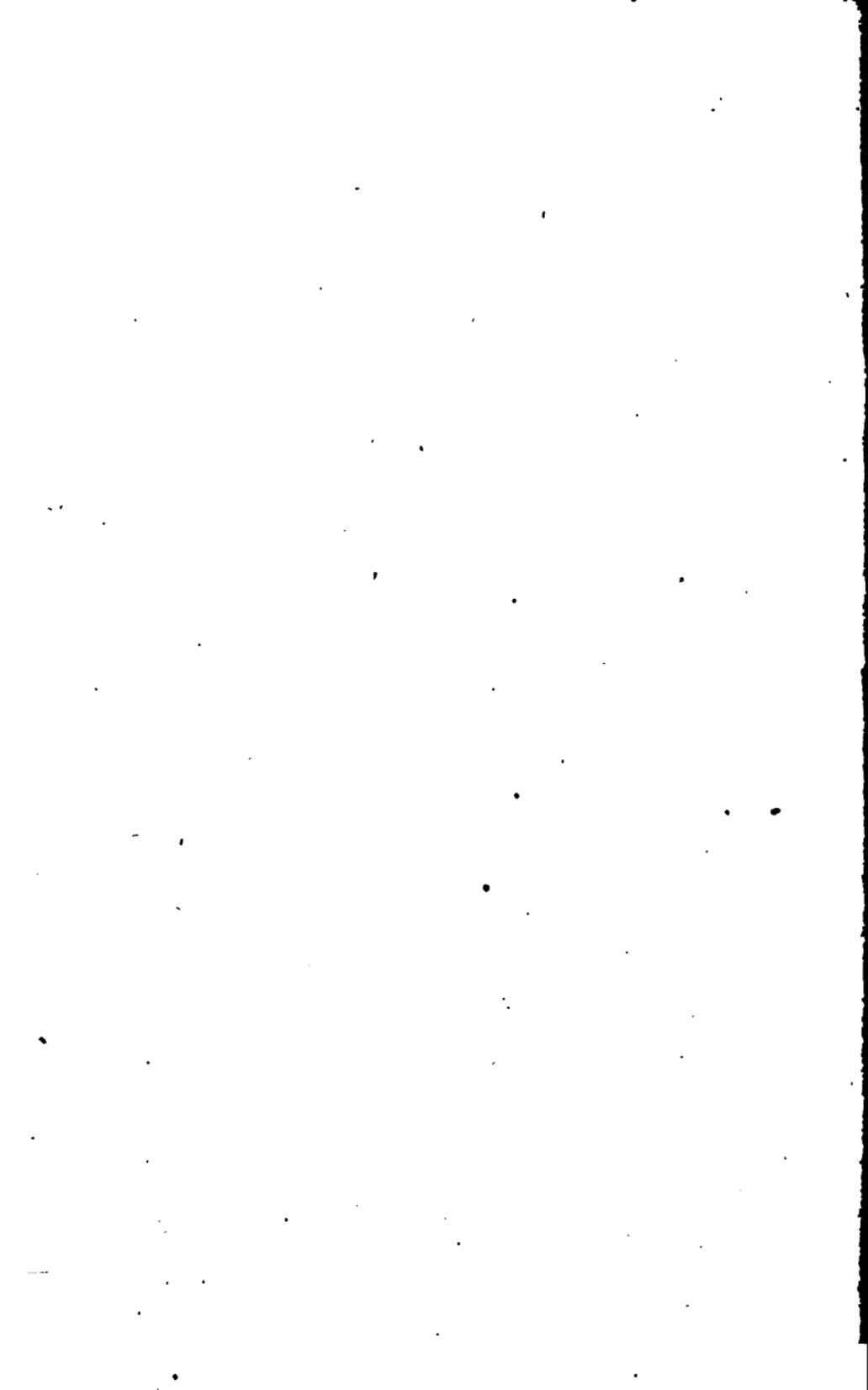
ni bello en el sentido de la grande estética..... él, que habia agotado su entusiasmo artístico ante las pantorrillas de las *suripantas*.

Más significativo aún por su especialidad es otro síntoma, visible tambien y de carácter literario. El público de Madrid aplaude, y se enternece, y llora con la *Virgen de la Lorena*, con aquella pobre Juana de Arco que sin más armas que su fé, ni más ayuda que Dios, libró á la Francia y á Carlos VII del yugo extranjero. Hace un año los hermosos versos de Herranz probablemente los hubiera coreado el público de Madrid con las infames estrofas de la *Pucelle d' Orleans*. ¿No ha habido hoy mismo folletinista que, por su desgracia, dude todavía si fué la *maitresse* de Dunois, en tiempos en que una crítica histórica, desastrosamente iconoclasta, no se atreve á desplegar sus labios en defensa de las calumnias de Voltaire? Sí, sí; no es posible dudar. *Post nubila Phœbus*.

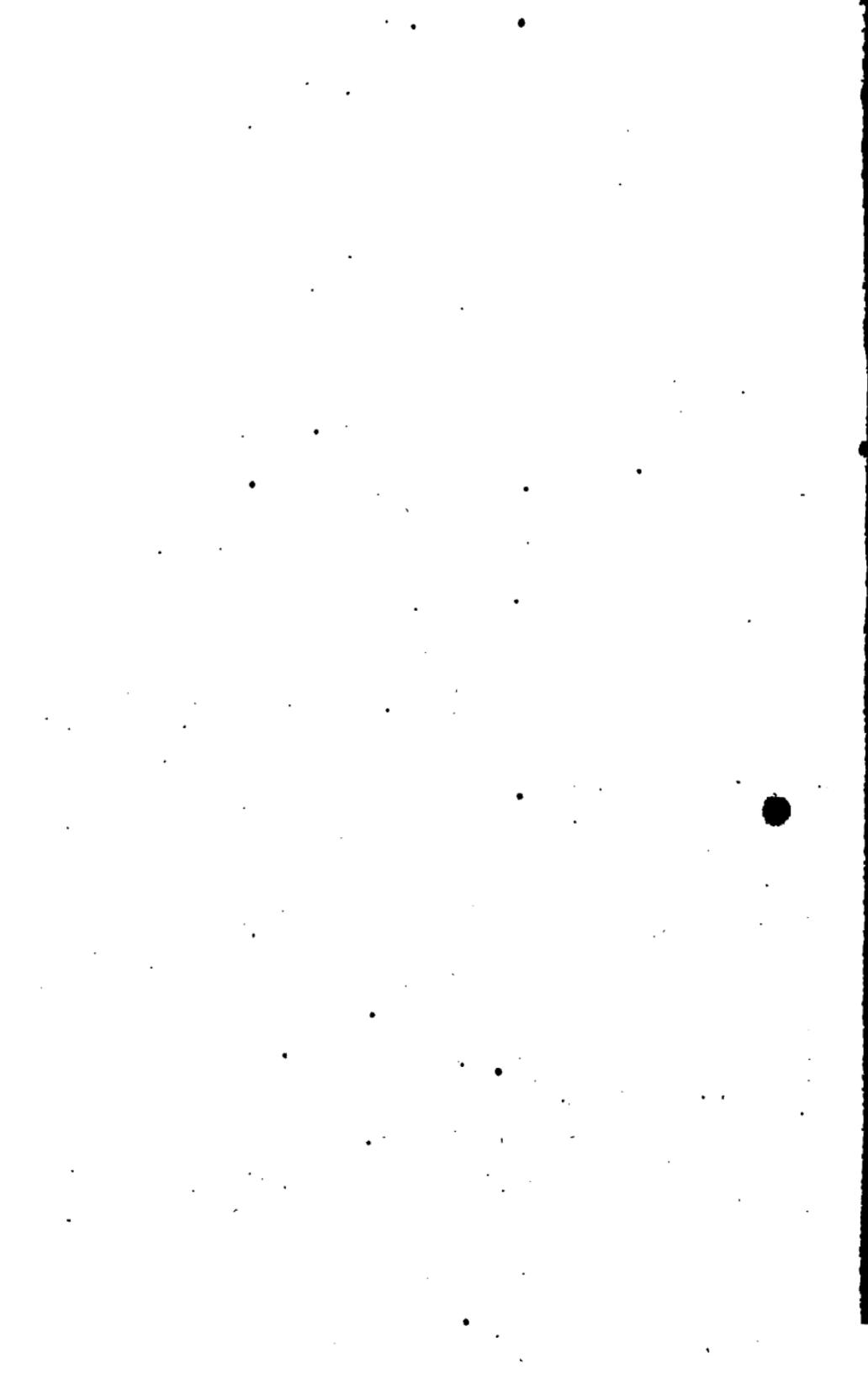
En los síntomas de restauracion política, en la tendencia á devolver la salud á nuestra nacion moribunda, no debo ocuparme, aunque sean tambien palmarios y visibles, que esos pertenecen á otro orden de ideas ménos gratas á un corazon hastiado de política, que sólo se apacienta ya en las inefables calmas de lo alto y de lo eterno.

¡Quiera Dios que no se equivoquen los que esta publicacion me han aconsejado, y que mi humilde libro contribuya en algo á esa reaccion salva-

dora! ¡Quiera Dios igualmente que se realicen mis patrióticas esperanzas, siendo estos versos los únicos que yo de su clase escriba, y se cierren los ojos de toda la generación que ha visto el año de 73 sin ver otros *Días sin sol*, desesperados y afrentosos!



AL PUÉBLO DE MADRID.



EN EL DOS DE MAYO DE 1873.

Si el mundo ve desierto y silencioso
el monumento que elevó tu gloria,
te juzgará cobarde y vergonzoso,
de Dios maldito y de tu propia historia.

¡Pueblo del *Dos de Mayo!* ¿quién diría
que en tu recinto, sin herirla el rayo,
gente sin Dios ni ley convertiría
en infame padron tu *Dos de Mayo?*

¿No eres ya aquel Madrid?... ¿es que tus venas
pus, que no sangre, fétido recorre?
¿Es que arrastras con gozo las cadenas
de esa barbárie que á afrentarte corre?

Vibra su mano la piqueta osada,
 ¡y tú lo miras con serenos ojos!...
 ¡y al caer cada piedra destrozada
 tu honor, Madrid, arrastra por despojos!

¡Ay! no he visto la luz en tus colinas,
 ni á mis abuelos mancha tal ultraje,
 y al lúgubre fragor de esas ruinas
 mi corazón estalla de coraje.

Siempre el segundo sol del mes florido
 te halló á los pies del obelisco santo,
 alzando á Dios con tu plegaria unido
 de gloria y libertad hermoso canto.

El galo con respeto lo escuchaba
 desde las altas cumbres pireneas,
 y el alma de tus padres contestaba
 en la mansión de paz:—¡Bendito seas!

¿Qué les dirás cuando los manes esos
 con voz te griten de mortal desmayo:
 —¿Qué has hecho de los huesos de tus huesos?
 —¡Madrid! ¿Qué has hecho de tu *Dos de Mayo*?

¿Qué les dirás, aunque afrentado llores?—
 A Dios no invoques con plegaria impía,
 que en la tumba, Madrid, de tus mayores,
 habrás roto el altar que á Dios te unía.

El nuevo Atila que á tu puerta llama
con el herrado casco de su bruto,
á par con tus grandezas y tu fama,
tu religion te pide por tributo.

Tiemblas de él, y no es ya el escita bravo
que trae un nuevo Dios y nuevas leyes,
que viene á redimir al mundo esclavo
ungiendo en óleo santo santos reyes.

Míralo bien.—Sus bárbaros enojos
solo á Luzbel encontrarán propicio.
No lanzan fuego sus hinchados ojos,
sino ponzoña, corrupcion y vicio.

Ni carne cruda, humilde le alimenta,
ó leche montaráz en tosco jarro,
ni es la piel sin curtir su vestimenta,
ni su mansion el rechinante carro.

Apetitos no más abren su boca,
ódio no más su corazon ensancha...
si el viejo Atila quema lo que toca,
el nuevo Atila lo que toca mancha.

Él convierte los templos en ruinas
y sobre el ara inmola al sacerdote,
hace de tus mujeres concubinas,
y es de tus campos infernal azote.

Pan que á tus hijos con sudor amasas
 les quitará del inocente lábio,
 y á la luz del incendio de tus casas
 vengarse cuenta de mentido agravio.

Como Luzbel, á un vuelco de sus hombros
 cielo y humanidad hundir quisiera,
 para amasar con cieno y con escombros
 el trono que Luzbel en vano espera.

Por palma vil ofrece á tu martirio
 nuevo horror, nuevo insulto, nuevo ultraje,
 aborto de ignorancia y de delirio;
 la libertad salvaje del salvaje.

La conozco muy bien. El indio bravo
 allá... en ignotos bosques de Oceanía,
 de esa ominosa libertad esclavo
 amar y bendecir me hizo la mia.

Siembra su arroz donde le dá la gana;
 cuelga de un árbol, como el ave, el nido;
 engendra con su madre ó con su hermana,
 y muere sin saber cómo ha vivido.

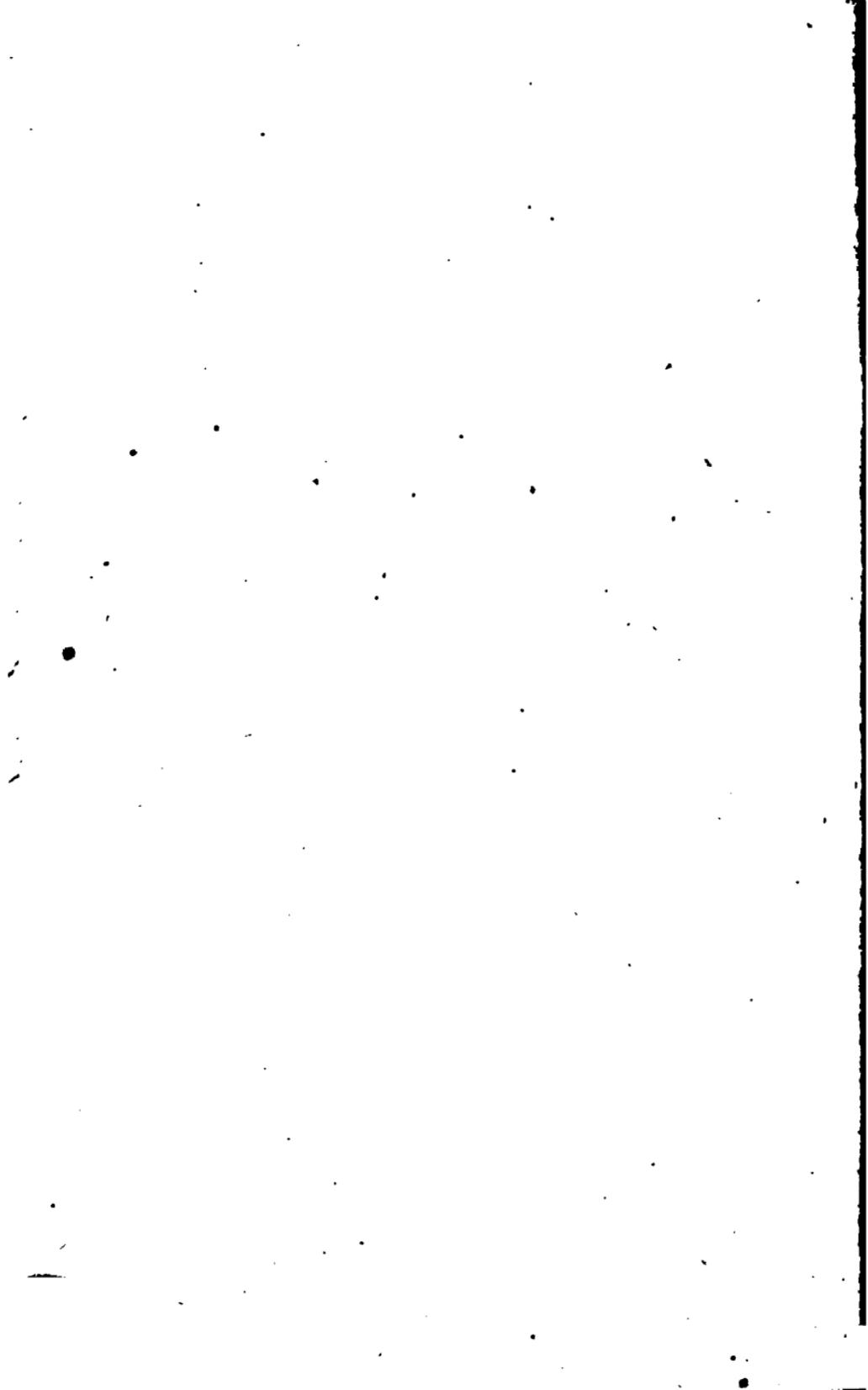
¡Ah! los que amais su sacrosanto nombre
 al bárbaro estirpad que lo mancilla.
 No es libertad la que embrutece al hombre;
 la que ni á Dios le dobla la rodilla.

No es libertad la que escupiendo al cielo
trae sobre España de su enojo el rayo;
la que insulta ¡oh Madrid! tu noble duelo,
y urnas rompe y altar del *Dos de Mayo*.

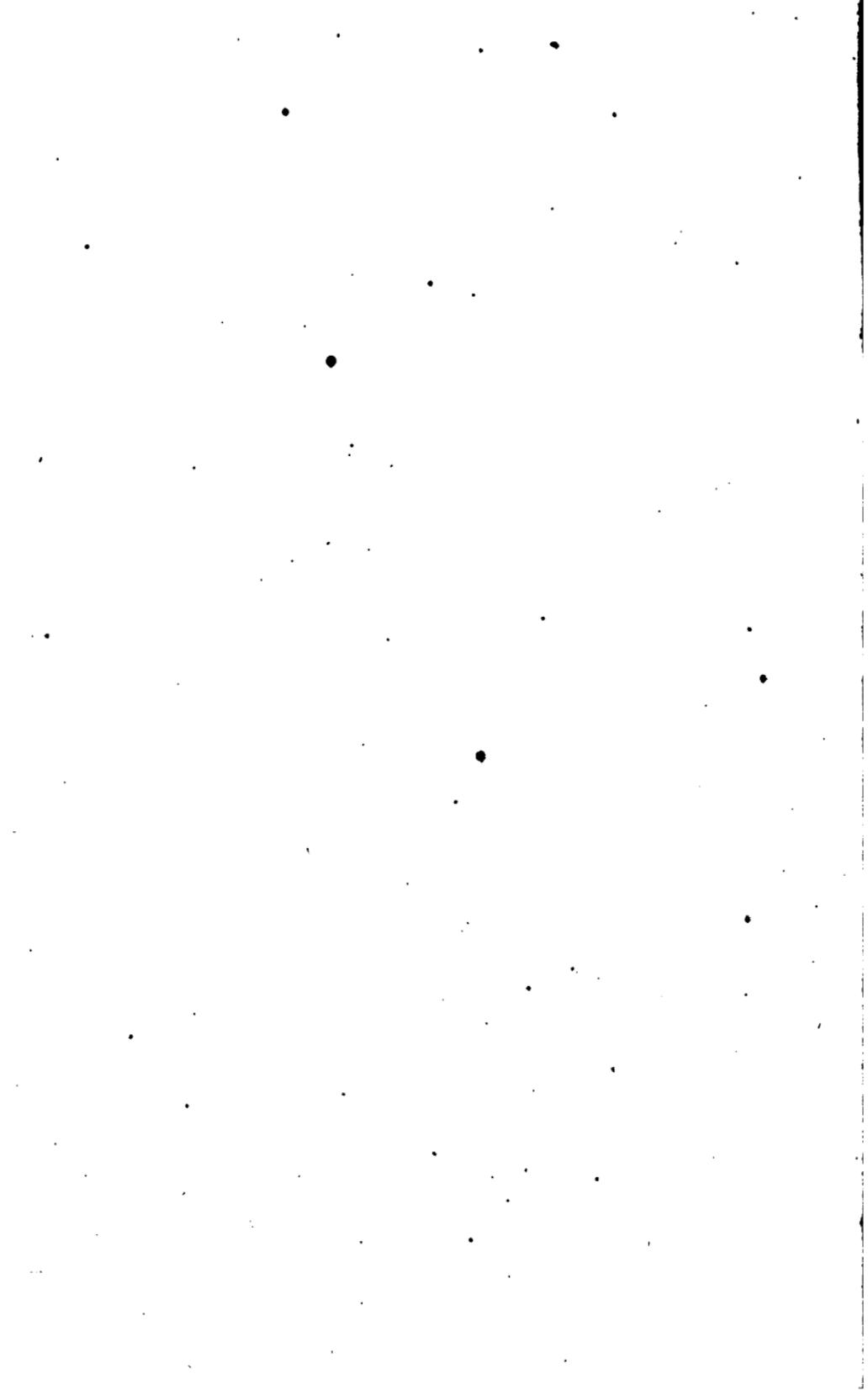
Para que no te encienda la memoria
de tu antiguo valor, España mia,
quieren borrar tus timbres y tu historia,
quieren hacerte bárbara en un día:

¡No, vive Dios! levanta la cabeza
que fué á dos mundos poderoso Atlante,
y hunde en el polvo vil tanta vileza,
como aplasta á la hormiga el elefante.

Corre á lidiar donde por Dios se lidie;
alza tu cruz por lábaro de guerra,
y haz que la Europa, que te insulta, envidie
al que libra de mónstruos cielo y tierra.



EPÍSTOLA RELIGIOSA Y SOCIAL.



De esta composicion se hizo una gran tirada en Badajoz, á principios de Junio de 1873, en un folleto de 24 páginas en 4.º con el siguiente prólogo:

• Aplaudiendo varios amigos del Sr. Barrantes, el ferviente espíritu religioso, al par que las bellezas literarias de la inspirada *Epístola* que éste acaba de dirigir al insigne filósofo Fr. Ceferino Gonzalez, han acordado imprimirla á sus espensas y darle publicidad en esta provincia, donde conviene, hoy más que nunca, fortalecer el sentimiento católico, tan ruda y sistemáticamente combatido por impías y anti-sociales predicaciones (1).

(1) Por iniciativa de D. Bartolomé Romero Leal, uno de los hombres que más honran á la Extremadura moderna por la elevacion de su espíritu y la rectitud de su carácter, se asociaron para costear esta publicacion y difundirla por la provincia las personas siguientes:

- D. Juan Andrés de la Cámara.
- D. Fernando Montero de Espinosa.
- D. Bartolomé Romero Leal.
- D. Leopoldo Molano.
- D. Antonio Halleg.
- D. Mariano de Castro Perez.
- D. Luis Macías.
- D. Pedro Gonzalez.
- D. Sinforiano Vacas.
- D. Antonio de Castro.

•Para llevar á efecto aquel pensamiento, han solicitado del Sr. Barrantes la autorizacion conveniente, y éste se la ha concedido por medio de la sentida é interesante carta que se inserta á continuacion.

•BAÑOS DE ALANGE, 5 DE JUNIO DE 1873.

•Mis queridos amigos: ¿será posible que Vds. hayan creído necesaria mi autorizacion para imprimir y propagar por nuestra desgraciada provincia mi *Epistola Filosófica* al ilustre misionero Fr. Ceferino Gonzalez, cuando tanto me honra ese propósito y tanto aquilata, no el mérito, que Vds. en su amistad aprecian exageradamente, pero sí la oportunidad de mi pobre composicion? Siendo yo todo de mis amigos y todo de mi país, han debido tener Vds. por dada, con mil amores, esa y cuantas licencias ahora y siempre de mí necesiten.

•No debo en conciencia limitar á estas breves frases mi carta, ni la gratitud y el regocijo que el plan de ustedes me inspira. Pocos bálsamos podrian caer en estos momentos sobre mi corazon desgarrado por las desgracias de la patria, que tanto lo refrescasen.

•En triste hora nacimos los hombres de esta genera-

D. Vicente Rico.
 D. Francisco de Sales Ascarza.
 D. Regino de Miguel Rey.
 D. Ramon Roffignac.
 D. Francisco Paez y Navarro.
 D. José Gonzalez Martinez.
 D. Guillermo de la Llera.

Aprovecho esta ocasion para dar aquí público testimonio de gratitud y aprecio á aquellos verdaderos patriotas, que tuvieron el valor de oponer á la piqueta y la tea de las desenfrenadas turbas extremeñas, en el período más terrible de la revolucion, una propaganda moral y cristiana, que solo le faltó para ser fecunda haber elegido un misionero más elocuente que el autor de los *Dias sin sol*.

cion, abocada quizás á destruir bárbaramente la obra de los Reyes Católicos, el monumento que tal vez soñaron Sertorio y Viriato, la grandiosa unidad que de seguro fué el bello ideal de todas las grandes inteligencias engendradas en la Península, desde que la iluminó el cristianismo con sus divinos resplandores, hasta que la primera Isabel pudo descansar de su realizacion en el sueño eterno de la gloria.

• ¡Un Dios! ¡Una patria! ¡Una familia! Eso era España. ¡Triste destino, tristes hombres los que llegáramos á verlo destruido!

• Aún es hora: hagamos comprender al pueblo, á ese pobre pueblo corrompido por la filosofía materialista y por irrealizables utopias políticas fascinado, que para afirmar y sostener cualesquiera formas de gobierno, es preciso, ante todo, tener patria, y que la patria no puede existir sin RELIGION, origen de todas las virtudes; gérmen de todos los grandes pensamientos, piedra angular de todas las heroicas empresas.

• Sin fé en Dios, sin religion, España no existiría, porque hubiera sido imposible aquella prodigiosa epopeya que empezó en Covadonga y terminó en Granada.

• Sin la fé en Dios, que eleva el espíritu; sin la religion que lo sostiene y purifica; sin la patria y la familia, que lo alientan y robustecen, no hubieran triunfado nuestros padres de las aguerridas legiones del moderno Alejandro, y nuestro hermoso país hubiera sido, en el segundo lustro de la presente centuria, una provincia de la Francia; triste Polonia del Occidente, que nos hubiera engendrado más raquíticos y miserables aún de lo que somos.

• Sí, no lo dudes, pueblo español. Separado de Dios, emancipado de la Iglesia Católica, solo puedes esperar, en el orden político, períodos históricos como el de la *Commune* de París; en el orden social, ódio de razas, guerra de clases, desolacion en tu alma, ruina y miseria

en tu cuerpo y, por decirlo de una vez, la fraternidad de Cain. Si llegas á tener orden, será tiranía; si tienes libertad, será licencia..... esa libertad que, como dice Victor Hugo, se saca sus cien ojos con sus cien manos.

No me imaginaba yo, amigos míos, que pudiesen mis humildes versos representar siquiera un grano de arena en la difícil y magnífica obra de restauracion moral que debemos acometer todos los españoles amantes de nuestra patria, sin distincion de opiniones políticas; pero ustedes lo creen así, y, ni por honrosa, ni por patriótica, yo he de oponer á esa opinion alardes de falsa modestia. Celebraré en el alma que ustedes no se equivoquen, y en todo caso les quedará siempre sincera y personalmente reconocido, su afectisimo amigo

U. Barrantes.»

Otro honor ha obtenido la siguiente composicion: ser incluida por apéndice en el tomo I de los *Estudios religiosos, filosóficos y sociales* del P. Ceferino, impresos en Madrid por Policarpo Lopez, en 1873.

AL EMINENTE FILÓSOFO

FRAY CEFERINO GONZALEZ,

MISIONERO FILIPINO.

Fremuerunt dentibus et dixerunt: devorabimus.

JEREMIAS.

¿Cómo la yerba en nuestros campos crece?
¿Cómo conserva el mundo luz y vida,
cuando ménos el hombre lo merece,
que de su Dios y de su fé se olvida?
Escucha. — ¿No parece
que floja, desquiciada, sacudida,
la fábrica inmortal se bambolea,
no por potente mano
que en sus cimientos sin cesar golpea,
sino á traicion roida
de asqueroso gusano,
que porque á Dios no ve contra él bravea?
Corre en vértigo insano
la humanidad á negros precipicios

por ella misma abiertos,
 y cargada de crímenes y vicios
 mundo y cielo á la par deja desiertos.
 ¿Es Dios el que la guía
 por castigar su error y su osadía,
 ó es el ángel rebelde, que cansado
 de horror y soledad, en el abismo
 dó yace encadenado
 por su traicion impía,
 á Dios á nueva lucha ha provocado,
 y al hombre arrastra á nueva rebeldía?

Sí,—tú lo has dicho. Rompe la batalla
 con redoblado empuje...
 ¿Por qué se oculta el bueno? ¿por qué calla,
 mientras Satán en los abismos ruge?—
 No más callar. Bajo la santa enseña,
 que, nuevo Pablo, férvido tremolas,
 contra el Titan, que sueña
 los cielos escalar y se despeña,
 luchen las nobles almas españolas.
 Desde el extremo Oriente,
 que el mar índico arrulla,
 á quebrantar su frente
 corres, la cruz tu escudo refulgente,
 tu casco la cogulla.
 Corre, sí. Dios los pasos endereza
 del pié que evangeliza,
 lo mismo en la ciudad que en la maleza.
 Más que el indio tostado
 que el Caraballo fiero
 con sus bárbaros ídolos habita,
 de Europa el habitante degradado
 necesita el amor del misionero,

tu voz ¡oh misionero! necesita.
 Solo aquella sublime
 virtud, que en el cristiano resplandece,
 la dulce caridad, que llora y gime
 por todo el que padece,
 puede con blanda mano
 en la asquerosa llaga
 que cubre al infeliz linage humano,
 verter el óleo del amor cristiano.
 ¿Hay bien que el hombre haga
 sin derramar la sangre de su hermano
 con el hierro y el fuego,
 cuando se juzga ciego
 ministro de la colera divina?—
 Ven, sacerdote, ven; oye mi ruego;
 ven antes que el tirano,
 que á los pueblos sin Dios, Dios les fulmina.

Tesoros abundantes
 de caridad y lágrimas, encierra
 tu corazón; mas ¡ay! ¿serán bastantes
 para llorar los males de la tierra?
 ¡Bendita aquella hora
 fué que á la patria amada
 te trajo de la selva encantadora
 por el Pásig palmífero bañada!—
 Allí el indio inocente
 electrizado tu palabra oía,
 que la tiniebla oscura de su mente,
 como rayo de sol desvanecía.
 ¡Padre! su amor ardiente
 un día y otro día
 te aclamaba con lábio reverente,
 como al Dios que por tí ya conocía.

Más rudo aquí que el bárbaro igorrote
 cierra el hombre á tu voz alma y oído;
 acaso para hablarle el sacerdote
 tiene que disfrazar voz y vestido;
 acaso te rechaza
 cual mísero apestado,
 ó á Dios y á ti os emplaza
 á luchar con el Dios que él se ha orjado.

—

¡Un Dios mejor!... ¡Y el cielo bondadoso
 puestas contempla sin arder en ira
 por el hombre orgulloso
 enfrente la verdad de la mentira!
 ¡Mejor, que el que tolera que le ultragen
 los que sacó del polvo con su aliento,
 les dió su propia imágen,
 y á su obediencia puso el firmamento?
 ¿Un Dios mejor que el que concede al hombre
 tanto poder y tantas maravillas,
 y sólo pide que á su santo nombre
 alce los ojos, doble las rodillas?
 ¿Un Dios que forma de su misma esencia
 el alma casta y pura,
 y del polvo á la frágil existencia
 triunfos y goces sin cesar procura?
 ¿Un Dios, que para el bueno
 se quita su corona,
 y al malo busca de ternura lleno,
 y su maldad perdona?
 ¿Un Dios que tiene fijos
 siempre sus dulces ojos en sus hijos,
 y abiertos ambos brazos
 para exhalar su amor en sus abrazos?

—

¿Dónde ese Dios está, que el hombre aborto
 por él al Dios del universo ataca?
 ¿Es de la ciencia ó del error aborto?
 ¿Mora en la catacumba ó la cloaca?
 ¿Qué profética lira le ha cantado
 entre el rumor del Babilonio río?
 ¿Qué vírgen le ha engendrado?
 ¿Qué incógnito pecado
 viene del mundo á redimir impío?
 ¿Dónde el esclavo cuyos hierros quiebre?
 ¿Dónde el dolor que á consolar acude;
 la sinagoga que su voz celebre,
 y el odio misterioso que le ayude?
 ¿Qué civilizacion le espera, abiertas
 de sus palacios de oro
 las diamantinas puertas?
 ¿Dónde ese Dios mejor que el que yo adoro?

En vano-alzas su altar hasta las nubes,
 torpe filosofía,
 que en el orgullo y la ambicion asientas.
 Loca dices:—El mundo es obra mia;
 el hombre es Dios. Adoren los querubes
 en el Dios que inventó mi fantasía;—
 y al hombre engañas y su mal aumentas.
 ¡Infeliz! él no sabe
 que Dios su error consiente
 para que nunca de sentir acabe
 la eterna maldicion sobre su frente.
 Así mejor le llama;
 así mejor le muestra la ponzoña;
 que es su pecado cual estéril rama,
 que en árbol verde sin cesar retoña.
 Nocturno pasajero

que de fieras y abismos rodeado
 vá sin luz por el bosque, vá sin guía,
 en su valor fiado,
 maldecirá su ceguedad impía,
 cuando esté en el abismo sepultado.....
 ¡Allí el dolor, el llanto, la agonía!

—

Preso en tus torpes lazos
 ¡oh ciencia impura de Babel herencia!
 hace el mortal pedazos
 su Génesis divino,
 y proclama su propia omnipotencia,
 y desconoce y niega su destino. —
 Su pensamiento es Dios. El se dilata,
 mundos y séres crea,
 objetivado en la materia innata,
 que es á par Dios-Materia y Dios-Idea.
 Mitad de barro y oro
 el ídolo deforme,
 como el avaro guarda su tesoro
 guarda en la nada su grandeza enorme.
 ¡La nada! ¡triste abismo!
 por apartar al hombre de su boca
 Dios le dió un alma copia de sí mismo,
 y hoy esa ciencia loca
 á caer al abismo le provoca. —
 Abre la flor su cáliz
 mirando al almo cielo;
 el ave peregrina
 tiende á lo alto el vuelo;
 su ingente cabellera
 eleva á las alturas
 la chispeante hoguera;
 hasta al brotar la planta ●

al cielo se encamina,
 en direccion al cielo se levanta;
 mas... ¡ay de tus hechuras,
 generacion mezquina
 del brutal Endovélico bifronte,
 que esa senda divina
 cerrada ven, sin luz, sin horizonte!
 Horno inmenso y profundo
 dó hierve la materia hija del lodo,
 ella es alma del mundo
 molde, estatua, cincel, artista... ¡y todo!
 Vil sierva la sustancia
 del sol, que la fecunda con su aliento;
 crece, se desarrolla, y transfigura
 de lo selecto la infusion oscura,
 que en sus entrañas guarda el firmamento.
 Aquella seleccion, mezcla esquisita
 de cuanto puro la materia abarca,
 como en crisol se funde y precipita
 para formar al hombre, su monarca...—
 ¡Misterio vil, sin nombre!
 ¡de piedra á vegetal, de mono á hombre!!!...
 El alma sensitiva
 no flor que sobre el tallo brota y crece,
 mirando para arriba;
 es la última forma progresiva
 que toma el barro que en el horno cuece.—
 ¡Cómo al misterio, de la ciencia agravio,
 el hombre tanto fia,
 porque su vano orgullo lisonjea,
 y niega audaz su lábio
 los misterios del hijo de María,
 aunque le pide el alma que los crea?

Risa feroz hostiga
 la boca desgarrada,
 que la razon castiga
 la locura con triste carcajada.
 ¡Ah! ¡si estos desvarios
 no te costasen, patria idolatrada,
 lágrimas á torrentes, sangre á rios!...—
 Hombre, mónstruo de orgullo ¿estás contento?
 las torpes alas tiende
 tu loco pensamiento,
 ¡y porque al Dios del cielo no comprende
 hace en la tierra un Dios tu atrevimiento!
 ¡El ser hijo te humilla
 de Aquel que en tu hermosura se retrata,
 y al tierno soplo que animó tu arcilla
 esa ciencia prefieres insensata!
 Quieres ser Dios, ¡y empiezas
 tegiéndole una cuna
 de lodo y de impurezas!
 Reniegas una á una
 las glorias de tu Padre cariñoso,
 y abolengo te ofrece la fortuna
 burlesco y afrentoso...
 ¡Gran rey, salve! en tu trono
 copia ve de su nido la cigüeña...
 ¡Salve mil veces, salve,
 nieto del vegetal, hijo del mono,
 biznieto de la peña...
 la ortiga tu laurel, tu alfombra abono,
 tu porvenir ser cántaro ó ser leña!...

¡Dios de bondad! escucha los clamores,
 que á tu mansion los buenos
 alzan desde este abismo de dolores,

de compasion y de amargura llenos.
 En buen hora tu ira
 el que conoce su pecado pruebe;
 caiga la torpe mano
 que un Dios grotesco á fabricar se atreve;
 pero ten compasion, Dios soberano,
 de aquel que nó te mira,
 porque le ciega un velo de mentira.
 ¡Pueblo infeliz! si todo es vana sombra,
 sueño, ilusion, quimera,
 que desvanece el labio que lo nombra,
 en este mundo de dolor ¿qué espera?
 ¿Qué espera aquella alma
 que dentro de él ansía
 vivir en lo infinito,
 cernirse en otra esfera
 de perdurable calma,
 y en dulce sueño del Señor bendito,
 tanta dicha gozar, tanta alegría,
 que su lengua jamás la explicaría?
 De aquella misteriosa
 divina luz, que vaga
 en su sér, y lo alegra ó lo entristece,
 cuando flores ó abrojos
 encuentra en su camino,
 ¿qué hacer, si es débil luz que un soplo apaga?
 ¿Si es materia asquerosa,
 que como el cuerpo vil desaparece?
 Misero esclavo de fatal destino,
 ¿por qué ha de levantar á Dios los ojos,
 si en el mundo no más goza y padece?

Presa de atroz delirio
 de sus pasiones el volcan estalla,

que es la vida sin Dios largo martirio,
con el dolor cruelísima batalla.

Misterioso dolor, dolor interno,
que allá en el alma siente,
que sus entrañas roe,
cual de acerada sierra ●

el afilado diente...

la cruz de su mision sobre la tierra
la cruz de sus pasiones siempre en guerra...

Como el dolor eterno

alivio no consiente,

brama y ruge de cólera impotente.—

Sangre de sus hermanos

es su última esperanza, ●

y en ella tiñe las ansiosas manos,

y crece su dolor con la matanza.

Familia, propiedad, derechos, leyes,

todo lo rompe, todo lo atropella,

Pontífices y Reyes,

materno amor, virtud de la doncella...

luto y desolacion marcan su huella.

El incendio es su luz; los huracanes

música á sus oidos;

pueblos ardiendo en hórridos volcanes

deleitan sus sentidos;

que en su triste maldad y su miseria,

con lágrimas, con sangre y estallidos.

fundir quiere de nuevo la materia.

—
¡Amor y religion! ni en la espesura

faltan del bosque un día,

que de horror y de tedio la natura

lánguida espiraría.

Cuando el salvaje adora

al primer ave que en la selva canta,
 al autor de la luz, luz de la aurora,
 por instinto su espíritu levanta.
 ¡Familia! ¡dulce amor! ¿quién desterrarte
 del pobre corazón bárbaro espera?
 cuando la presa con sus hijos parte
 ruge de gozo en su cubil la fiera.
 La palma del desierto solitaria,
 al silbar el simun en su corona,
 á su amante dirige su plegaria,
 que acaso crece en apartada zona;
 y el viento cariñoso
 la lleva entre sus pliegues,
 donde el amante en lúbrico desmayo
 retoños de su amor espera ansioso
 para el florido mayo.
 ¿Quién más libre que el pájaro nacido
 entre brisas y flores,
 y no consiente profanar su nido,
 ni consiente rival en sus amores?

No fué mayor del vándalo y alano
 la barbarie soez, cuando venia
 por impulso movido sobrehumano,
 á extirpar del romano
 la torpe idolatría.
 Honró el templo de Júpiter tonante
 de la cruz el simbólico madero;
 su cadena infamante
 rompió el esclavo para ser pechero,
 y la dulce mujer, la frágil *cosa*,
 fué madre, hermana, esposa.
 De Muza y de Tarif los bereberes,
 á quien la hiena por modelo toma,

odaliscas hacian las mujeres,
 y los templos mezquitas de Mahoma.
 Siempre benigno el cielo
 én el amargo cáliz
 de una barbarie nueva,
 derramó alguna gota de consuelo,
 para aliviar al triste que lo beba.
 El más bárbaro Atila,
 que como rayo de las nubes cae,
 al mundo que aniquila
 algun progreso trae;
 que es del Señor azote,
 y El traza su camino,
 hasta que el hombre agote
 la redentora hiel de su destino.—
 ¡Oh siglo en que nací!... yo te contemplo
 mudo de horror; tu perversion me arredra;
 nunca vió el hombre derribar el templo
 para adorar la piedra.
 Nuevos Atilas que engendró el averno,
 bárbaros del error y la mentira,
 ¡atrás! no sois azotes del Eterno;
 vuestra mision es cólera y es ira
 de una ciencia impotente que delira.

—
 ¿Qué progreso traéis? Sobre los rios
 de la infernal desolacion ¿qué flota?
 cuerpos sin almas, esqueletos frios;
 presa el hombre de nuevos desvarios,
 más lleno el cáliz que jamás se agota.
 ¡Al horno! ¡al horno la materia impura,
 que salga del crisol regenerada!...
 ¡profanacion! ¡locura!
 monos... reptiles... nunca la criatura,

nunca la creacion... ¡siempre la nada!
 Las puertas de los templos se cerraron,
 las puertas de las cárceles se abrieron,
 que los vicios triunfaron,
 y las virtudes al desierto huyeron.
 ¡Quemad! romped! ¡aniquiladlo todo!
 será vuestra victoria
 de ese crisol del lodo
 vicios nuevos sacar y nueva escoria.

Ciñéndose la palma
 de vencedor de Dios, dice el ateo:
 — La materia es la vida y es el alma.
 No hay más verdad que lo que toco y veo.
 Barco sobre el abismo
 que sin piloto ni timon navega,
 torpe Dios de sí mismo,
 la materia á perpétuo cataclismo,
 su alma á perpétua agitacion entrega.
 Sin familia, sin Dios, sin patria acaso,
 hijos de todas y de todos hijos,
 sin norte, sin ocaso,
 sin cielo en que tener los ojos fijos;
 taifas salvajes, borrascosas olas
 de estériles arenas,
 yermos se tornarán á vuestro paso
 las feraces campiñas españolas;
 y del progreso que traeis emporio
 será, espléndida corte,
 de peñas el más alto promontorio,
 que algun volcan en erupcion aborte.

¿Y tú consentirás, Dios verdadero,
 que de tu amor profundo

la obra se tronche como seca rama?
 ¿Ni amor ni compasion te inspira el mundo?
 ¿No eres ya aquel Pastor, que á su cordero
 con dulces voces sin descanso llama?
 ¿Estalla aterradora
 tu cólera divina?
 ¿Ha sonado la hora?...
 ¿Acaso el Antecristo se avecina?
 ¡Ah! no, no, que la tierra
 no engendra mónstruos sólo,
 ni te lanzan, mi Dios, gritos de guerra
 en uno y otro polo.
 Hasta la patria huérfana, infelice,
 de Alfonso y Recaredo
 viva guarda la luz del santuario,
 que el filósofo sólo te maldice,
 y sólo algun blasfemo temerario
 huye tu altar... de miedo.
 Ni la ciencia gloriosa
 por tus altos misterios consagrada
 ha perdido la huella esplendorosa
 de Teresa, de Cano y de Granada.
 Aún hay quien su cabeza
 aplaste á la serpiente,
 quien de tu fé mantenga la pureza,
 y ataje de los vicios la corriente.
 Liras que en el desierto
 cantan tu amor en célicas canciones,
 que alegran las riberas del Mar muerto,
 y resucitan muertos corazones.
 Ciencia que por tí vive,
 que sólo al cielo mira,
 como de tí su inspiracion recibe
 el dulce amigo que mi canto inspira.

Ven, misionero, ven. Tu voz acalle
 el infernal ahullido
 de ciudad en ciudad, de calle en calle,
 dó suene una blasfemia ó un gemido,
 donde una chispa estalle.

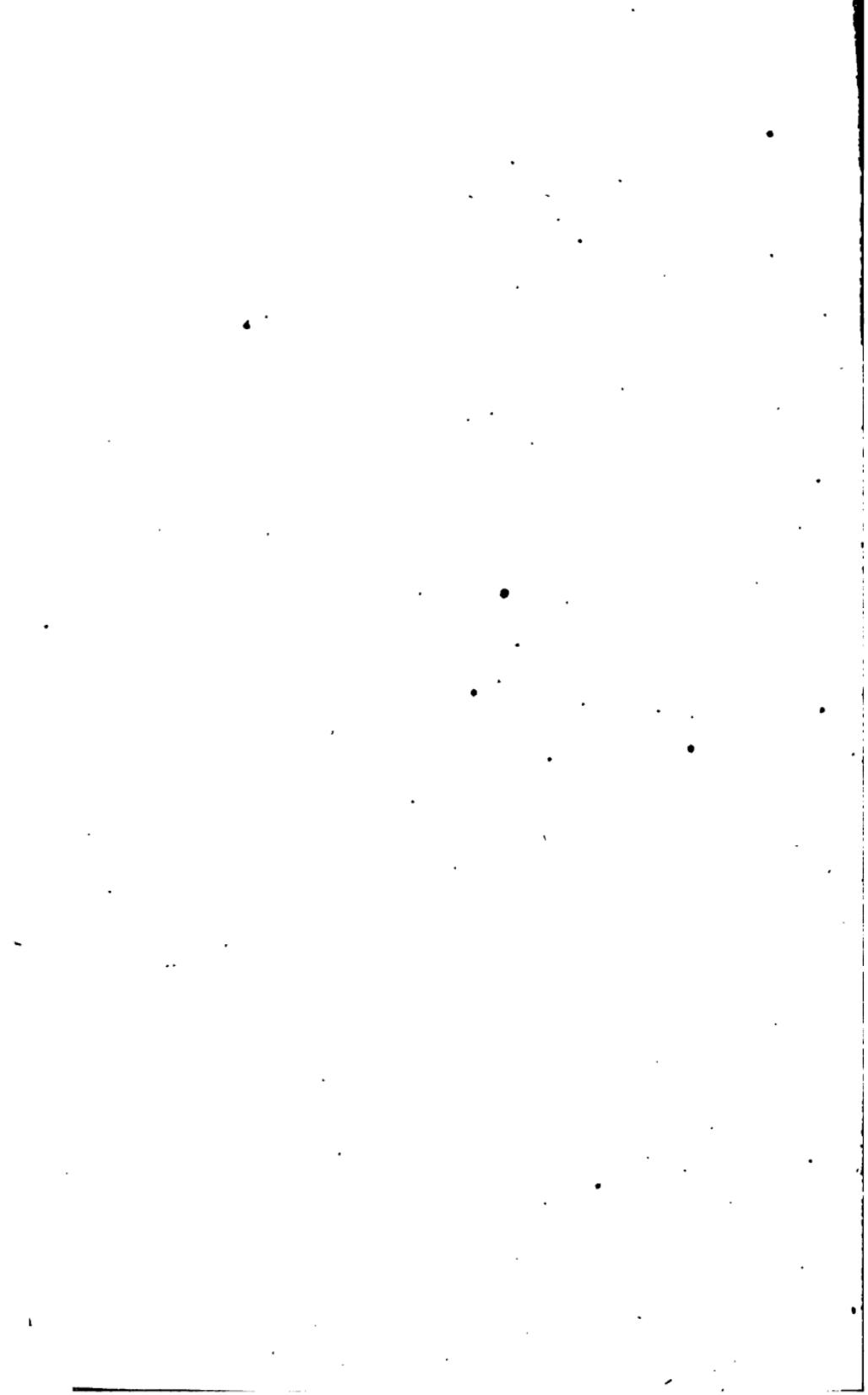
Ven, antes que el tirano
 que ya fulmina la terrible espada
 en la sangrienta mano,
 que en tierra de impurezas abonada
 primero que la flor nace el gusano.
 Del incrédulo apóstol, cuyo nombre
 en su preclaro sucesor adoras (1),
 puedes llevar la convicción al hombre
 con aquellas palabras tronadoras:

— ¡Yo lo vil ¡yo lo vil! ¡Maldito fruto
 • dá la maldita ciencia,
 • que niega á Dios tributo,
 • y emponzoña del hombre la existencia!
 • Por palma vil ofrece á su martirio
 • nuevo horror, nuevo insulto, nuevo ultraje,
 • aborto de ignorancia y de delirio,
 • la libertad salvaje del salvaje.
 • La conozco muy bien. El indio bravo
 • en los incultos mangles de Oceania,
 • de esa ominosa libertad esclavo
 • amar y bendecir me hizo la mia.
 • Siembra su arroz donde le dá la gana;
 • cueлга de un árbol, como el ave, el nido;
 • engendra con su madre ó con su hermana,
 • y muere sin saber cómo ha vivido.»

(1) Discípulo de la Universidad de Santo Tomás de Manila, el padre Gonzalez es entusiasta partidario de la filosofía tomista, y ha escrito sobre ella un libro monumental.

Ven, sacerdote santo,
con tu amorosa voz y tu fecunda
ciencia, á enjugar el llanto,
que el dulce rostro de la patria inunda.
Yo desde la otra vida
bendeciré tu nombre,
si á mis hijos la herida
cierras, que hoy pudre el corazon del hombre.
¡Ah! muera yo mañana
como sabiendo muera,
¡prendas del corazon! que no os espera
viciosa juventud, vejez temprana,
el tránsito de hielo
del que solo vé el éter en el cielo...
la nada del estúpido ateismo...
caer como una piedra en el abismo.

A LOS POETAS.



Facit indignatio versum.

JUVENAL.

Hermanos en ciencia gaya,
vates que la pátria mia
precia tanto,
desde la orilla del Caya
os contemplo nóche y día
cón espanto.

Romped la lira armoniosa;
hunid la frente en el cieno,
que envilece.
Sois... como el ave medrosa,
que se esconde al oír el trueno,
y enmudece.

¿Por qué el cielo os dió esa lira,
mente ráuda que alto vuela,
voz canora, . . .

si cuando la patria espira
ni siquiera la consuela,
ni la llora?

Tantas almas desoladas,
tantos ayes y gemidos,
¡nada os deben!
las vírgenes profanadas,
los altares destruidos,
¿no os conmueven?

Calle eterna de Amargura,
con el manto hecho girones
pór sudario,
va la España sin ventura,
recorriendo entre sayones
al Calvario.

En el cielo su esperanza,
desesperada en la tierra,
llora y gime,
sin que un grito de venganza,
sin que un cántico de guerra
la reanime.

En olas de sangre y fuego
los cármes y vergeles
se anegaron

del eden, que al moro ciego
los Fernandos é Isabeles
arrancaron.

Arcos, puertas, ornacinas,
que la Alhambra y sus primores
reflejais,
ni abrasados, ni en ruinas,
un canto á los trovadores
inspirais.

De Escipion la rica perla,
que al mar de Tadmir promete
gran reinado,
¿quién de horror no llora, al verla
engarzada en el grillete
del forzado?

Las ciudades más hermosas,
las campiñas, los talleres
son desiertos;
arden lides afrentosas,
y no lloran las mujeres
por los muertos.

Al dolor y á los amores
sordas, ni á sus hijos miran
con terneza...

Álitos desoladores
en los campos se respiran
de tristeza.

¡Y de España y de su gloria
os llamásteis herederos
sin segundos,
cuando el sol de la victoria
alumbraba á sus guerreros
por dos mundos!

¿No cantásteis sus hazañas,
sus blasones, sus encantos
y alegrías?
Pues rasgaos las entrañas,
cual se las rasga en sus cantos
Jeremías.

Vedla del Circo á la linde,
donde un César arrogante
la condena,
cual gladiador que se rinde,
y se revuelca espirante
por la arena.

Su túnica ensangrentada
 llevadla de villa en villa
 por los hombres,
 predicando una cruzada,
 que lave de tal mancilla,
 vuestros nombres.

Id con ronca voz doliente
 gritando á ese pueblo honrado
 perverso:
 —«¡Loco! ¿á dónde vas? ¡detente!
 »¡detente, desventurado!
 »¡vas perdido!

»Tú derribas tus altares,
 »tú derrochas tus tesoros,
 »tú los quemas,
 »y entre báquicos cantares,
 »y entre risas y entre lloros,
 »¡tú blasfemas!

«¡A Dios pedirá perdones,
 »y á la historia que le olvide
 »el villano,
 »que á su patria hace girones,
 »que sus entrañas divide
 »por su mano!...

»Jerusalén la deícida
 »terrible ejemplo en la tierra
 »darte quiere.
 »Pueblo que á su Dios olvida
 »y á la virtud hace guerra,
 »pronto muere.

»De Sodoma y de Gomorra
 »el castigo pavoroso
 »vé y medita.
 »¿Quién las hunde, quién las borra,
 »que ni el baho tenebroso
 »las visita?

»¡Dudas de Dios y del cielo,
 »donde la igualdad existe
 »verdadera,
 »¡y de horror llenas y duelo
 »á España porque resiste
 »tal quimera!

»¡El te hizo libre... tú has roto
 »su altar!... ¡su templo has hundido
 »con tus plantas!...
 »¡y un altar al Dios ignoto
 »en tu pecho corrompido
 »le levantas!...

»Mientras su cruz redentora
 »fué el pendon de tus soldadós,
 »tú vencías...
 »Si ella cae... ¡raza traidora!
 »¡ay de tí, que están contados
 »ya tus días!»

Sí... cantad lúgubre endecha,
 cual cumple á los trovadores
 de esa raza,
 que envilecida y deshecha,
 á eternidad de dolores
 Dios la emplaza.

¡Ay de la madre infelice,
 que su seno fecundado
 siente ahora!
 El Señor no lo bendice,
 y la guerra al hijo amado
 le devora.

¡Triste del que va á la guerra
 sin el lábaro cristiano
 por egida,
 y al caer mortal en tierra,
 siente el golpe de una mano
 fratricida!

Cuando envuelto en su capote,
 llanto de muerte sus ojos
 frío bañe,
 ¡ay si no vé un sacerdote,
 que rezando allí de hinojos
 le acompañe!

¡Ay si no se alza en su fosa
 una cruz, que en voz humana
 diga al suelo:
 —«Aquí un cristiano reposa,
 »desde aquí un alma cristiana
 »voló al cielo.»

Sí, poeta descreído,
 que ves rodar los altares
 sin cuidado,
 y avanzar con sordo ruido
 ola tras ola, los mares
 del pecado;

Esclavo de de la materia,
 entre el bien y el mal dūdoso,
 nunca en calma,
 charco de podre y laceria
 dó se revuelva un leproso,
 que es tu alma;

Ni Píndaro ni Tirteo
entre regalos alzaban
tierno canto.

De las musas santo empleo,
cuando los pueblos acaban,
es el llanto.

Vió Tebas labrar sus muros
al compás de las canciones;
tú lo enseñas.

¿Serán, poeta, más duros
los modernos corazones
que las peñas?

Si quieres regenerada
ver á la raza valiente
que en tí adora,
canta su virtud pasada,
llora su maldad presente...
canta y llora.

Jordan de nuestros pecados
lágrimas sean, poeta,
que tú llores:
que en tiempos desventurados
el poeta es un profeta
de dolores.

Canta un *adios* á la gloria,
 á España, que se derrumba...
 ¡adios todo!
 Pueblo que llenó la historia
 está mejor en la tumba
 que en el lodo.

Si estalla al cabo la ira,
 cuyo augurio formidable
 oír no quieres,
 será en tus manos la lira
 rueca vil y despreciable
 de mujeres.

Cuando sólo la espadaña
 crezca en nuestro suelo hermoso,
 y el viajero
 triste diga:—«*Aquí fué España,*»
 cruzando con pié medroso
 su lindero;

Tú cantarás dolorido;
 pero él seguirá adelante
 murmurando:
 «¡vé, juglar envilecido,
 con tu caravana errante
 mendigando!»

Humilde rabel sin fama,
que no hay viento que no rompa,
es el mio;
pero la patria me llama,
y hacerlo guerrera trompa
fiel ansío.

Si el horror sus cuerdas hiere,
ócio á mi musa villano
no tolero;
que cuando la pátria muere,
buen patricio y buen cristiano
morir quiero.

Donde se alce una bandera
con castillos y leones
benedicida,
allí estará mi alma entera,
mi laud y mis canciones,
y mi vida.

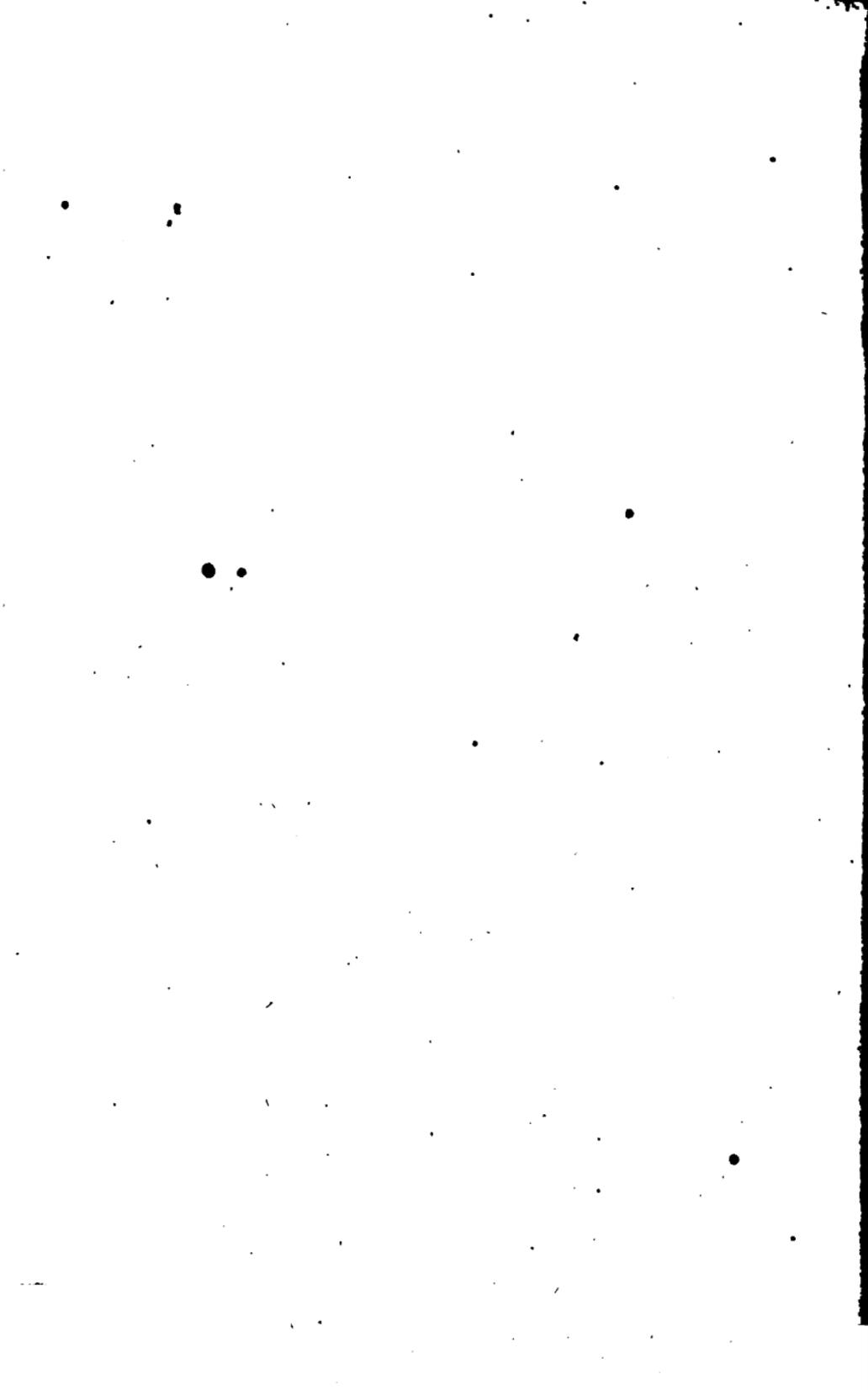
Sí, sí. ¿Quién tiene derecho
á cantar en las Españas
como antes,
cuando desgarrado el pecho,
contemplamos sus entrañas
palpitantes?

¡Ay! ¡adios, patria! ¡adios, gloria!
¡pasado que se derrumba!...
¡adios todo!
Pueblo que llenó la historia
está mejor en la tumba
que en el lodo.

Cantemos sobre ruinas,
envueltos entre crespones,
de horror llenos,
y coronados de espinas,
como están los corazones
de los buenos.

Elvas (Portugal) 20 de Julio de 1873.

CONTESTACION DEL SEÑOR RUIZ AGUILERA



A VICENTE BARRANTES,

CON MOTIVO DE SU COMPOSICION DIRIGIDA «Á LOS POETAS.»

Poeta, escuché tu canto;
digno le hace de alabanza
su hermosura;
mas cual tú, á mi vez, me espanto,
porque es ¡ay! no de esperanza,
de amargura.

De glacial sudor cubierta,
solitaria y silenciosa
sollozando,
va la patria en faz de muerta,
por la via dolorosa
caminando.

· · Riegan lágrimas las flores
 que los valles y colinas
 ya no aroman;
 para colmo de dolores,
 las del arte peregrinas
 se desploman.

Como bravas tempestades
 robo, incendio, y hambre y guerras,
 que pasaron,
 las aldeas y ciudades,
 las llanuras y las sierras
 desolarón.

¿A quién ¡ay! con ceño adusto ;
 llamaré de rencor lleno,
 «miserable?»
 ¿Quién el malo? ¿quién el justo?
 ¿Quién aquí, quién es el bueno
 y el culpable?

Todos, sí, todos pusimos
 en la hermosa madre triste
 nuestra mano,
 y vinagre y hiel le dimos;
 el magnate que oro viste,
 y el villano.

Turba el ánimo, no poco,
ver deshecha en humo y viento
tanta gloria...
mas impío será ó loco
el que niegue el movimiento
de la historia.

Dios la rige y la gobierna
con amor y con cuidado
paternales;
y su sábia ley alterna
el bien mismo suspirado
con los males.

Alma y cuerpo mortifique
con ayuno y con cilicio
flaco asceta,
y á los pueblos los predique;
es más santo el ejercicio
del poeta.

Cuando en valle y bajo monte
noche fúnebre y sin luna
vé el que llora,
él, rasgando el horizonte,
como el águila, en su cuna
vé la aurora.

El poeta que á Dios siente
 al mañana va resuelto,
 no abatido;
 no deplora eternamente,
 con el rostro hácia atrás vuelto,
 lo que ha sido.

—

¡Lo que ha sido! ¡Ay! en el fondo
 del pasado, ¡cuántas almas,
 cuántas, gimen,
 con gemido eterno y hondo!
 y entre vítores y pañamas,
 ¡cuánto crimen!

—

¡Lo que ha sido! su proceso,
 si lo absuelve, lo condena;
 duro clavo,
 cruz infame dió al progreso;
 él forjaba la cadena
 del esclavo.

—

Sonriendo ó blasfemando,
 con miradas, ya tranquilas,
 ya sañudas,
 á mis ojos van pasando
 los Trajanos, los Atilas,
 Cristo y Judas.

Van, señores ya del mundo
en carroza los Nerones;
y amarradas,
como vil rebaño inmundo,
detrás de ellos las naciones
conquistadas.

¡Lo que ha sido!... resonante
aun nos llega del pasado
triste nota.
Con su voz terrible Dante
dió en castigo á su pecado
la picota.

La verdad y la inocencia
en la noche de ese abismo
sufrir veo;
profanada la conciencia;
á los piés del fanatismo
Galileo.

¡Lo que ha sido!... su eco zumba
por los yermos y lugares
de Castilla;
Villalar es una tumba
donde están los populares
de Padilla.

Desgarrando santas leyes,
 mientras lloran las campanas
 roncousones,
 á los *Autos* llevan reyes
 su haz de leña, entre cristianas
 oraciones.

—

¡No! No es raza envilecida
 la heredera de mal grave,
 que, sin tino,
 aspirando á nueva vida,
 va, cual ciego que no sabe
 su camino.

—

¡Patria mia! Los que, crueles,
 te juzgaron vil matrona
 degradada,
 despues viéronte en laureles
 de Bailén y de Gerona
 coronada.

—

Ayer mismo al africano
 que arrastraba por el lodo
 tu bandera,
 destrozaste en risco y llano,
 asombrando al Orbe todo,
 libre y fiera.

—

No es engaño del deseo,
ni es mi voz que aquí lo canta,
desvarío;
nuestra patria, como Anteo,
cuando cae se levanta
con más brío.

Si otros pueblos de la gloria
hoy reciben los honores
en el templo,
no compraron la victoria
más que á costa de dolores
sin ejemplo.

Tambien ellos se agitaban
con afan desesperado,
no felices;
porque en sí tambien llevaban
aun del cáncer del pasado
las raices.

Bajo el peso de atroz yugo
ví la plebe, que sufría
con gemido;
y en las cimas el verdugo,
que del cielo se creía
descendido.

¡Oh! por eso, roncós vientos
se desatan, y aun hay huella
dél estrago;
tembló Europa en sus cimientos,
llovió sangre, haciendo de ella
turbio lago.

Esta sangre fué bautismo
de la idea, que entre duelo
cuerpo toma;
brotó el iris del abismo,
y fué nuncio de consuelo
la paloma.

Yunque eterno las naciones,
sobre él labran incesantes
en pelea
mil y mil revoluciones,
como cíelopes gigantes,
cada idea.

¿Por qué el hombre de fé duda
y del cielo desconfía,
que no engaña?
¿Esperó, en su pena aguda,
una nueva Epifanía
para España?

Llora, pues, el bien ausente;
mas, el llanto en pos enjuto,
no desmayes;
de la patria al mal presente
no llevemos por tributo
lloro y ayes.

No retires, no, tu mano
de la mártir desvalida,
ya sin calma;
como el buen samaritano,
pon un bálsamo en la herida
de su alma.

Tiemble pálido el cobarde,
y el mal sea, que está viendo
quien le inspire;
débil nunca, aunque el bien tarde,
cantará la fé el tremendo
Dies iræ.

Si en tu voz el himno vibra
de las grandes redenciones,
tu arpa inquieta
uno y otro, fibra á fibra,
tocará los corazones,
¡oh poeta!

Necesita la que amamos
horizontes y esperanzas,
vate amigo;
su pesar acrecentamos
con funestas remembranzas,
que maldigo.

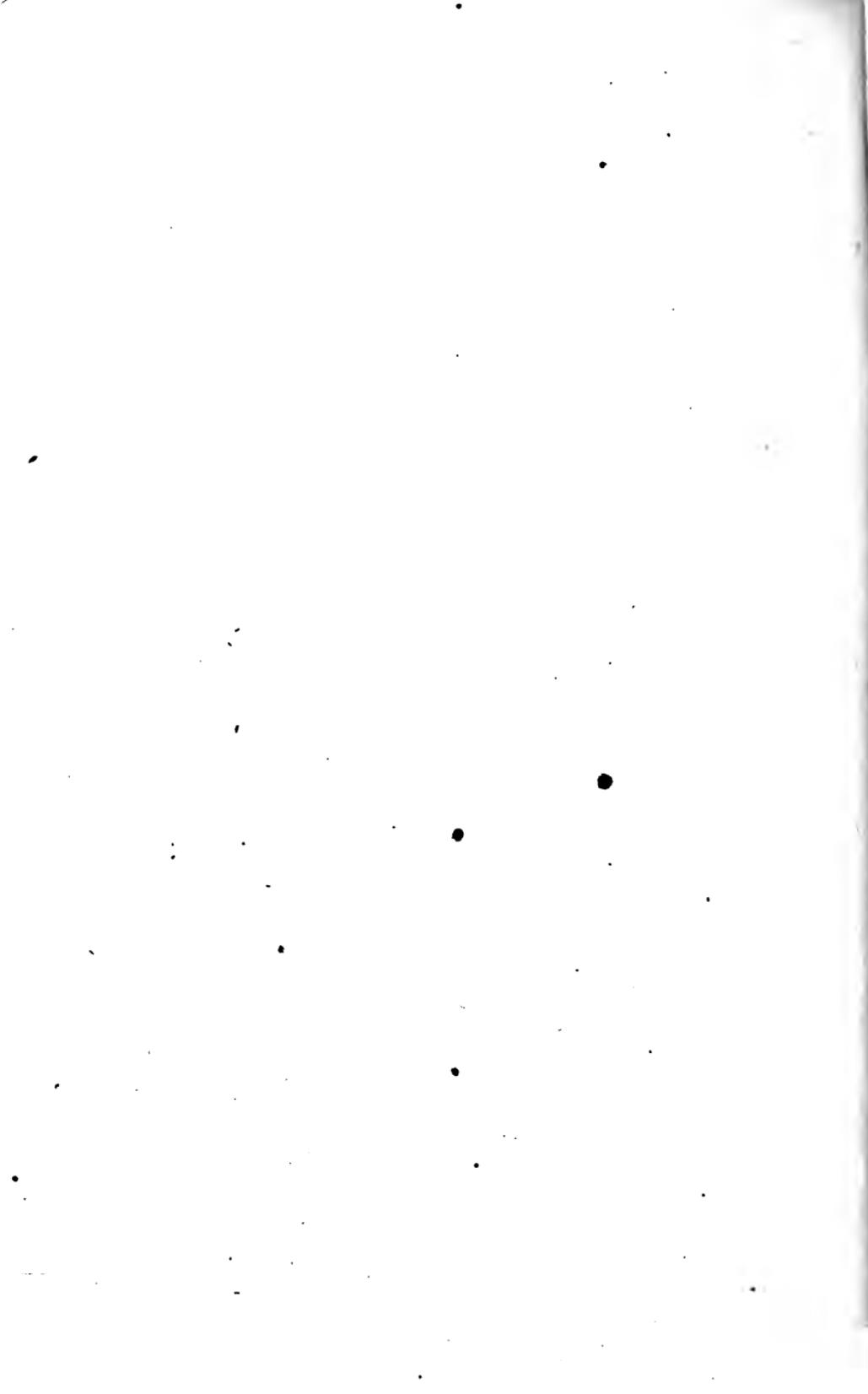
Por el árido desierto,
siempre á oscuras, siempre en guerra
fratricida,
un *oasis* busca cierto...
¡Oh, mostrémosle la tierra
prometida!

¡Oh legion, sagrado coro
de poetas... adelante!
¡Dios no engaña!
De esperanza y fé, sonoro,
diga el himno triunfante:
«¡Vive España!»

Madrid, Noviembre de 1873.

VENTURA RUIZ AGUILERA.

RÉPLICA DEL SEÑOR BARRANTES.



La composicion que va á leerse apareció en una acreditada *Revista* de esta córte, precedida de la siguiente carta:

Sr. Director de LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD.

Pues va V. á insertar, querido amigo, en su excelente *Revista* mi réplica á Ruiz Aguilera, que escrita en Cáceres á vuela pluma el mes pasado, se publicó en *La Época* de 3 del actual, concédame tambien un par de hojas de su periódico para disculparme con sus inteligentes lectores, y en particular con su más distinguida colaboradora, del silencio que he guardado desde la aparicion de mi invectiva *A los poetas*, por ella antes que por el cantor de los *Ecos nacionales* contestada. No solamente la galantería y el respeto debido á tan ilustre poetisa como doña Concepcion Arenal, que ésta seria razon bastante; muévenme otras de gran peso á decir al público dos palabras que mi proceder justifiquen.

El éxito de mi increpacion *A los poetas*, que por inmerecido y en demasia lisonjero únicamente á

su oportunidad puedo atribuirlo, hizo llover sobre mí de varias provincias de España multitud de contestaciones en prosa y verso, plácemes y cartas, entre las cuales algunas de personas tan respetables como queridas, que á su profundo saber reúnen altísima reputacion literaria, llegaron á poner en duda la justicia que me asistiese para lanzar tan graves acusaciones sobre mis

hermanos en ciencia gayá.

«Creo (me decia una de ellas en 4 de Octubre),
 »creo que lo único y sólo que en España no se ha
 »prostituido aun, son los verdaderos poetas... por-
 »que de copleros, bufones y truhanes no hay para
 »qué hablar. Los poetas no se han puesto, gracias
 »á Dios, todavía al servicio de la iniquidad.»

En boca, repito, de persona de alta reputacion y moralidad literaria, no podian menos estas reconvenciones amistosas de hacerme desconfiar de mi criterio, con tanta mas razon, cuanto que yo recordaba efectivamente, desde los Matrimonios reales en 1846, algunos destellos proféticos de la musa española, como aquel canto magnífico, que diez y ocho años despues y en una coleccion de versos palaciana, pasó por obra de un misántropo y hoy parece inspiracion de un profeta:

No lamentos ¡oh España! tu pobreza,
 tu desventura, si, pues no lo dudes;
 en tesoros no estriba la grandeza;
 oro te sobra, fáltant: virtudes.

¿Qué hiciste de la fé, que cien naciones
 rindió á tu suave yugo por trofeo?
 ¿Y qué de la lealtad? ya en tus pendones
 «Dios, Patria y Rey» medio borrados leo.

.....

Ya tiene altares la avaricia impura;
 que son ¡oh mengual! entronizado el vicio,
 la ingratitud ingénio y travesura,
 gala el descaró y la calumnia oficio.

Pueblo, el paso deten; á horrible abismo
 te arrastran tus solícitos bufones,
 ladrones de tu fé, de tu heroísmo,
 y de tu paz doméstica ladrones.

A par con estos versos, indudablemente sibil-
 ticos, recordaba yo otros de Gaspar Nuñez de Ar-
 ce, en su *Epístola á Antonio Hurtado* y en su
 magnífico soneto *A España*, y otros de Grilo, en
 su preciosa composicion *A una monja*, llenos de
 profunda intencion política y de temores por lo
 porvenir; pero ¿eran ellos bastantes para discul-
 par el silencio de los poetas en la pavorosa crisis
 que en el verano anterior atravesábamos? ¿no te-
 nian mucho más carácter político y *de oposicion*,
 que religioso ni social? ¿podia creerse compendi-
 da en lamentaciones tales aquella situacion ter-
 rible, que puso á dos dedos de su ruina total nues-
 tra nacionalidad querida, nuestra familia cristia-
 na, nuestro estado social y religioso y hasta nues-
 tro carácter de pueblo civilizado? Hé aquí las pre-
 guntas que yo me dirigia para resolver las angus-

tiosas dudas que aquel respetable amigo sembraba con sus cariñosas reconvenciones en mi conciencia. Finalmente, dos ó tres poetas, por altos y conspicuos que sean ¿son la poesía?

Puesta la cuestion en este terreno, que era el suyo propio, se abrió ancho campo á mis investigaciones. Y las hice incansable.

Pregunté á la poesía popular, que marcha siempre delante de la erudita, cantando los sentimientos del pueblo en las grandes crisis históricas, y la respuesta fué horrible. Pregunté á Sevilla, que ha visto derribar algunos de sus más hermosos templos y arder su incomparable calle de las Sierpes; pregunté á Cádiz, que se ha estremecido de horror viendo en almoneda su Custodia del Corpus Christi, y derrocados sus santos Patronos, felices sucesores del Hércules fenicio; pregunté á Málaga, que ha vivido casi un año en plena Edad Media, alternativamente entregada á la rapacidad y á los instintos sanguinarios de dos turbas rivales; á Granada pregunté, que igualmente resucitó á los Zegries y Abencerrages entre sus ciudadanos y á los vándalos entre sus monumentos gloriosos; pregunté á Barcelona, que no olvidará jamás sus templos convertidos en lupanares, los púlpitos en lechos de prostitutas, las aras en sucursales de las tabernas, y sus sacerdotes llevando el Viático en el bolsillo cubiertos con innoble disfraz; pregunté á Alcoy, pregunté á Madrid, oasis misterioso é incomprendible en medio de un desierto de desolacion, y ¿cómo me respondieron? Enviándome á legajos los

romances, las coplas, las décimas, los himnos, los trovos nuevos... ¿me atreveré á decirlo? contra Dios, contra los sacerdotes, al saqueo, á la federal, y hasta... ¡horrorícese el lector! hasta... al petróleo... (1).

La poesía popular estaba juzgada.

La musa callejera descubria entre sus harapos el grillete del presidiario.

¡Triste confesion!

Unicamente el *genus* satírico, el Sancho Panza nacional, que acurrucado al amor de la lumbre, vé con sonrisa burlona pasar por delante de su puerta todos los ridículos del pueblo, se permitia en ciertas regiones menos corrompidas ó más inteligentes, sacar de vez en cuando la cabeza con coplas como éstas:

Ande la lata,
ande el petróleo,

(1) Madrid mismo, centro del gobierno y de la cultura nacional, estaba invadido por esta literatura soez y desmoralizadora, que debe ser sin miramiento alguno estirpada por los hombres de Estado que aspiren á regir una nacion y no una taberna. Por detenerse D. Juan Bravo Murillo, en compañía del director de *La Defensa de la Sociedad*, á oír ciertas coplas chavacanas, que estaba cantando un ciego en la calle de Peligros, esquina á la de la Aduana, en medio de una turba embebécida, cuando no palmoteadora, cogió indudablemente la pulmonía que le llevó al sepulcro. Aquellas coplas se titulaban *Los cuatro barberas politicos*, Necedal, Gonzalez Bravo, Prim y Sagasta, y el lector puede figurarse las barbas que el poeta hacia... á aquellos barberos, jabonándolos con sangre y lodo.

anden diez reales,
ande el embrollo (1).

—
La república en Guareña
la cantan los taberneros,
y en D. Benito la cantan
los sastres y zapateros

—
El cándido de Figueras,
y el radical Figuerola,
nos han dejado en cuerines
sin calzon ni camisola.

ó como otra cancion algo más acentuada, que empieza:

La mujer republicana
lo ha de dar todo de balde,

cancion que yo no concluyo, porque juega del vocablo con las palabras re-pu-blica y re-pu-tar, de

(1) Esta copla tiene una variante.

Ande la lata,
ande el estaño,
anden diez reales,
andè el engaño.

De las dos maneras se ha cantado en Málaga.

una manera incisiva y graciosa; pero poco decente.

Estos eran todos los desquites, las venganzas todas que el buen sentido público y el génio español castizo y honrado se permitian en aquellos momentos; pero en cambio ¡cuánta blasfemia! ¡cuánta heregía! ¡cuánta calumnia histórica y social contra las clases más respetables! Por la siguiente muestra de las coplas contra el clero, que son las que más abundan en ese Parnaso impío, podrá formarse idea de la asquerosa corrupción en que la musa popular habia caído:

Ya se le acabó á los curas
el comer á dos carrillos,
y el ir de noche al café
cón el ama y los chiquillos.

Ahora bien, ¿qué hacia la poesía culta, la honrada musa española, para protestar contra tamaños desvaríos, para sacar al pueblo de tal abismo de indignidades é ignorancia? Nada, absolutamente nada. Silenciosa y oculta en el fondo de los perfumados gabinetes, como las sibilas de los primeros siglos de la Era cristiana, que veian apagado el fuego sacro por el rocío fecundante de Judea, ¿no daba á entender bien claro á las clases populares que los Dioses se habian ido? su silencio ¿no era una complicidad con ellas? ¿no establecía con ellas el lazo vergonzoso del descreimiento, de la falsa filosofía, de la carencia de fé religiosa y social?

Que tres ó cuatro poetas, más ó menos elocuentes, hubieran cantado como Virgilio *paulo majora*, en días pasados y bajo una inspiracion más política que nacional, ¿era bastante razon para absolver y purificar al nuevo paganismo poético? No en manera alguna. Yo sí que lo estaba, y perfectamente en su lugar mi increpacion, mi invectiva *A los poetas*, ó como quiera llamársele, que escribí ex-profeso para LA DEFENSA DE LA SOCIEDAD, pensando en su elocuente título, y no en son de guerra contra tales ó cuales gobiernos, sino contra los pueblos pervertidos y contra las perversas ideas.

Pero entre tanto habia pasado el tiempo, y mis deberes de cronista de Extremadura me tenian viajando por aquellas provincias, repartidas mis horas entre los archivos municipales y los monumentos históricos. La bellísima contestacion de la señora Arenal no era la única que hubiese llegado á mis manos, pues amigos muy queridos y poetas beneméritos de Andalucía, de Valencia, de Galicia, me excitaban pública y privadamente á proseguir la comenzada empresa, á despertar á las musas de su letargo infame, cada cual desde su punto de vista político-literario. Primero aquellas vacilaciones, no de mi fé religiosa y social, sino de mi conciencia de escritor, que llegó á dudar en los términos que he referido de que me asistiese justicia; y despues la general tendencia, inevitable en este género de polémicas, á penetrar en un terreno que las empequeñece, paralizaron mi accion, echando sobre mí la nota de descortés, prin-

principalmente con la ilustre poetisa, que me había invitado á marchar en su honrosa compañía

...por la senda solitaria,
elevando al Señor una plegaria,
y á la patria infeliz un triste canto.

.....

Su quejido resuene en nuestra lira;
del mártir se corone con la palma;
no es grande el corazón ni grande el alma
que en los grandes dolores no se inspira.

.....

¡Con cuanto placer me hubiera yo hecho digno de la última estrofa que me dirigía en su bella composición!

Nó, de la patria en los horribles males
nuestras tímidas voces no enmudecen;
canten otros las cosas que perecen,
y cantemos las cosas inmortales.

Afortunada ó desgraciadamente, la contestación que me dió en *La Época* á principios de Diciembre mi amigo Ventura Ruiz Aguilera, colocándose en un punto de vista erróneo en mi concepto, pues hacia la apoteosis del eclecticismo filosófico, que en religión es una forma vergonzante del ateísmo, púsome en la necesidad de replicar, quedando al descubierto con los demás poetas, que supongo comprenderán ahora las causas que me impulsaron. Ellos eran apologistas; Aguilera im-

pugnador; ellos venian á sacrificar en mis propios altares; Aguilera á derribarlos. A ellos ¿qué tenia yo que decirles? Todo lo más, que nuestro ideal debia de ser la *patria*, no tal ó cual fórmula política pequeña y miserable. Que buscar en lo pasado todas las soluciones de lo porvenir, es exponerse á quedar convertido en estatua como la mujer de Loth.

Eso era justamente lo que el cantor de los *Ecos nacionales* creia ver en nosotros y censuraba en nosotros; que llorábamos por lo pasado condenando todo lo presente, error más insostenible, que si yo le dijera que en su *contestacion* palpita la defensa de la *Commune* de París y de los presidiarios de Cartagena. Inspiradas en los principios religiosos y sociales han vivido, viven y vivirán las más antitéticas formas de gobierno, incluso las repúblicas, mientras que *ignorando donde está el bien y donde el mal*, careciendo de fé hasta el extremo de consentir el mal, *por si acaso produce algun bien*, se entregan los pueblos á un fatalismo inconsciente, destructor de todas las energías colectivas é individuales, y no hay en ellos gobierno posible, ni orden posible, y la sociedad se convierte en un caos. España acaba de ofrecer pruebas de esta verdad, que recojerá la historia. Vacilaron los gobiernos de Figueras y Pi entre lo bueno y lo malo, no sabian á punto fijo si debía de sacrificarse á Jesús ó á Barrabás, y llegó el país á la boca del abismo; pero abrazóse Castelar con los principios religiosos y sociales, y ya hubo patria; ya fué nues-

tra salvación posible, porque Dios ayudaba á los hombres.

¿Y cómo no? ¿Quién desde el fecundo campo del Catolicismo, creador insigne de la democracia cristiana, de la igualdad ante la ley, y de la única fraternidad posible entre nosotros, la fraternidad del amor y de las creencias religiosas, quién desde ese campo, repito, puede rechazar forma alguna de gobierno, cuando la divinidad de esos principios consiste justamente en ser compatibles con todas, en conciliarse con todas, en amoldarse á todas, con tal que tengan la justicia por base y la realización del derecho por objetivo; y no pueden tener otra base ni otro objetivo las formas de gobierno posibles en las sociedades civilizadas? Pues qué, la Iglesia católica, el organismo católico, ¿no son esencialmente democráticos? Todos los soñadores de todas las escuelas liberales ¿no invocan el nombre de Jesucristo con más ó ménos error? Lo que hay es que se confunden los medios humanos de la política y se tuercen los caminos del gobierno; que entregado el mundo á la controversia, llega la pasión á exigir por fuerza lo que el principio religioso pide por amor, por deber ó por caridad; que se ocultan á la corta vista del hombre las fuentes eternas del bien y del mal, y finalmente, que en las naciones latinas se ha esperado y se esperará siempre de los gobiernos, por ministerio de la ley, lo que es obra de los pueblos, por la instrucción, por la moralidad, por la civilización cristiana.

De aquí los grandes errores, hijos de la grande.

impaciencia y del orgullo satánico de la humana sabiduría.

Con la misma pluma con que combaté Reñan, en sus *Estudios religiosos*, el gobierno que llama intransigente de Felipe II, aplaude y disculpa las intransigencias de Calvino, considerándolas una imposición de la época, una necesidad *de la misión que se había impuesto* en aquel momento político. ¡Y para Felipe II no había tal misión ni tal necesidad! Con la misma pluma con que mi buen amigo Aguilera anatematiza los horrores de lo pasado, las *hogueras atizadas por los reyes*, la tiranía de Neron y Atila; con aquella misma pluma pide tolerancia para las hogueras de Alcoy y Cartagena, para Contreras y Roque Bárcia, fundado en que *quizás* esos horrores anuncian el doloroso alumbramiento de una fórmula de progreso. ¡Como si el progreso pudiera nunca ser hijo del mal y del crimen! ¡Como si la libertad pudiera nacer donde sólo se siembran semillas de barbárie y tiranía!

Y cuenta que el autor de los *Eclos nacionales* no es de los que menos han aprendido en esta escuela de los grandes desengaños, que estamos hoy cursando todos los españoles. Al contrario. La lección que acaba de recibir es de las que nunca se olvidan. La patria desangrada y envilecida le ha impuesto recientemente el sacrificio de borrar, de renegar (¿por qué no llamaremos las cosas por su nombre?) sus bellos cánticos contra el *tributo de sangre*, contra las quintas, porque ellas han venido á ser en un momento solemne la única tabla de

salvacion para el país. ¿Y qué significa esto? ¿qué significa este silencio del incansable censor de *las quintas*, justamente en el momento en que estas revestian una forma más horrible, desgarrando todos los corazones de todas las madres españolas? Pues significa indudablemente que el distinguido cantor del pueblo reconoce que antepuso preocupaciones sentimentales á principios eternos, que confundió la caridad con la filantropía, su moneda falsa, y que ha reconocido, en fin, que es indigno de buenos ciudadanos, como él, engañar á las inocentes madres, haciéndoles creer que puede la patria pasarse sin sus hijos.

Hé aquí, cómo los poetas, que de lo pasado aplaudimos principalmente la fé religiosa, el espíritu cristiano, la tendencia universal al bien, informándose en las sociedades, en las leyes y en las costumbres, porque las cuestiones políticas no son por fortuna de nuestra competencia, podemos creer^snos, y somos en efecto, cuando de nuestros cantos se quiere deducir una teoría gubernamental, más liberales, más demócratas, más amigos del pueblo y de su verdadera emancipacion, que los que confunden las fuentes del bien y del mal, disculpan los horrores del funesto año 1873, y no piensan que por ese camino iba el pueblo derechamente á la barbarie y á la tiranía, porque los héroes de Barcelona y Cartagena están mucho más cerca de Nerón y Atila que Felipe II... si Felipe II fué un tirano.

Voy á concluir, excitando á los partidarios, más

escasos por fortuna cada día, de las doctrinas de que mi amigo Aguilera es ilustre representante poético, á meditar sobre el espectáculo que presenta en estos momentos nuestro pobre país.

La musa culta, la poesía erudita, ya hemos visto que calla temerosa ó quizás en el mal contagiada; la popular, también la hemos visto revolcarse en el lodo de las más viles pasiones, desgredada por el delirio la cabeza, saltándosele los ojos por la embriaguez que produce el crimen, tintas en sangre y vino sus ya asquerosas vestiduras... Pues bien, hay en los pueblos meridionales otra poesía, que representa acaso mejor que aquellas el espíritu de los tiempos y de las razas, porque las representa en su primitiva y cándida sencillez, sin afeites ni atavios. Es la poesía de los campos, libre como las aves, pura como las brisas, armoniosa y natural como el susurro de los arroyos, que solo reflejan el azul del cielo y las calmas inefables de la naturaleza; dulce y cristiana, en fin, como el alma de Garcilaso; esa poesía del pastor, que sentado junto á su perro al borde de los precipicios, parece el símbolo más puro del ideal del hombre, puesto á mitad de camino entre la tierra y el cielo..

¿Y qué nos canta hoy esa musa de las florestas, sencilla y candorosa?

¡Ah! los que no habeis visto en nuestros campos yermos ó abrasados, tétrico, sombrío, mudo, al pastor amable que ántes cantaba amores y villancicos devotos á toda hora; los que no le habeis visto rechinar los dientes al acordarse de la ciudad

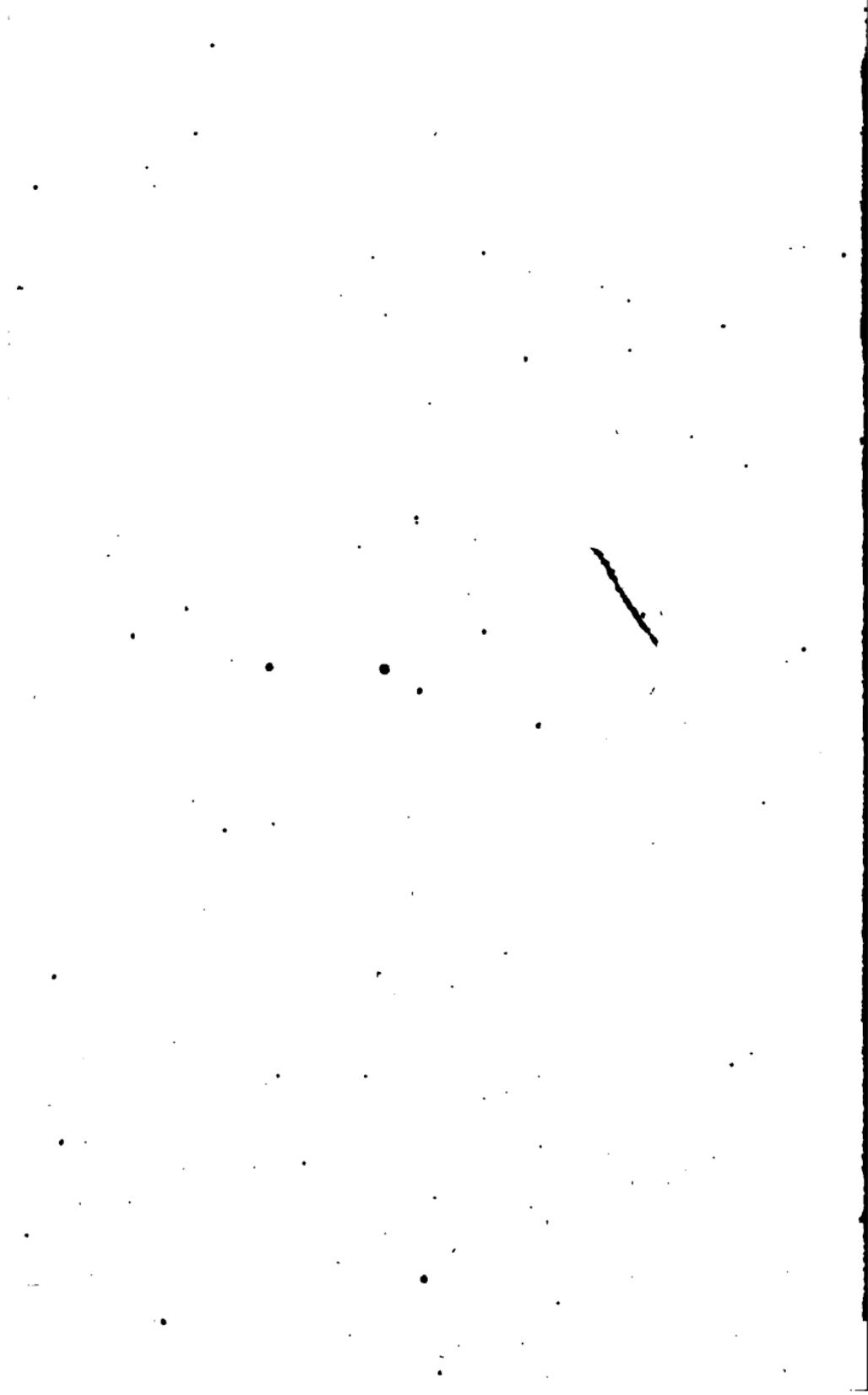
y del *amo*, no podeis comprender la horrible poesía que tiene su único canto, el único resúmen que hace de sus meditaciones, de sus pensamientos, de sus creencias y sus esperanzas. Hélo aquí:

No hay Dios. ni Virgen, ni naa,
no hay mas que sol, luna y azaa.

¡Horrible dístico, que tiene hoy mas secos los campos de nuestra pobre España, que la guerra y la devastacion! ¡Soez apoteosis del más brutal instrumento de trabajo, de *la azada*, apoteosis que no se hace en rêspecto á la sentencia divina—*ganarás el pan con el sudor de tu frente*,—sino en ódio y en son de guerra á toda la humanidad que no maneja aquel instrumento. ¿Sabeis cuál es esa religion del sol y de la luna; del sol que, como dicen ellos, rige los campos y producê las buenas y malas cosechas; de la luna, que rige á los hombres, y los enferma y los sana, les permite el trabajo ó se lo veda? Pues esa religion es el sabeismo, la primera idolatría que surgió entre las ruinas de la torre de Babel. Decidle al hombre de los campos *que acaso no está en un error*, como da á entender mi tolerante amigo Aguilera; que acaso en su horrible dístico late y se entraña una *nueva fórmula de progreso*, y volvereis de golpe al alfa y al ómega de la barbárie primitiva, y cuando creais marchar al reinado de la razon, de la justicia y del derecho, os encontrareis bajo el imperio de *la azada*, echando acaso de menos la herradura brutal del caballo de Atila.



¿FILOSOFOS O CRISTIANOS?



RÉPLICA

Á DON VICENTE BARRANTES.

Tu epístola he recibido,
caro Ventura, tan llena
de poesía.

¿Estaba Homero dormido,
que su música te apena,
alma mía?

De los vates castellanos
el silencio yo censuro,
que contemplo,
cuando luchan los hermanos,
cuando Dios no está seguro
en su templo.

¿Qué traen los vientos? querellas;
 ¿y los ecos? estampidos,
 voz de crimen.
 Viudas, casadas, doncellas,
 padres, hermanos, maridos,
 todos gimen.

Y sobre tanta ruina
 se alza el espectro asqueroso
 del ateo,
 á la justicia divina
 provocando con su odioso
nada creo.

¡Nada! ¡Y cae sobre tus hombros.
 hecho pedazes un mundo
 lácio y yerto!...
 Cree siquiera en los escombros...
 cree en el abismo profundo
 que has abierto.

— «Llora, pueblo, tus pecados,
 »llora (le digo al poeta)
 »sus errores,
 »que en tiempos desventurados
 »el poeta es un profeta
 »de dolores.

»Si quieres regenerada
 »ver á la nacion valiente
 »que en tí adora,
 »canta su virtud pasada,
 «llora su maldad presente...
 »canta y llora.»

Pero una voz de sirena
 viene á interrumpir mi canto
 dolorido...
 Mi indignacion te da pena,
 y pone mi duelo «espanto»
 en tu oido.

«Tanta sangre que nos baña,
 »tanto crimen, tanto exceso,
 »quizás sea
 »Jordan santo para España,
 »paso firme hácia «el progreso
 de la Idea.»

»¿A quién ¡ay! con ceño adusto
 »llamaré de rencor lleno
 »miserable?
 »¿Quién el malo? ¿quién el justo?
 »¿quién aquí, quién es el bueno
 y el culpable?»

¡Ay! me entristece y aterra
el antro donde, Ventura,
tu alma mora...
¿No hay bien ni mal en la tierra?
¿tan torpe es la criatura,
que lo ignora?

El bruto, el ave, la planta,
buscan su bien por instinto
natural,
¡y el hombre no se levanta
do distinga muy distinto
bien y mal!

¿Juzgas mártir verdadero
al que en Cartagena muere
blasfemando,
ó al bendito misionero,
á quien el salvaje hiere
predicando?

Ya la humanidad sencilla
no puede ser engañada,
como era.
Cuando dobla la rodilla,
sabe la imágen sagrada
que venera.

Desque presencié el Calvario
 aquellos santos misterios,
 que yo adoro,
 no tiene el mal santuario,
 ni los Silas y Tiberios
 carros de oro.

¡Progreso, de Dios bendito!
 no eres tú fruto de horrores,
 vicios, males,
 ni el ideal infinito
 de impíos reformadores
 criminales.

¡Idea! La ciencia loca,
 que tuvo en Babel su cuna,
 piensa osada,
 que á Dios mira, que á Dios toca,
 si alza hasta el cielo importuna
 su mirada.

¡Si! y es «raza envilecida»
 la que, sin sufrir «mal grave»
 «va sin tino,»
 á una cosa... que no es «vida;»
 como «ciego que no sabe
 »su camino.»

¿No tiene el hombre conciencia
que con grito misterioso
bien le advierte,
que en el árbol de la ciencia
hay un fruto ponzoñoso
que dá muerte?

Si viven juntos y nacen
bien y mal, que se confunden
por tal modo,
cuando en el mal, se complacen,
¿por qué los pueblos se hunden
en el lodo?

¿Por qué Salem la deícida
no levanta la cabeza
derribada?
¿Por qué Grecia descreída
símil es de una belleza
deshonrada?

Tú ves «á Cristo con Judas»
siempre juntos caminando....
yo tambien;
mas sin *distingos* ni dudas;
uno el mal representando,
y otro el bien.

Decir:—«Paso al Iscariote,
 »que otro Cristo quizá sea
 »de otro día...»
 ¡Jamás! ¡Dios mi mente embote!...
 que no es progresiva idea,
 es impía.

—
 ¡Ay! Cuán amargos pesares
 al triste esperan, que toma
 tal sendero.
 Quien á Cristo niega altares
 debe adorar á Mahoma,
 ó á Lutero.

—
 Siembra zarzas que le ciegan;
 abre hoyos que le tragan
 de repente,
 que á los que al mal las entregan
 así las naciones pagan
 justamente.

—
 A la prometida tierra
 iban con Dios por su vía
 con pié cierto,
 y Él airado las destierra
 de la barbárie sombría
 al desierto.

Locos que á locos seguis,
 ciegos que á ciegos guiais,
 ¿no sabeis
 que de la verdad huís,
 y hácia la mentira vais?...
 ¿no lo veis?

«El poeta que á Dios siente»
 á la luz marcha «resuelto,»
 no inseguro;
 nó vacila torpemente
 á lo claro «el rostro vuelto»
 por lo oscuro.

A tí «el verdugo» te irrita;
 á mí sólo el oír su nombre
 me anonada...
 Pues él es la obra maldita
 de esa ciencia, que hace al hombre
 todo y nada.

Quien al pueblo dijo insano:
 —«Ni de Dios en adelante
 »sufras yugo;»
 engendró al primer tirano,
 y le dió por ayudante
 al verdugo.

Cuando á «la hoguera» llevaban
el «haz de leña los reyes»
que pasaron,
á la vil plebe adulaban,
que por ella aquellas leyes
se dictaron.

Ella engendra los errores,
los delirios insensatos
cada dia.
Si los hombres superiores
aplauden sus arrebatos,
¿quién la guia?

Ayer quemó por hereje,
y mañana por cristiano
quemará.
Como el que manda la deje,
verdugo en ella y tirano
creará.

Verdugo, suplicio, hoguera,
van en foco más fecundo
á abismarse,
que es Dios lumbre verdadera,
y á ella se calienta el mundo,
sin quemarse.

Por eso al mirar, por eso,
incendios, guerra y matanza,
nuevamente,
lloro, acuso... ¡no al progreso!
quien diga que así se alcanza,
pueblo... ¡miente!

—
«*Lo pasado...*» ¿me enamora?...
¡no, que de Neron y Atila
yo abomino;
mas la fé consoladora,
alumbró con luz tranquila
tu camino.

—
No amenguan nuestros pecados
pecados de antiguas gentes,
ni los lavan.
Si los errores pasados
son disculpa á los presentes,
¿cuándo acaban?

—
La sangre ya no es «*bautismo*,»
ni ya la idea «*entre duelo*
«*cuervo toma*;»
harta vertió el Cristianismo,
cuando en la cruz «*voló al cielo*
«*la paloma*.»

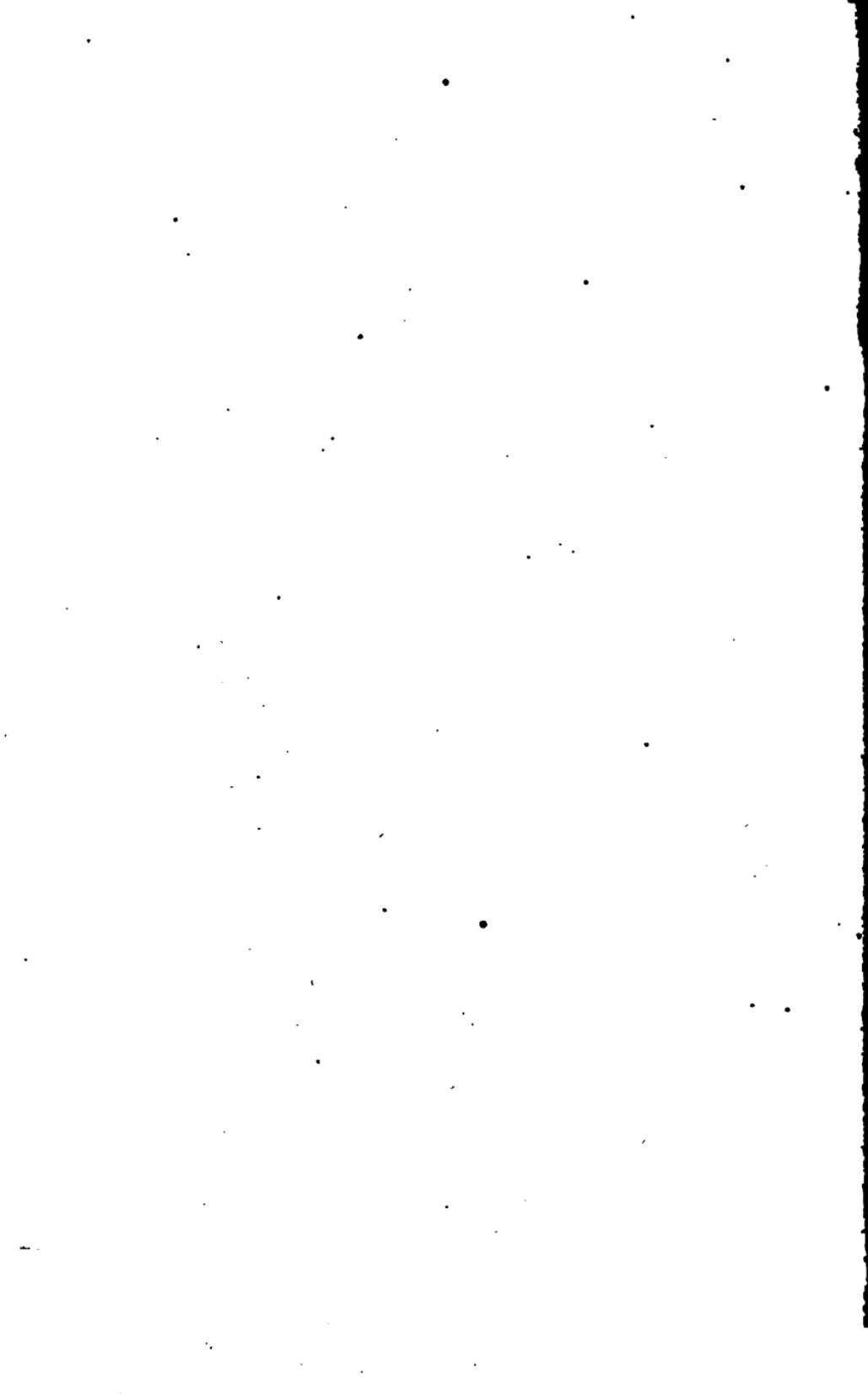
Esa que corre á torrentes
 por los campos españoles,
 podre y lodo,
 secando está aquellas fuentes,
 nublando está aquellos soles...
 ¡pudre todo!

—
 ¿Y he de retirar «mi mano
 «de tí, martir desvalida,
 »ya sin calma?»
 Jamás. «Buen samaritano,
 «pongo bálsamo en la herida
 »de tu alma.»

—
 Te enseño, pueblo, lo justo;
 ama el bien; busca la gloria
 verdadera;
 no erijas en ley tu gusto,
 y no brillará en tu historia
 ni una hoguera.



SUCEDIDO.



«España es sólo un rebaño
»sin pastor;
»que no espere ya buen año
»ningun pobre labrador.
»No, señor.
»Si mal estamos ogaño,
»aun hemos de estar peor.»

—
Así cantaba un jayan
otro día
en el campo de San Juan;
y la gente se reía,
y él decía:
—«Reid, reid. Ya os darán
»mucho palo y poco pan.»

—
Pero acudieron civiles,
y milicia,
y cargaron los fusiles,
y le prendió la justicia...
Sin malicia
hubo allí *mueras* á miles
contra curas y serviles.

En la trena el juez le sopla,
y demanda
si cantar aquella copla
algun carlista le manda.

—«Anda, anda,
(el rústico le contesta),
»¿pues no danzo yo en la fiesta?

—
•
»¿No me ofrece á mí el cacúmen
»testimonio
»de que esta fiesta en resúmen
»es un belen del demonio?
•
»Al bolonio
«más bolonio se le alcanza
»que nos va á hundir esta danza.

—
«Estarán muertos de risa
»los que hicieron *la gloriosa*;
»ya nadie tiene camisa,
»ni hay aquí cosa con cosa.

«Cada misa
• »que dice el cura asustado
»con hostia y vino fiado,
»va siendo, según barruntos,
»un oficio de difuntos
»por cada español honrado.

—
»Yo tenía un pegujal
»en la Vega,

»que me daba, bien que mal,
 »año y vez, una fanega
 de candeal...
 »Me lo he comido en la siega
 »pagando á duro el jornal.

»Cincuenta cabras de vida
 »era mi hato;
 »pero pasó una partida
 »que iba .. á cazar en el plato,
 »y á rebato
 »esta quiero y esta no...
 »la partida... ¡me partió!

»Un hijo tengo mozuelo,
 »como un oro,
 »que es de mi vejez consuelo,
 »y de su madre tesoro...
 »Por él lloro...
 »¿Que no hay quintas ya en España?
 »pues mi Bras ya está en campaña.

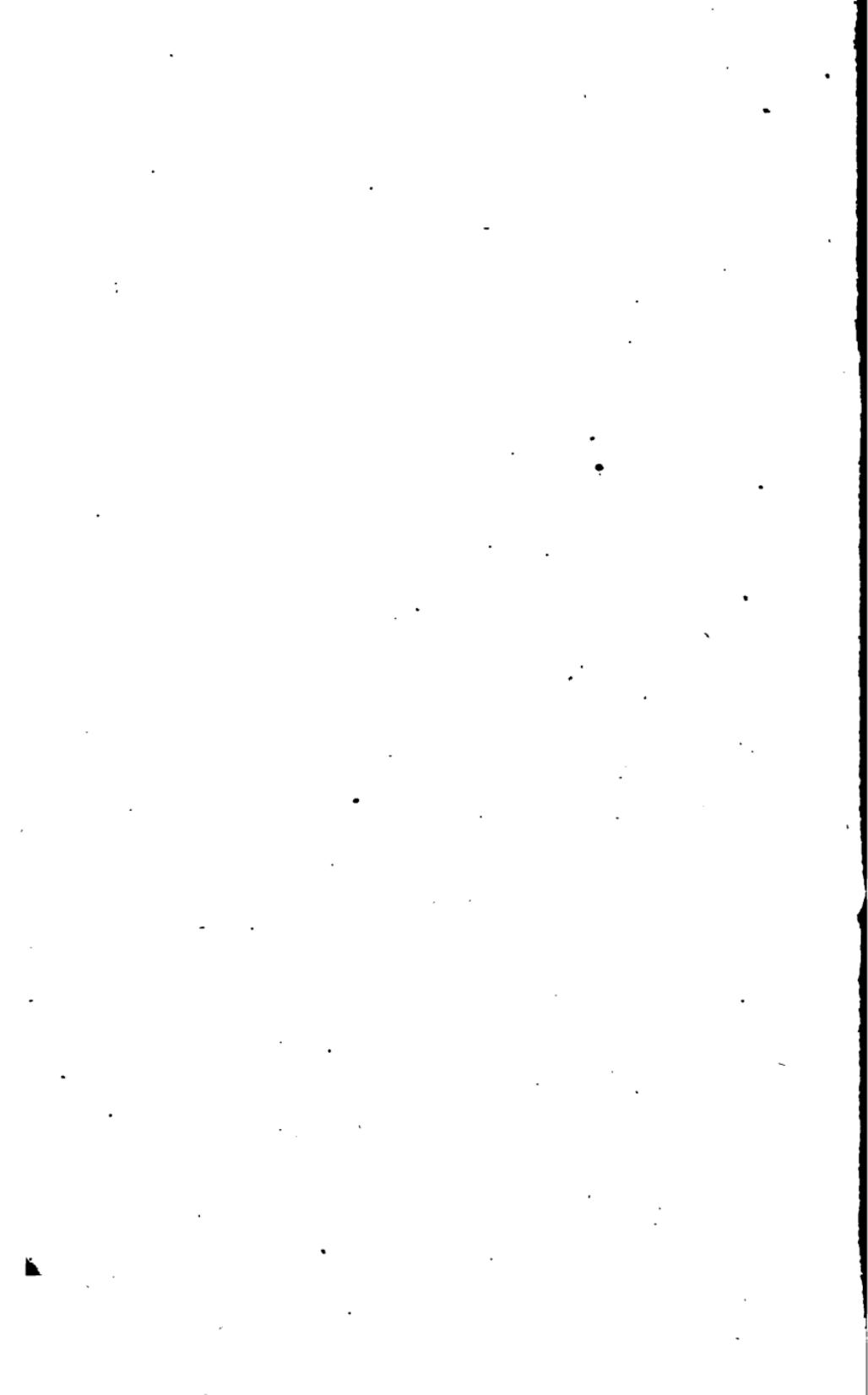
»Y por remate de fiestas
 »anda el son
 »de que nos echan á cuestras
 »otra gran contribucion.
 »¡Qué ocasion
 »para irse al Africa á ratos,
 »si uno tuviera zapatos !

»¡Sacarle cuartos á un probe
 »que anda en cueros,
 »porque su casa de adobe
 »tenga dos ó tres bujeros!...
 »¡Jornaleros!
 »el que no tenga que robe...
 »¿no hay caminos? ¿no hay viajeros?

»¿Qué saldrá de esta jarana?
 »¿Quién lo acierta?
 »la casa por la ventana,
 »y el difunto por la puerta.
 »Pueblo ¡alerta!
 »Yo te lo digo mil veces,
 »aunque me prendan los jueces:

»España es sólo un rebaño
 »sin pastor.
 »Que no espere ya buen año
 »ningun pobre labrador.
 »No, señor;
 »Si mal estamos ogaño
 »aun hemos de estar peor.»

IDILIO DE ÚLTIMA MODA.



ADVERTENCIA.

Este juguete se escribió en pocas horas, para representarse en un teatrillo especial y con circunstancias dadas, que no interesan al lector. Las que atravesaba á la sazón el país, afligiendo todos los corazones y preocupando todas las inteligencias, contribuyeron quizás á darle entre las personas que lo conocen, un valor de que literariamente carece. Se incluye, sin embargo, en esta coleccion, porque en vez de desentonar el cuadro que forman las poesías, le da cierto claro-oscuro pintoresco y agradable, á juicio de amigos inteligentes del autor.

Idilio de última moda, si no es una obra dramática, es un cuadro copiado del natural en el terrible año 1873, y en este concepto le corresponde tambien un lugar en los *Dias sin sol*.

PERSONAJES.

NELA.
LA TIA BASTIANA.
EL TIO LÚCAS.

FABIAN.
EL CAPATAZ.
CAVADORES.

ACTO ÚNICO.

Casa pobre con un emparrado sobre la puerta y junto al tejado una ventana.—A la derecha de la puerta un poyo en la pared, y más allá un pozo.—Entre el pozo y la puerta una silla con costura.—En el fondo y á la izquierda, árboles.—En una eminencia se descubre á lo lejos una poblacion rural..

ESCENA PRIMERA.

La tía BASTIANA, que entra por el fondo, mirando á todos lados.

¿Nela? (*Llama*) También por aquí todavía están roncando.

¿Nela? ¿Nela? pues ya el sol vá más de una pica de alto, y ella no es muy dormilona...

¡dormilona! lo contrario; moza más cabal y apuesta no se ve por estos campos, ni tan sabida y leida,

ni tan buena... el bribonazo de mi Fabian, de mi hijo, tiene una mano ¡qué mano!

(*Adelantándose hácia la casa*)

Y está la llave por fuera, y el postiguello entornado,

y junto al pozo su silla,
 y su labor y sus trapos...
 ¿No lo dije? si á estas horas
 Nela en dia de trabajo
 ya ha hecho el almuerzo á su padre,
 y su casita ha arreglado,
 y está lavada y peinada
 y cosiendo y trabajando.
 Si el borrachon del tio Lúcas
 fuera mejor, otro gallo
 les cantára.... Pero ¿dónde
 está? ¿Nela?—Nada.—Abramós.
 Aquí sea Dios. (*Desde la puerta, que abre*)

NELA. (*Dentro*) Tia Bastiana,
 pase usted.

BAST. No, hija, no paso,
 que aquel maula de Fabian
 todavía está acostado,
 y me dijo anoche:—«Madre,
 »llámeme usted muy temprano,
 »que tengo con el tio Lúcas
 »que ir....

NELA. Espere usted, ya salgo.

BAST. Hablando de él....

NELA. (*Saliendo*) Buenos dias.

BAST. Pero... ¡tú estabas llorando!

ESCENA II.

NELA.—BASTIANA.

NELA. No, señora....

BAST. Sí, de fijo.

NELA. ¿Vá á dejar usted á Fabian

ir al club?

BAST. Tiene un afán....

NELA. Está usted perdiendo á su hijo.
Predícole en vano yo,
en vano su error le advierto,
si usted calla como un muerto,
y á nada dice que no.

BAST. Tu padre es quien le aconseja.
Tienen ambos una lábia...
¡si yo cual tú fuera sábia!
mas soy una pobre vieja.
Con que, Nela, no me arguyas.

NELA. Hoy van al Ayuntamiento,
á hacer el repartimiento
de tierras... que no son tuyas.
¡Qué mal esto va á acabar,
tia Bastiana! no me explico
que el pobre llegue á ser rico
sin sudar, sin trabajar.
No puedo tranquila ver
que juzguen fácil y bueno
la fruta del huerto ageno,
con huerto y todo coger.
Es una cosa tan rara
y la hacen con tales modos,
que el día mejor á todos
nos vá á salir á la cara.

BAST. Nosotras de eso, Manuela,
¿qué entendemos? dice bien
tu padre.

NELA. Ya... no es él quien
más me aflige y desconsuela.
Blanda con Fabian, que es blando,
fuerza me quita usted á mí,

para contenerle; así
los dos se van desmandando
más cada vez. Ya razones
no escuchan.

BAST. Pintan las cosas
tan fáciles, tan hermosas...

NELA. Son sueños, son ilusiones.
Usted al cabo es su madre,
y él la respeta.

BAST. Es verdad.

NELA. Yo no tengo autoridad
para reñir á mi padre.
¡Que más lejos no estuviera
aquel pueblo maldecido!

BAST. Sí, porque al menor descuido
se plantan de una carrera....

NELA. ¡Y cómo vuelven?... me abrasa
el pensarlo.....

BAST. A Fabian, yo....

NELA. No me diga usted que no.
Si yo lo sé por mi casa.
Siempre hay un trago demás
en el club. ¡Y qué locuras
dicen y piensan!... diabluras,
ideas de Satanás;
casa y familia aborrecen,
aborrecen el trabajo,
blasfeman del cielo abajo,
y condenados parecen.
Hoy tengo un pesar eterno.
De vender mi padre acaba
el trigo que nos quedaba
para comer este invierno.
Como no ha hecho las labores

quiere pronto despachar...

BAST. ¡Qué locura!

NELA.

Y va á tomar

ocho ó diez trabajadores...

él no puede vigilarlos

pues se marcha al club... ¡y aun duerme!

(Señalando adentro)

con que yo habré de ponerme

con una azada á guiarlos.

BAST. Tú tienes mucho de aquí,

y es necesario, mujer,

que le hagas comprender

que os estais perdiendo así.

NELA. Pero si usted y Fabian

ceden...

BAST. Como tú te cuadres...

NELA. ¡Ay! que es usted de las madres

que á sus hijos perderán.

Usted de ocultarlo cuida;

mientras él va de paseo,

usted... pues qué ¿yo no veo

esta mano encallecida?

(Cogiéndosela; Bastiana trata de ocultarla.)

Cuando al rayar la alborada

al pozo á lavarme salgo,

ya está usted...

BAST. Si, haciendo algo.

NELA. Con el zacho ó con la azada.

BAST. Fabian me ayuda tambien.

NELA. Cuando se levanta el niño.

BAST. Tú no le tienes cariño.

NELA. Eso lo sabe usted bien.

¡Ojalá no le quisiera

tanto!

- BAST. Pues el te lo paga.
- NELA. Quizás infeliz me haga
quererle de esta manera.
Juntos nos hemos criado
en estas casas vecinas,
corriendo por las colinas
ó retozando en el prado.
Juntos fuimos á la escuela.
- BAST. Tú aprendiste mucho más
que él.
- NELA. Y el amor, jamás
le faltará de su Nela;
pero tengo un sentimiento
en el alma...
- BAST. No, hija mia.
¡Si se sueña con el día
en que se haga el casamiento!
¡Si todos lo deseamos
y vamos á ser felices!
- NELA. ¡Ay!
- BAST. ¡Cómo! ¿nada me dices
y vuelves la cara?... vamos.
Habla... me llenas de mil
dudas... tu silencio hiere...
- NELA. ¡Si usted lo sabe!... que él quiere
casarse por lo civil.
- BAST. Y eso á tí ¿qué más te dá?
- NELA. ¿Usted sabe lo que es eso?
- BAST. Yo no.
- NELA. Ni yo; mas confieso
que atormentándome está.
Si lo hubieran inventado
las mujeres, yo creeria
que no perjudicaria

al matrimonio sagrado.
 Dicen que es cuestion de nombres
 y de humanos pareceres.

Si nos carga á las mujeres...
 ¿porqué les gusta á los hombres?

BAST. ¿Tu padre accede?

NELA. Los dos.

De mi padre es el afan.
 Pues si el pobre de Fabian
 es un bendito de Dios.

BAST. Yo, Nela, me quedo á oscuras.

NELA. ¡Si usted oyera qué cosas
 me dicen tan horrosas
 contra la Iglesia y los curas!

BAST. ¿Qué te dicen?

NELA. Que el Alcalde
 en un verbo nos despacha.

BAST. ¿Qué estás diciendo, muchacha?

NELA. Y nos casará de balde.
 ¡Casarme á mí el tio Collazos
 que ha sido ladron cuatrero!

BAST. Ladron y... algo más.

NELA. Primero

me dejaré hacer pedazos.
 Un cura á la sabandija
 de su hija, casó...

BAST. Es verdad.

NELA. Si él tiene esa autoridad,
 ¿por qué no casó á su hija?

BAST. Si no estás equivocada...

NELA. No, no.

BAST. Eso es una herejía.

Tienes razon, hija mia;
 antes muerta que casada.

Para que el lazo de dos
almas al mundo dé ejemplo,
las ha de unir en el templo
la mano santa de Dios.

Yo la primera seré
que le diga:—«no, Fabian;
»mis hijos se casarán
»en donde yo me casé.»

NELA. ¿Recuerda usted mi afliccion
cuando al club?...

BAST. No me lo nombres.

NELA. ¿Dejamos ir á estos hombres
quizás á su perdicion?

ESCENA III.

Las mismas, el CAPATAZ y los CAVADORES por el fondo.

CAP. (*Dirigiéndose á su gente, que se dispersa por
el fondo.*)

Muchachos, mano á la azaa;
un golpe atras y otro adelante,
y si la tierra hace morro
firmes en el morro daile,
que el amo no es señorito,
y es imposible engañarle.

NELA. (*Enjugándose precipitadamente las lágrimas.*)
A buena hora amanece,
capataz.

CAP. Pues no es muy tarde.

BAST. De sol á sol se trabaja.

CAP. En jamas de los jamases.
Ya pasaron esos tiempos,
que ya semos toos iguales.

Pues por ser Lucas mi amigo
 hemos venio ¡qué diantre!
 que sino... pues si en el pueblo
 denguno al trabajo hoy sale,
 que está el club de bote en bote,
 y hoy lo preside el Arcarde,
 y á caa probe, nos va dar
 tierras y miles de riales.
 Quizás por servir á Lucas
 me quede yo sin mi parte.

NELA. Entonces mejor será
 que otro día... ya es muy tarde...
 se pierde media mañana;
 está acostado mi padre...

CAP. Bueno, en ganando el jornal
 yo y mi gente...

NELA. ¿Cómo?...

CAP. Págame

el día, y nos largarémos:

NELA. ¿Oye ustedé qué disparate?
 ¿Si estará loco este hombre?
 Pues bien... pero que trabajen
 (*Mirando al fondo*)
 con alma; allí se están todos
 fumando... ¡á ver, holgazanes!
 (*A los trabajadores.*)
 ¿así se gana un jornal?
 cada uno á su sitio... (*Va hácia ellos.*)

ESCENA IV.

BASTIANA.—EL CAPATAZ.

CAP. ¡Zape

con Manolilla!

- BAST. Hace bien,
porque eso es un contra Dios.
- CAP. ¿Dios dices?... acá inter nos,
¿quién es Dios?
- BAST. (*Asombrada*) ¿Quién?
- CAP. Sí. ¿Quién?
- BAST. (*Creciendo su asombro*) ¿Quién!
- CAP. Pamemas y dicarachos.
- BAST. ¡Bastiana! ¿qué es lo que escuchas?
- CAP. ¡Dios! esas son paparruchas
que enseñan á los muchachos.
*No hay Dios, ni hay Virgen, ni hay naá.
No hay más que sol, luna y azadá.*
- BAST. ¡Jesus! en mi vida oí
un disparate mayor.
¡Bárbaro! me das horror.
- CAP. Y tú me das ascó á mí
por ignorante. Licciones
de algun cura de lugar.
¿No has oido pedricar
en las manifestaciones?
- BAST. Ni me hace falta.
- CAP. Procura
ir al club.
- BAST. No es necesario.
Mi sermon y mi rosario...
- CAP. ¡Mientras quede vivo un cura!...
- BAST. ¡Jesus! (*Tapándose los oídos*)
- CAP. Esa Trenidad
que te he dicho, sí, Bastiana,
esa, esa es la soberana
de toa la humanidad.
De memoria he deprendio
yo, lo que el pedricaor

nos dice....

BAST. Sí, el herrador.

CAP. Pero ¡que tiene un sentío!
 Cuando bebe un trago ó dos
 y se echa atrás el sombrero,
 ¡vengan curas!... decir quiero
 lo que él nos dice de Dios.

BAST. Alguna barbaridad.
 Calla.

CAP. Escucha.

BAST. No te escucho.

CAP. Lo que te ha de gustar mucho
 es lo de la Trinidad.

(Coge la silla de Manuela, pónela en medio del teatro, y encáramado en ella toma una actitud y una entonacion trágicas.)

«No hay Dios, no hay Virgen, no hay naá,
 »no hay más que sol, luna y azaá.

»El sol, que el campo fecunda

»y que las espigas dora,

»ó con lluvia bienhechora

»cuando está seco lo inunda.

»El sol calienta en invierno

»mi probe casa de adobe;

»por eso es el Dios del probe,

»el único Dios eterno.

»La luna tanta virtud

»tiene y secretos regalos,

»que su luz nos pone malos

»ó nos vuelve la salud.

»Es la luna la que cuida

»del hijo del jornalero.

»Si no hay jornal, no hay dinero,

»sin dinero no hay comida.

»¡Pues no te digo yo nada
 »de la azada, el tercer Dios,
 »que hace con los otros dos
 »á la tierra afortunada!
 »El más glorioso ¡pardiez!
 »¡instrumento del trabajo!

(Haciendo como quien cava.)

»¡Sube al cielo, se hunde abajo,
 »y sube al cielo otra vez!»

(Volviendo á su tono natural.)

Bastiana, sí, no te asombres
 y tu ignorancia destierra.
 El sol es Dios de la tierra,
 y la luna de los hombres.
 Si toos el pecho mamamos
 de la tierra, el que no cava
 nuestra racion menoscaba,
 nos roba á los que cavamos.

BAST. Hereje sin duda eres.

Tal no oí... ni por asomos...

¡Jamás!... Entonces, ¿qué somos
 en el mundo las mujeres?

¿Nos dareis un azadon
 para ganarnos el pan?

CAP. Ve al club, que allí te dirán
 lo que las mujeres son.

(Tomando el tono campanudo de antes.)

«Un juguete que destierra
 »nuestros pesares prolijos;
 »las madres de nuestros hijos,
 »las nodrizas de la tierra.»

ESCENA V.

Dichos, NELA, entrando apresurada.

- NELA. Voy á llamar á mi padre,
que ya no puedo sufrirlos.
¡Ya están otra vez fumando
junto á la azada tendidos!
- CAP. Ten, Nela, más caridá
con tus prójimos.
- NELA. Lo mismo
debieran ellos tenerla
del amo con el bolsillo.
¿No les paga? que trabajen.
- CAP. ¿Y sabes tú si han dormio?
Eran las dos de la noche...
- NELA. ¡Ya!...
- CAP. Cuando del club salimos.
Si el favor que hago á tu padre...
- NELA. Pues que no hubieran venido,
que así no se gana el pan
ni entre pobres ni entre ricos.
Lo mismo que usted. ¿Es ese
del capataz el oficio,
estarse aquí hace una hora
charlando...?
- BAST. ¡Y bien de lo lindo!
Dios no le debe hacer caso,
cuando un rayo no ha caído.
- NELA. A trabajar, holgazan.
(Señalando al fondo.)
Aquel, aquel es su sitio
de usted; delante de todos
con la azada, el ojo listo

al uno que hace chapuces,
 á otro que tiene descuidos,
 al que no da más que un golpe,
 al que lo dá en el vacío,
 al que hace mucho jum, jum
 y el azadon saca limpio...
 así... ¿No gana usted un real
 más que ellos? pues al avío.

CAP. ¡Habrás visto que insultos!
 ¡yo holgazan! ¡habrás visto!
 ¿No asamos y ya pringamos?
 Porque dan un jornalillo
 le quieren tratar á uno
 como á un negro.

NELA. Vamos, vivo.

CAP. Si digo yo que en teniendo
 cuatro cuartos... ¡si yo digo
 que á todo el que huele á amo
 hay que darle cuatro tiros!

BAST. Váyase usted.

CAP. ¿Y quién me obliga
 si yo no quiero? Andandito,
 (*Cogiendo la silla.*)
 aquí me siento.

NELA. ¡Insolente!

CAP. Voy á fumarme un pitillo.

NELA. ¡Padre! ¡padre! (*Desde la puerta*)

LÚCAS. (*Saliendo*) Calla, Nela,
 que este es mi mejor amigo.

ESCENA VI

Dichos, el TIO LUCAS.

- BAST. ¡Hola, Lúcas!
- LÚCAS. Buenos dias,
tia Bastiana.
- BAST. Se ha dormido
mucho.
- CAP. ¡Vaya un sobrestante
que te has echao!
- NELA. *(A Bastiana.)* ¡Usté ha visto
qué humillacion!
- LÚCAS. El almuerzo
sácalo, Nela, aquí mismo.
(Al Capataz.)
Así beberás un trago.
- BAST. Voy á despertar al chico. *(Váse.)*
- CAP. Primero habrá que pedirle
á esta señora premiso,
que se hace la remolona,
porque no quiere servirnos.
¿Es una marquesa, Lúcas,
que estás criando?
- LÚCAS. *(A Nela en tono imperioso.)* Lo dicho.
- NELA. *(A su padre, despues de mirar por el fondo y
entrando en la casa.)*
(Mire usté que no trabajan.)
- CAP. Lo primero, mi ama, el vino.

ESCENA VII.

*Dichos, menos NELA, que cuando lo indicí la escena, entra y sale
sirviendo el almuerzo.*

- LÚCAS. Y luego trabajarás,
que mi hija tiene razón.

CAP. ¿Qué es eso? ¿cambias de son?

LÚCAS. ¡Pues no nos faltaba más!
Porque yo sea tu amigo
no he de tirar mi dinero
así, al primer jornalero
que quiera jugar conmigo.

CAP. ¿Con que ahora que me vaga
he de sudar...?

LÚCAS. ¿Quién lo ignora?
como siempre.

CAP. Al probe ahora
sin trabajar se le paga.
Los ricos son, y no dicen
tus ni mus.

LÚCAS. Eso es canguelo.

CAP. ¡Leş damos cada camelo!...

LÚCAS. Pero en cambio nos maldicen.

CAP. Aplastados como fuelles,
los ricos no abren el pico.

LÚCAS. Bien, cuando yo sea rico
dejaré que me desuelles.

CAP. Corriente; dáme un cigarro;
ese puro.

*(Lo coje de la petaca de Lucas y se lo pone de-
trás de la oreja, mientras cóme una tajada de la
sarten, que Nela habrá puesto sobre el pozo.)*

Está esto bueno.

NELA. (Que te se vuelva veneno.)

CAP. Ama, que se olvida el jarro.

LÚCAS. Pues mira, por lo de hoy
tengo contados reales,
y es preciso en dos jornales
acabar; resuelto estoy.
(Saca Nela un jarro y buben.)

- CAP. Vaya, que no andas tan mal,
que en el pueblo estamos hartos
de saber que hiciste cuartos
cuando fuiste concejal.
- LÚCAS. (*Irritado.*) ¡Yo!
- CAP. Y has echao unos jumos...
Ya tomas trabajaiores...
- LÚCAS. (*¡Prudenciat!*) No me encocores.
- CAP. Tú pusiste los consumos...
- LÚCAS. Eso no vale ya nada.
- CAP. ¿Nada? (*Con socarronería.*)
- LÚCAS. (*Con firmeza.*) Nada, ni produce.
- CAP. ¿Ni produce?
- LÚCAS. (*Cogiendo la azada, irritado.*)
No, ni luce.
- CAP. ¿Ni luce? (*Saca con aire amenazador la navaja
para picar el cigarro que se quita de la oreja.*)
- LÚCAS. (*Reprimiéndose.*) Toma la azada.
- CAP. Cuando me eche otro traguillo.
- LÚCAS. Vaya.
(*Alargándole el jarro, que tiene en una mano y
en la otra la azada.*)
(*Así te ahogáras.*)
- CAP. (*¡Tonto!*)
- LÚCAS. Mira que hay que acabar pronto
- CAP. Trae. (*Alargando la mano al jarro.*)
- LÚCAS. ¿La azada?
- CAP. El jarro.
- LÚCAS. (*¡Pillo!*)
- CAP. ¿Tienes prisa de acabar?...
con el vino...
- LÚCAS. (*Me la pega.*)
- CAP. Trae, pues; soy yo una boega
que naide puede llenar.

(Quiere quedarse con el jarro y Lucas se lo quita.)

LÚCAS. No, la cava que no es larga quiero....

CAP. Sudarán las manos.
Tú tratas á tus hermanos
como á las bestias de carga.
Naide con menos derecho,
porque en el club....

LÚCAS. *(Ya te ví venir.)* ¿Quién se acuerda aquí del club? Tirate entre pecho y espalda...

(Le alarga espontáneamente el jarro.)

CAP. *(Ya tú me das...!)*

LÚCAS. Otro trago, que esto entona, y ayuda á cojer....

CAP. ¿La mona?

LÚCAS. La azada. *(Alargándosela.)*

CAP. Venga otro más.

(Pausa. El capitán se sienta á fumar.)

LÚCAS. ¡Te sientas!

CAP. Ajá.

LÚCAS. *(Estallando.)* Jo, jo.
(Va á saber cómo me llamo.)

CAP. *(Este se las echa de amo, y no sabe quién soy yo.)*
¿No vas al club?

LÚCAS. Ya lo creo.
en cuanto llegue Fabian.

CAP. Esperándote estarán.
¡Hoy va á armarse allí un jaleo!

LÚCAS. Soy de la junta nombrada
para ver las escrituras

de los ricos.

CAP. No te apuras
por ir. Ya es la media dada.
A las nueve están citados
los ricos, que si no van
las casas les quemarán,
y los llevarán atados.

LÚCAS. Los civiles...: esos son
mi susto.

CAP. El cabo es un tío
mal encarao y bravío,
que la echa de carliston...

LÚCAS. ¿Se atreverá aquel babieca
á decirnos:—punto en boca?

CAP. ¡Quita allá! si á mi me toca,
una puñaláa bien seca...
¿Hiciste tú el juramento
anoche?...

LÚCAS. ¡Pues no que no!

CAP. ¡Cuánto siento no estar yo!
te aseguro que lo siento.

LÚCAS. Nada, tú á tu jornalito,
que muy rebien te lo pago.
Toma. (*Le alarga la azada, mientras en la
otra mano tiene el jarro.*)

CAP. (*Cojiéndole el jarro.*) ¿Otro trago?

LÚCAS. ¡Otro tragol
(*Esté hombre me tiene frito.*)

CAP. Dime. ¿Qué peñsais hacer
con los papelotes?

LÚCAS. Vélo.
El que tenga sólo un pelo
no sirve.

CAP. Buen proceder.

LÚCAS. Se rompen las escrituras,
y ya aquella finca es nuestra;
de los probes.

CAP. Por la muestra
se van á quedar á oscuras.

LÚCAS. ¿Que uno compró ciento, y tiene
dos fanegas más el bobo?
para el pueblo, que es un robo.

CAP. Eso, eso es lo que conviene.

LÚCAS. Que heredó otro veinte, y ciento
gasta, ¿no habrá aquí pastel?
aunque esté bien el papel,
se le rompe en el momento.

CAP. ¡Justicia! ¡así!

LÚCAS. No que no.

CAP. No les dejeis nada, nada,
y que vengan con la azada
aquí á sudar como yo.

LÚCAS. ¡Bravo! así me gusta verte.
Toma. (*Dándole la azada.*)

CAP. ¿Qué es lo que me das?

LÚCAS. La azada.

CAP. Pero, ¿no hay más
vino?

LÚCAS. • (El tuno se divierte.)

CAP. Voy á liarte un cigarro.

LÚCAS. Mira que ya tengo priesa.

CAP. (*Gritando á la puerta.*)

A ver, señora marquesa,
sáquenos usté otro jarro.

Siéntate ahora con calma

que tengo que hablarte. (*Le acerca la silla y
él se sienta en el poyo.*)

LÚCAS. (*Rehusándola impaciente.*) Escucho.

NELA. *(Saliendo con otro jarro. A su padre.)*

(¡Por Dios! no beba usted mucho.)

CAP. ¿No quieres? tu alma en tu palma.

LÚCAS. Despacha. *(Colocándose en frente de él con el jarro en la mano.)*

CAP. ¡No tienes poca

prisa!

LÚCAS. *(Al fin me hará pegarle.)*

CAP. ¿Cómo quieres que yo charle
sin refrescarme la boca?

LÚCAS. Toma, y cesen tus porfias.
Ya te he dicho que la cava,
aunque reventeis, se acaba
lo más en un par de días;
y á este paso.....

CAP. No te apures.

LÚCAS. Tengo el dinero tasado.

CAP. No te creo.

LÚCAS. *(¡Habrà malvado!)*

CAP. No te creo, aunque lo jures.
Ya medio señor te veo;
has sido ya concejal;
conque...

LÚCAS. No tengo un real.

CAP. Eres turco, no te creo.

¿A mí, á uno de tus mejores
amigos, burlar pretendes?
¿no conoces que te vendes
cuando buscas cavaores?

LÚCAS. ¿Me quieres armar camorra?

CAP. ¡Pues ni que yo fuera bobo!
sólo digo:—«Mira, lobo,
»que te he conocido zorra.»
Más borracho eres que yo,

y hoy apenas has bebido
para tener el sentio
claro.

LÚCAS. (Me lo conoció.)

CAP. ¡Tú pagas buenos jornales
por irte al club!... á tu abuela
cuéntale, que acá no cuela
aquello de los reales.
Y pues ya nos conocemos,
y de igual condicion somos,
es fuerza que sin asomos
de astucia y mañas hablemos.
Vamos á ver. Lo primero
que quiero, es un par de machos,
porque echar mis dos muchachos
á contrabandistas quiero.
Cuatro fanegas de tierra
quiero en el Salto del Buitre,
y una viña en el Salitre,
y un colmenar en la Sierra;
y como sin granjería
no prospera el labraor,
tambien me harás el favor
de treinta ovejas de cria.

LÚCAS. Por mi parte concedido;
pero es tarde y ya no hay modo.

CAP. ¿Por qué?

LÚCAS. Porque ya está todo.
en la junta repartido.

CAP. ¿A la junta?

LÚCAS. No por cierto;
á los buenos ciudadanos.

CAP. ¿Y repartís como hermanos?

LÚCAS. Si tal.

- CAP. ¿Me toca á mí el huerto
del Fraile? Una faneguilla.
- LÚCAS. Lo quieren más de cuarenta.
- CAP. ¿A quién se dá?
- LÚCAS. A la parienta
del alcalde.
- CAP. ¿A la tia Grilla?
- LÚCAS. (Grilla es.)
- CAP. ¿Y las tierras malas?...
- LÚCAS. Esa es cuestion de fortuna.
- CAP. ¿Y si me toca á mí alguna?
- LÚCAS. La dejás ó la regalás.
- CAP. De fortuna, no, pues hecho
el reparto por vosotros
á unos bien y mal á otros,
habrá á quejarse derecho.
- LÚCAS. La Junta sabrá deciros
que no admite apelacion.
- CAP. Entonces esta cuestion
por mi parte acaba á tiros.
- LÚCAS. (Tentado estoy de coger
mi escopeta.)

ESCENA VIII.

Dichos.—FABIAN

- FAB. Buenos días.
- LÚCAS. Ya creí que no venías.
- CAP. ¿Te vas? (*Con aire amenazador.*)
- LÚCAS. (*Reprimiéndose*) ¿No quieres beber
otro trago?
- CAP. (*Con sorna.*) Ya lo creo.
- LÚCAS. Por vino en casa no llores.

- ¿Vamos con los cavadores?
- CAP.** Ténme, que me dá un mareo.
- LÚCAS.** La azada...
- CAP.** Llévala tú,
que iguales somos los dos.
(¡Cuando digo que no hay Dios!
- LÚCAS.** ¡Por vida de Belcebú!)
(*Se echa al hombro la azada, y sale sirviendo al capataz de apoy*.)

ESCENA IX.

FABIAN solo.

Mire usted que se hace tarde. (*A Lucas.*)
—No he visto cosa más rara;
el criado manda al amo,
y el amo lleva la azada.—
Pero, ¿dónde estará Nela?
tiemblo el momento de hablarla,
que debe de estar conmigo
la pobre muy enfadada.
Su padre tiene la culpa,
que de su lado me saca
para traerme y llevarme
sin sosiego. ¿Estará mala?
Y el caso es que... yo no sé,
¡siento un vacío en el alma!
Mi Nela siempre llorando,
mi madre siempre asustada...
¡Ay! ¡aquellas dulces siestas
que debajo de esta parra
nos pasábamos charlando
de nuestras amantes ansias,

sin pensar en otra cosa
 que en volver á hablar mañana!
 Tener diez y nueve años
 entonces yo deseaba,
 para casarme con ella,
 niña aún para casada,
 y á llamarla voy ya mia,
 y creo que algo me falta.
 Pero si yo me hago rico,
 si la suerte no me engaña,
 pronto seré todo tuyo,
 pronto, Nela de mi alma,
 y pasaremos la vida
 en amorosa compañía,
 como aquellas dulces siestas
 que nos cobijó esta parra.—

(Llamando desde la puerta.)

¿Nela? vá á volver su padre.

¿Nela? ¿si no estará en casa?

ESCENA X.

Dicho, NELA, que sale corriendo de la casa.

NELA. ¡Fabian!

FAB. ¡Nela mia!

NELA. Al cabo llegaste.

Vienes á la hora
 que espera mi padre.
 Por mí no has venido,
 por mí no lo haces.

FAB. Razon, Nela, tienes,
 más no soy culpable.

NELA. Pastor que del alba

no vé los celajes
 del cielo colgados
 cual gasa flotante,
 ni escucha al jilguero
 sus trinos suaves,
 cantando á la aurora
 por los olivares,
 ni coje entreabierta
 la rosa del valle,
 temblando el rocío
 al borde del cáliz,
 para que en el pecho
 su amada la guarde,
 ni está enamorado,
 ni acaso amar sabe.

FAB.

Nela, si del alba
 no ví los celajes,
 del cielo colgados
 cual gasa flotante,
 ¿quién tiene la culpa?
 la tiene tu padre.
 Si no oigo al jilguero
 con trinos suaves
 cantando á la aurora
 por los olivares,
 ¿quién tiene la culpa?
 la tiene tu padre.
 No traigo entreabierta
 la rosa del valle,
 para que en su pecho
 mi amada la guarde,
 porque yo le traigo
 regalo más grande;
 mi amor todo entero,

- mi vida y mi sangre,
mis sueños dichosos...
- NELA. (*Interrumpiéndole.*)
¿Conmigo soñaste?
parece mentira
que aún me lo calles.
- FAB. Soñé que en palacio
tu casa tornábase,
y en nido amoroso
de oro y cristales,
donde tú, vestida
de seda y encajes...
- NELA. ¡Calla! fué mal sueño
ese que soñaste.
¡Pobre casa mia!
tan blanca y radiante,
donde en su regazo
me arrulló mi madre,
donde la ví muerta
al cielo llamándome,
donde me digiste
«te amo, Nela, ámame!...»
¡pobre casa mia,
no quiero cambiarte
ni por un palacio
de oro y cristales.
- FAB. Cercada de niños
rubios como ángeles,
cogida del brazo,
de este brazo amante,
en linda carroza
con dos alazanes...
- NELA. Cállate ese sueño
que anoche soñaste.

¡Pobres hijos míos!
yendo en carruaje
se avergonzarian
quizás de su madre!

FAB. Y todo era nuestro,
prados, olivares,
cortijos, dehesas...
del monte hasta el valle.

NELA. ¡Ay! ¡yo bien decia
que muy mal soñaste!
Por Dios, Fabian, dime,
por Dios, no me engaños.
Al verte tan rico,
al verte tan grande,
—¿«Cómo es esto, cielos»
no te preguntaste?
«El trabajo honrado
»no junta caudales.

»Yo soy jornalero,
»son pobres mis padres;
»mi Nela es muy pobre....
FAB. ¡Por Dios, Nela, cállate!...
Son vueltas que el mundo
más pronto ó más tarde
habia de dárilas
antes de acabarse. •
La fortuna es ciega,
y rueda volante,
que al que hoy más encumbra
mañana lo abate.
¿Hizo testamento
Adan nuestro padre?
¿por qué unos son ricos
y otros miserables?

La tierra es de todos
 lo mismo que el aire;
 para todos cria
 Dios frutas y árboles,
 ¡y yo que los planto
 me quedo sin parte!
 Sí, Nela, no dudes
 tan grandes verdades;
 sudores del pobre
 juntan los caudales.

NELA. Pues entonces, ¿cómo
 palacio, carruaje,
 tendría tu Nela
 sin robar á nadie?
 Soy una aldeana
 sencilla, ignorante;
 pero ciertas cosas
 del alma me salen.
 ¡Ay, yo bien decia
 que muy mal soñaste!
 ¿Qué caudal esperas
 que al pobre no falte?
 Sin sudor del pobre
 ¿cómo has de juntarle?

FAB. Nela, tienes unos,
 unos golpes tales,
 que vueltas y vueltas
 la cabeza dáme.
 Ni sé qué te diga,
 ni sé si me calle,
 ni sé si es cordura,
 ni si es disparate...
 Sólo sé que te amo,
 y que eres un ángel.

- NELA. Angel, no; tu Nela
que quiere salvarte
de peligros ciertos
y sueños falaces.
Tambien yo he soñado..
- FAB. ¿Conmigo soñaste?
parece mentira
que aún me lo calles.
- NELA. Mis sueños sencillos
quizás no te agraden.
En esta casita,
que habitó mi madre,
su hija moraba
feliz con su amante;
y ya no podían
jamás separarse,
habiendo Dios hecho
su union perdurable.
Por aquí triscaban
como recentales,
dos niños... descalzos...
mas muy saludables,
que eran el espejo
de sus pobres padres,
pues estaban siempre
en ellos mirándose.
Sólo iban al pueblo
las festividades,
cuando la campana
á misa llamábales,
ó á gastar un duro
juntado á reales,
comprando á sus niños
juguetes ó trajes.

Siempre con su azada
 el bueno del padre,
 y con sus agujas
 ella dále y dále,
 hoy compro una tierra
 que sale de lance,
 mañana una mula
 que trille y que labre,
 se hacian... no ricos,
 un pasar bastante.
 Cuando ya caia
 el sol por la tarde,
 como caen al rio
 las hojas del sáuce,
 aquí junto al pozo
 el padre y la madre,
 antes que los niños
 fueran á acostarse,
 rezaban... (*Movimiento de repulsion en Fabian.*)
 rezaban
 el credo y la salve,
 por los abuelitos,
 que ya en paz descansan;
 porque Dios nos tenga
 siempre saludables;
 por los buenos años
 que Él es quien los trae;
 y así poco á poco
 los niños quedándose
 iban dormiditos,
 Mientras que sus padres
 muy bujo decian
 por no despertarles:
 —«¡Qué felices somos

»con estos dos ángeles!»
FAB. ¡Ay, Nela, que sueño!
 ¡por Dios, Nela, cállate!

NELA. Espera, que aún falta
 la segunda parte.
 Crecieron los niños,
 hicieron grandes,
 y viejos los otros,
 que es cosa indudable.
 Los dos en la muerte
 anhelan juntarse,
 y Dios siempre bueno
 también los complace.
 ¿Crearás, Fabian mio,
 que ví sus cadáveres
 serenos, hermosos,
 risueño el semblante,
 y á su cabecera...
 ¿quién dirás? un ángel,
 que el llanto á sus hijos
 estaba enjugándoles,
 mientras repetían
 ecos celestiales:

—«Son pobres honrados.

»*Requiescant in pace.*»

FAB. Corazon sencillo
 ¡cómo te engañaste!
 que el mundo odia al pobre
 por más que le ensalces.
 Para él guarda el mundo
 el crimen, la cárcel,
 y en el rico agota
 sus felicidades.
 ¿Veré yo á mis hijos

descalzos, con hambre ..?
 ¡jamás! robaria,
 me haria un infame.
 No quiero ser pobre...
 porque Dios me salve.

NELA. ¿Y no los ven otros
 que más que tú valen?
 ¡Calla! Dios no tuvo
 siquiera pañales,
 ni tuvo una cuna
 donde reclinarse.

FAB. Yo quiero ser rico
 por tí.

NELA. ¡Disparate!
 (¡Gran Dios! no se ablanda.
 ¡Gran Dios! inspiradme.)
 Escucha, amor mio,
 y no te me enfades.
 Yo tengo una cosa
 dentro de mi sangre
 igual á la tuya,
 ó muy semejante.
 Detesto á los ricos
 de un modo tan grande,
 que si rico fueses
 no pudiera amarte.
 Casi te aborrezco
 de pensarlo, casi.

FAB. Nela, ¿no me engañas?

NELA. ¿Puedo yo engañarte?

FAB. Y ¿cómo hasta ahora
 eso me ocultastes?

NELA. Porque yo creia
 que en burlas hablábais,

- hasta que he escuchado
 decir á mi padre
 que hoy... ¡cielos! las nueve.
 (*Se oye el reló del pueblo.*)
- FAB. Por cierto que es tarde.
 ¿Dónde está?
- NELA. (Me pierdo
 como al fin se marche.)
 Allá abajo... (el alma
 me anuncia desastres.)
- FAB. Adios.
- NELA. (*Vacilante.*)
 ¿No pudieras,
 de paso llegarte...
 (¿Qué le digo?)
- FAB. ¿A dónde?
- NELA. A ver al Alcalde,
 para que la boda
 mañana prepare.
- FAB. ¿Accedes al cabo?
- NELA. ¿Y tú lo dudaste?
 No hay preparativos
 que hacer, pues tu madre
 habló con el cura
 ayer por la tarde,
 que irá á la Alcaldía
 para que nos case.
 Casándome el cura,
 tambien el Alcalde;
 ¿á mí qué me importan
 dos autoridades,
 si Dios y los hombres
 que te amo bien saben?
- FAB. ¿Mi madre lo ha dicho?

NELA. Aquí Dios la trae.
(Responda usted á todo
que sí.)

ESCENA XII.

Dichos.—BASTIANA.

BAST. No me hables,
que vengo corriendo...
¡qué susto tan grande!
Fabian, hijo mio,
creí no encontrarte
aquí... no me aparto
de tí ya un instante.
No vayas al pueblo.
La gorda va á armarse.
Me lo ha dicho un mozo
que al monte huye á escape.
¡Están los civiles
vertiendo más sangre! *
La iglesia y tres casas
arden... mira... ¡arden!...
*(Resplandor en el fondo y rumores á lo lejos. Las
dos mujeres cojen á Fabian cada una por un
brazo.)*

FAB. ¡Ah, pícaro cabo!
habrá que matarle. *(Queriendo salir.)*

NELA Y BAST. ¡Fabian!

FAB. *(A gritos.)* ¡Oh! ¡tio Lucas!
¿Dónde está tu padre?

NELA. Yo ya no te suelto.

BAST. Ni yo.

FAB. ¡Voto á sanes!
(Gritando.) ¡Tio Lucas! ¿No hay cielo

- ni Dios que á esos cafres...
- NELA. ¡Fabian!
- BAST. ¡Hijo mio!
- FAB. Dejadme, dejadme,
que anoche he jurado...
- BAST. En vano juraste,
que te lo prohíbe...
- FAB. ¿Quién?
- BAST. Tu madre.
- FAB. ¡Madre!
- NELA. Y yo te prohíbo
que vuelvas á hablarme.
Quien así desoye
dos voces amantes,
inspirar no debe
cuidados á nadie.
- FAB. ¡Nela! yo estoy loco...
¡Mujeres cobardes!

ESCENA XIII.

*Dichos. EL TIO LUCAS, huyendo.—Los trabajadores detrás,
navaja en mano.*

- LÚCAS. ¡Hija! mi escopeta,
que quieren matarme!
- TODOS. ¿Qué es eso?
- FAB. ¡Tio Lucas!
- LOS TRAB. Matad á ese infame.
*(Se arremolinan en el fondo, contenidos por
Fabian y las dos mujeres.)*
- LÚCAS. Yo voy á mataros,
yo voy, holgazanes.
(Entra desahogado en su casa.)

ESCENA XIV.

FABIAN.—EL CAPATAZ, que sale del grupo, doblando la navaja.—
NELA.—LA TIA BASTIANA.

NELA: Pero ¿qué es esto, Dios santo?

CAP. Naa. Que ese cara de adobe
quiere engordar con el probe,
y eso yo no se lo aguanto.
Porque echan un pito ó dos
entre cavada y cavada
los muchachos, él se enfada...
¡Cuando digo que no hay Dios!
Valga que yo estaba allí,
que si no....

NELA. ¡Ah!

(Como asaltada de una idea, cierra la puerta por
fuera y quita la llave.)

CAP. Le dan canela...

(El Tío Lucas da golpes dentro.)

NELA. Ya no puede...

LÚCAS. (Dentro.) Abre aquí, Nela.

CAP. Como salga. . (Saca otra vez la navaja.)

LÚCAS. Abreme aquí.

NELA. No le abro á usted.

LÚCAS. ¡Voto á brios!

Obedecé sin chistar.

NELA. Yo no debo respetar
al que no respeta á Dios.

CAP. Abridle. (A todos con sorna.)

FAB. Trae su escopeta...

y yo, ¡voto á Lucifer...

CAP. ¡Muchacho! tú ¿qué has de hacer?

FAB. Yo... (*Amenazándole, siempre contenido por las mujeres.*)

CAP. Bastiana, dale teta.

LÚCAS. ¡Abridme por Barrabás!

BAST. ¡Fabian! (*Abrázala á su hijo.*)

CAP. Suelta tú á ese mozo.

NELA. Padre, echo la llave al pozo,
y yo me tiro detrás,
primero que abrir á usted.

LÚCAS. ¡Infame! arriba me voy.

NELA. ¡Ah! ¡cuántas desgracias hoy!

Huid... (*A los trabajadores.*)

(*Momento de estupor é incertidumbre, hasta que aparece el Tío Lucas en la ventana, montando la escopeta.—Nela se pone delante de los cavadores.*)

ESCENA XV.

Dichos, EL TÍO LUCAS (*arriba.*)

LÚCAS. Hija, quitaté,
que mande á uno de esos viles...

NELA. ¡Padre, por Dios...! (*Poniéndose delante de ellos.*)

LÚCAS. (*Apuntando.*) Al infierno.
(*Suenan tiros á lo lejos.*)

NEL. Y BAST. ¡Jesús!

FAB. ¡Tiros!

NELA. (*Mirando á todos lados.*) ¡Dios eterno!

LÚCAS. (*Arriba.*) ¡Los civiles...!

TODOS. ¡Los civiles!!

LÚCAS. Salen á tiros...

CAP. (*A su gente.*) Huyamos.

LÚCAS. A tiros contra la gente
del club...

ESCENA ÚLTIMA.

Todos, excepto EL CAPATAZ y los TRABAJADORES.

NELA. ¡Dios omnipotente!

LÚCAS. ¡Uy! ¡uy! corren como gamos. (*Palmoteando.*)

¡Leña en ellos, leña, leña!

FAB. ¡Dios mio! ¿qué iba yo á hacer?

NELA. ¡Qué escucho! (*Con alegría.*)

LÚCAS. ¡Calla, mujer!

¡Cuánto la experiencia enseña!

NELA. ¡Padre!

LÚCAS. ¡Casas abrasadas!

¡hombres inutilizados!

¡huérfanos abandonados,

y familias arruinadas!

BAST. Eso es... luego pedirán

limosna...

FAB. ¡Balas impías!

BAST. ¿Volvemos á las manías?

NELA. Cállate por Dios, Fabian.

LÚCAS. Dios alumbró mi razón
con aquellos resplandores.

Fabian, basta ya de errores,

de locuras y ambición.

A tiros nunca abrirás

la puerta de la riqueza,

que riqueza que así empieza

no la sufren los demás.

El pueblo trabajador

amparo encuentra y cariño,

que el pueblo siempre es un niño
que necesita tutor.
No sabemos ni hacer planes,
que en lugar de trabajar
para crecer y medrar,
nos hacemos holgazanes.

NELA. ¿Quieres, Fabian, tener coche?

FAB. ¡Ah!

NELA. Yo tambien.

FAB. ¡Nela mia!

NELA. Trabaja mucho de dia,
descansa y reza de noche,
y ten en Dios confianza,
que es el que lo puede todo.

LÚCAS. Observa bien de qué modo
hoy burla nuestra esperanza.
Mientras seco el corazon
el lábio blasfeme vil,
nunca faltará un civil,
que entrar nos haga en razon.
Abrid. Bajo á bendeciros,
hijos mios, y despues....

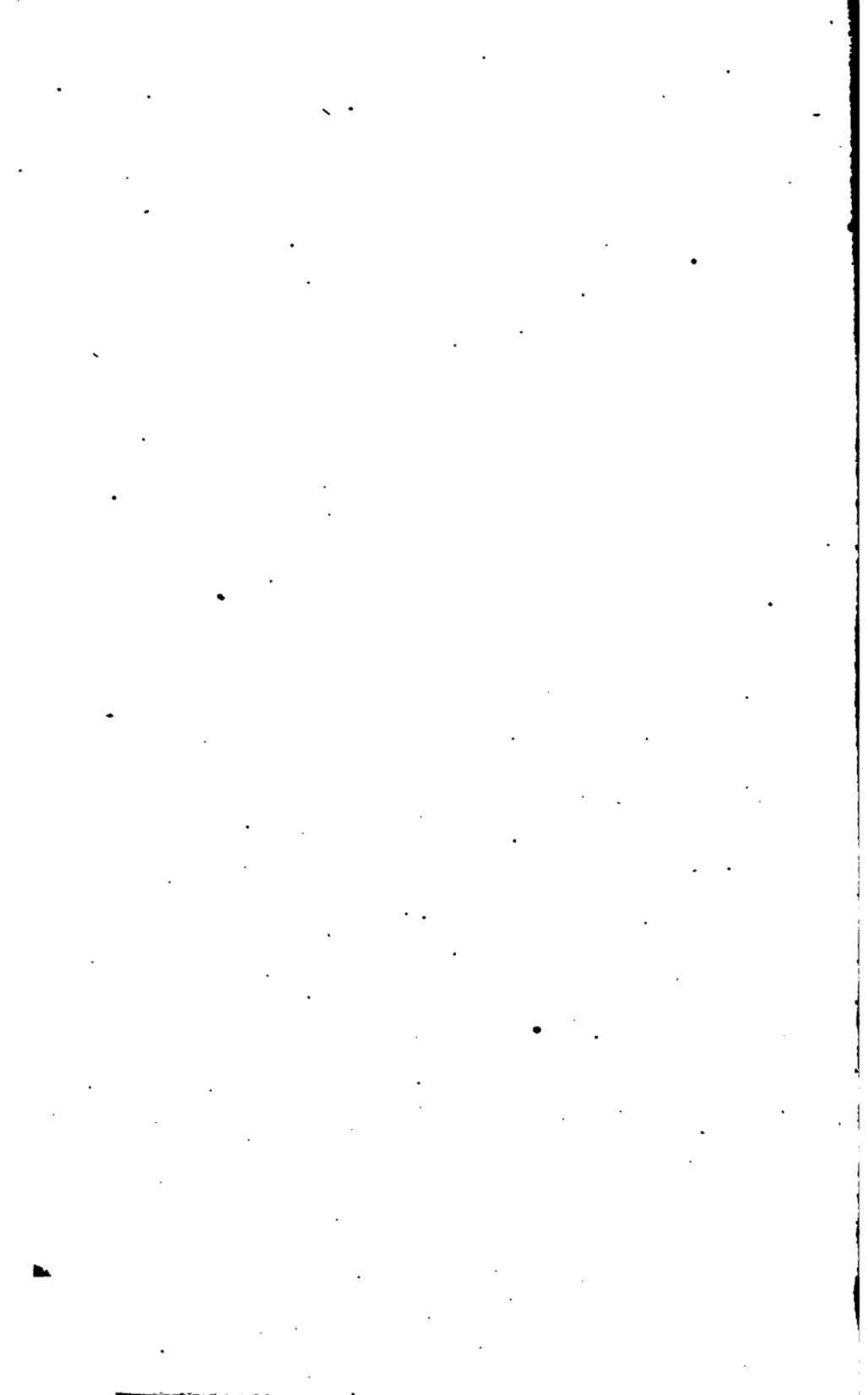
NELA. Rezaremos....

TODOS. Eso es.

NELA. Por los que mueren á tiros.

(CAE EL TELON.)

DELEND A...



EPISTOLA Á D. DOMINGO GARCIA PEREZ,
EX-DIPUTADO PORTUGUÉS.

Quinta de la Brasileira (Setubal) Agosto de 1873.

Ni en este melancólico retiro,
que tu amistad á mi aficcion otorga
para llorar los males de la patria,
consuelo encuentra el ánimo apenado.
Bríndame aquí tu afecto cariñoso
el libro y el amigo; pero, ¿dónde
el ángulo perdido de mis lares?
¡Y lo pude esperar!... Si esas ruinas,
que el mar y el Sado, como hambrientos buitres
sobre frio esqueleto, á par desgarran,
la Troya fueran que cantaba Homero,
y no la Troia de mi Iberia cuna;
si no trajesen á mi triste oido
endechas de dolor, olvidaria
quizás el que me ahoga... Pero, ¿cómo?
¿Quién no escucharte entre ruinas pudo,
melancólica voz de las ruinas?
Aquí Tubal sentó la noble planta

cuando atrevido agrícola, simiente
 de bendición á desparcir venja
 del Tajo al Llobregat. Esos escombros,
 esos despedazados monumentos
 única huella de su planta, acaso
 también símbolo son hoy de su obra.
 ¿Quién sabe si mi España es ya ruinas,
 cual las que el manto de los siglos cubre?
 ¿Quién sabe si Madrid es otra Mérida,
 que sólo con la voz de sus sepulcros
 recuerda al hombre de hoy que ayer fué Roma?
 Basta á los vientos del incendio amigos,
 chispas de Cartajena al Manzanares
 arrojar...

Yo no puedo, yo no puedo
 romper este sudario de tristeza
 que mi alma agarrota, y de mi lira
 arranca sólo funerales sonos.
 Hijo de España, á mi infelice madre
 miro caer, atravesado el pecho,
 escupida en el rostro, profanados
 los senos donde el néctar de la vida
 á torrentes bebí, por más ludibrio.
 Duda mi fé, mi espíritu se rinde,
 y sé llorar, y padecer, que el llanto
 ha sido siempre mi mejor amigo;
 mas no hay consuelo para tanta pena.
 ¡La muerte!... ¿qué es la muerte? yo á mi lado,
 cabe mi lecho perdurables horas
 la he visto sonreírme, y sonreía
 tendiéndole los brazos, porque era

el Dios que me crió quien la guiaba,
 y de su gloria el cielo, mi destino.
 Pero la muerte que sangrienta mano
 del hombre ciego por pasiones viles
 guía al azar; la muerte en el incendio,
 sobre la cuna de mis pobres hijos
 ó con mi esposa trémula abrazado;
 la muerte oscura en la revuelta plaza
 del gárrulo motin, sobre mi cuerpo
 saltando como fieras los sicarios,
 ó de mi tronco haciendo barricada
 contra Dios y la ley; horrible muerte
 que viene entre blasfemias, y termina
 en la fosa comun, entre bandidos...
 esa muerte ¡ay de mí! Dios me la niegue,
 si un lugar en su cielo no me niega.
 La muerte ansío del varon honrado,
 que al dormirse en el seno de su Padre,
 lámpara que se extingue á media noche,
 siente caer sobre su mano trémula
 que empuña el crucifijo, gota á gota
 el llanto filial, y oye el sollozo
 de la triste viuda, que en sus labios
 secos el postrer beso deposita
 con un ¡adios! que parte las dos almas...
 y sobre aquellos arrasados ojos,
 y aquellos cuerpos que el dolor retuerce,
 como luna alumbrando una batalla,
 quiero ver el semblante repósado
 del sacerdote, que me muestra el cielo
 con mano firme, murmurando *pace*,
 sin atreverse á pronunciar *requiescat*
 por amor á mis hijos, todavía.

Tambien, Señor, la venenosa copa,
 aparta de mis labios... del proscrito
 la agonía cruel, desesperada,
 cuando á las prendas de su amor despide
 para un mundo vacío, como ovejas
 entre lobos, el pan de la amargura
 á mendigar por extranjero suelo.
 ¡Hijos del alma! Dios no nos separe
 hasta que pase el día de sus iras.
 Tiene cueva el reptil, el ave nido;
 pero el triste español no tiene patria,
 que él la destruye con su propia mano.

Esos que mas allá del Caya humilde
 risueños valles, fértiles llanuras,
 altivas sierras que al empíreo tocan,
 fueron eden del árabe y del godo
 y de Pelayos y de Cides cuna,
 ya, como aquel sudario de ceniza
 que al moribundo religioso envuelve,
 dibuja de mi España el esqueleto...
 lúgubre mascarilla de un cadáver.
 ¡Esa es la patria de mis hijos tristes!
 ¡esa la patria por quien peno y lloro!
 Como huracanes desatados pasan
 por ella mil y mil desolaciones,
 aborto del infierno, que pretenden
 borrar su dulce nombre de la tierra.
 ¡España! ¡bella España! ¡Dios te olvida!
 ¡Dios ha cerrado sus amantes ojos
 para tí!... bella España ¿qué le has hecho?

¡Ay dulce amigo! La tiniebla oscura
 de lo pasado, luz de las naciones,
 cuando agoniza un pueblo, se ilumina
 como el indico mar fosforesciendo
 los escollos alumbrada de repente.
 Sináí de fulgores misteriosos
 las tablas santas de la ley eterna
 al pueblo moribundo muestra rotas,
 y en ellas su pecado y su castigo.
 No hay ojos ciegos donde muere un hombre;
 no hay sepulcro que engañe al que recibe.
 Jamás el que en la tierra olvida al cielo
 descansará en el cielo, de la tierra.
 Ayer Salem del fuego consumida
 entre el fragor horrisono del muro
 el *¡ay de tí!* extridente y pavoroso
 eco de los Profetas, escuchaba,
 que no quiso escuchar en el Calvario;
 y el llanto, que negaron aquel día
 al Justo, en rota vena, tinto en sangre,
 las hijas de Salem lo derramaron
 á los pies revolcándose de Tito.
 Ni lección á su fiera vencedora
 ni ejemplo fué, que el águila del Tíber
 cegada por el sol, á sus ruinas
 preguntar desdeñó por qué cayeron,
 hasta que el vuelo ciega remontando,
 por misterioso golpe, allá en el éter,
 sintióse herida, y con grito horrible
 que aturdió á las naciones espantadas,
 vino al lado de humildes catacumbas
 á caer espirante, hecha pedazos,
 donde pasaron en tropel sobre ella
 los soldados de Atila y Alarico,

clavándole al pasar su lanza todos.
Aprende, vencedor, la triste historia
de la soberbia Reina, que sepultas
desnuda, envilecida, profanada,
en las aguas del Tiber, en la arena
misma donde poner á ella placia
enfrente al mártir del leon hircano.
Quizás el rayo misterioso evites...
¡Aprender! ¡ay! los hombres nunca aprenden.
Otra arena al cadáver insepulto
es del imperio gótico sudario,
y espléndido paves al islamita,
que abreva en el humilde Guadalete
los corceles del líbico desierto,
para volar al Tajo, al Ebro, al Anas.
Ciencia, valor, grandeza, gallardia,
al pueblo vírgen nuestra España presta,
como en santo Jordan regenerado;
basta á la fama de su cielo hermoso;
mas no á salvarle del comun castigo,
quando á la tierra trasladar pretende
su eden, para gozar eternas glorias,
y olvidado de Dios y del Profeta.
Dios se aclama insolente de sí mismo.
De la oscura montaña, cual arroyo
que gota á gota entre las peñas nace
y ambicioso torrente vuela al llano,
baja otro pueblo que en su Dios confia,
que á su Dios encomienda la victoria,
y en siete siglos de lidiar, lo lanza
al Africa otra vez, roto, deshecho,
como del bosque asaeteada fiera.

¿Comprendes, caro amigo? ¡tú dichoso
 sino comprendes, porque el hierro agudo
 que traspasa de Iberia las entrañas
 á tus propias entrañas no penetra,
 ni sangre vierte de tus venas propias!
 La España de Rodrigo es la que miras,
 de Rodrigo y Boadil; Salem, que espera
 á su Tito quizás. Ya sólo nacen
 Angústulos aquí, Julianos y Opas.
 Como en vil muladar leproso inmundo,
 puesta está á la intemperie. Turba impía
 de grajos y gusanos la rodea.
 Cuando á las llagas que la cubren toco,
 tiembla la mano, el pecho se comprime,
 hielo de muerte por mis venas corre.

Ya no es el pueblo que asombró á la tierra
 ciñéndola en sus brazos gigantéos,
 para ofrecerla en sacrificio humilde
 al altar de su dios tres veces santo,
 y de sus Reyes al glorioso trono.
 Ya no es el pueblo-cuya voz los mundos
 como esclavos sumisos obedecen;
 que temple el hierro al empuñarlo airado,
 y la victoria á sus corceles unce.
 Ya no alegran los campos españoles
 cantos gloriosos, triunfadores himnos,
 que los altos espíritus encienden;
 ni su asfixiante atmósfera embalsaman
 del honor y la fé las dulces brisas.
 Lago infecto, guarida de reptiles,
 silvos no más exhala emponzoñados,

cual gárrulo miasma entre hojas secas.
 Ten, amigo, valor; revuelve el lodo
 de esa triste Meótides, compendio
 de las historias del pecado humano,
 que á Dante y Milton de terror helára
 si á su fondo bajasen.

No es un pueblo,
 y es de un gran pueblo todo lo que queda.
 ¿Qué *malaria* mefítica ha soplado
 sobre colinas, valles y montañas,
 que su grandeza en átomos esparce,
 y su pureza corrupcion se torna?
 Sus pasiones inmundos apetitos;
 los vicios el aliento que respira;
 el mercader y el charlatan sus héroes;
 sus hembras concubinas y rameras.
 Ya no es un pueblo, no. Su vida corre
 al azar, como rio desbordado
 de aguas impuras, en perpétua orgía,
 donde sacia su sed su propia sangre.
 El honor, la virtud, nobles esclavas,
 temblando, en copas de oro se la ofrecen
 mezclada con su llanto, que de acíbar
 mezcla á su vez á hurtadas la conciencia.
 Siempre la copa en la convulsa mano,
 nunca los ojos en el claro cielo,
 ¿cuál es su inspiracion? es la mentira,
 el gusano que vive entre sus carnes,
 la calentura que su frente abrasa,
 la podredumbre que á su cuerpo espera.
 Falsa filosofia, vil delirio

de extraños soñadores, á su imágen
 un Dios hambriento y material le forja,
 Dios que con él se embriaga en el banquete
 y al templo y al altar con él le sube.
 Puesta la mano en Dios, en la obra eterna
 ¿no la pondrá tambien? ¡cuál la sepulta
 de su delirio en el estrecho molde,
 como el ladron de Atica escondia
 su víctima, tronchándole los huesos!
 Así lo eterno por lo fragil trueca,
 y en el cuerpo triunfante mata al alma.

De oir llamar á Aristides *el justo*
 el griego se cansaba corrompido.
 ¡Pueblo feliz! al justo conocia
 siquiera para odiarle. Ya ni el nombre
 del justo á pronunciar nos rebajamos.
 Los carros de marfil que arrastra el crimen
 le ven pasar, como importuno insecto
 que en el vergel de sus deleites zumba,
 y el vicio que en la seda se reclina
 vuelve á otro lado el indigesto rostro,
 ó espolea al corcel que lo atropella.
 Por las bajas regiones mundanales
 arrastrándose vive el hombre honrado,
 sin luz, sin aire, sin cesar sintiendo
 sobre su frente la ominosa planta
 del vicio, que las cumbres señorea,
 cerca de Dios á quien su baba escupe.
 Más valor, más aliento y heroismo
 ha de asistir al ánima creyente
 para amar la virtud, que en otros días

para escribir su nombre en las historias
á la par de los Cides y Gonzalos.

Antes que esa manada de reptiles,
que allá abajo en el cieno se revuelcan
de España empozoñáran el ambiente
y las tristes bohardillas lusitanas
por los palacios de Madrid trocasen,
tu los has visto en la ciudad de Ulises
afilarse el puñal de sus pasiones,
como ladron que acecha al pasajero
del bosque oculto en la traidora sombra.
Tú los viste arrastrándose á las plantas
de generoso Príncipe, la mano
siempre á pedir ó amenazar tendida,
nunca repleto el insaciable estómago.
Al verlos, ostentando su cadena
con orgullo servil, ¿soñaste verlos
de esclavos convertidos en señores,
¡y señores de España!.. nunca?... dime,
Su presa devorar los contemplabas,
como tranquilo espectador contempla
el festin de las fieras en el circo;
mas luego... bien al apartar tus ojos
hiciste, amigo caro, cuando alevos,
en paves recamado de oro ageno,
otro Príncipe al sόlio de Castilla
sobre sus propios hombros levantaron.
Su dios los inspiró. ¡Viva el Dios-vientre,
que engorda la materia! Si la patria
gemia, si en la silla de San Pedro
lloraba de dolor un santo anciano,

¿qué importa? el Dios famélico exigía
añadir al banquete platos nuevos.
Del Arno al Manzanares ¡qué jolgorio!
¡qué vítores! ¡qué aplausos! ¡qué invenciones!
Era maná del cielo descendido
para henchir nuestras bocas; mas... espera...
que de las suyas súbito faltando,
pavés, monarca, vítores y trono
al Arno vuelven del primer voleo.
Bendiciones te deba la fortuna,
que aquella bacanal atronadora
sólo á través de la frontera viste,
cuando el lábaro santo de Castilla
cedió al rojo pendon de las plazuelas,
y el claro sol que nuestro cielo alumbra
á la luz coruscante del petróleo (1)

.....
.....
Así la infame prostituta pasa
en una misma noche, fofó el pecho,
escandecido el labio, mustio el rostro,
de señor á señor, de amante á amante;
si es amante y señor el que la compra,
si es amor y placer lo que ella vende.
¡Vender y devorar! Reyes, partidos,
amistades, amores... compra y venta
camino son derecho á la fortuna,
y de ese pueblo esclavo á los tiranos.

El pueblo... ¡ah! que á las puertas de la orgía

(1) Por justos respetos, semejantes á los apuntados en el prólogo, se suprimen aquí unos cuantos versos, á pesar de su exactitud histórica, en 4875 muy ponderada.

está esperando recoger las sobras;
 tal vez rugiendo de impaciencia y hambre...
 Los Césares de Roma le arrojaban
 pan y cristianos; los modernos Césares
 ciencias falaces, esperanzas y odios,
 que mente y corazón á par le pudren.
 Ellos del templo de su Dios le arrancan
 para que adore al Dios de los placeres,
 y un asiento le brindan y una copa,
 y un eden para el cuerpo y para el alma...
 ¡Necios! en vano—*¡espérate!*—le gritan,
 que no sabe esperar un pueblo hambriento.
 Sin Dios, sin fé, sin alma, sin vergüenza,
 ¿quién osa resistirle? ¡Paso al fuerte!
 ¡paso al más fuerte! ¡paso á la materia,
 en número infinito congregada!
 Para el puñal su mano son cien manos;
 su boca un huracan para el incendio;
 todo cabe en su estómago... ¡Inventores
 del Dios de la materia, hundid la frente!
 Es vuestro Dios que se humaniza y triunfa.
 No resistais cuando el festin asalta;
 salid por el balcon, necios beodos,
 rechinando los dientes aun hambrientos.
 ¡Paso al fuerte otra vez! rota la puerta,
 otros mil y otros mil, rueda incesante,
 asaltan el festin; furiosas olas
 que nunca retroceden, arrasando
 campos, ciudades, templos y creencias.
 ¡Espectáculo odioso! ¡Triste patria!
 no hay ya prostitucion que no te espere.

Perdona, amigo, si vacila el labio,
que la verdad en él apenas cabe.

Un verbo... (*rapio rapis*) es ahora
de la ciencia política compendio,
y no logra cantar *gloria in excelsis*
el que de jueces ó de esbirros tiembla.
Palacios amasados con el oro
de incautos accionistas; posesiones,
que más al arte de las manos deben
que al santo ahorro y las honradas artes;
caudales que en secreto de las cajas
del Estado se filtran, dan derecho
entre los hombres á mandar, que juzgan
más ciencia desnudarlos que vestirlos.
Si agregas la traicion, ¿habrá barrera
que no asalten ni rompan tus deseos?
Sangre de Barrabás ó de Vellido
es aquí la mejor ejecutoria...
Esposo honrado, padre cariñoso,
ciudadano pacífico... no cabes
en el festin; tu copa está vacía.
Huye entre las ruidosas carcajadas
de la ramera, que desnudo el pecho,
afeitada la faz, teñido el labio,
la copa vil al vil esposo ofrece,
que ha llenado la mano del-amante.

¿Y no quieres que lllore, dulce amigo,
cuando á mi patria corrompida veo,

y á mis propios hermanos? Los contempla
 vacilante mi fé, que yo soy hombre;
 flaquezas mil mi espíritu acobardan,
 y sueños de ambicion turban mi mente.
 ¡Cómo envenena el corazon más puro
 oirse apellidar cándido y loco,
 como el que pone á la corriente el pecho
 confiando en un Dios... que no vé nadie!
 ¿Qué *malaria* mefítica ha soplado
 sobre cuerpos y almas y naciones,
 que la luz es tiniebla, y la tiniebla
 negrura, el mundo caos, el hombre abismo?
 La razon y la fé conmigo viven
 en lucha sin cesar... ¡horrible lucha!
 Ante mis propios hijos me avergüenza
 pensar que yo me arrastro por la vida,
 mientras el vicio arrastra carros de oro.
 ¿Dónde el error está? ¿quién el tributo
 le paga? ¿quién el necio? ¿quién el sabio?
 ¿qué soy yo? ¿soy paloma inmaculada,
 ó ave nocturna que del sol se esconde?
 Si el santo duda; justo cielo, borra
 de mi mente el dudar, que no soy santo.

Lo borra, sí; pero, al borrarlo, deja
 las mismas llagas que curó enconadas,
 porque el rebelde barro nunca tuvo
 tantas espuelas para ser rebelde.
 Del fondo de mi ser, entre los restos
 sangrientos del combate, cual gemido
 de atleta que del César se despide,
 voz de perdon y maldicion á un tiempo,

débil y pura á mi conciencia escucho,
 no sé si con terror ó con delicia:
 —«Al bien se vá por el dolor y el llanto,
 »y para el mal el mundo se engalana.
 »Nunca se rinda el corazon creyente
 »al caso adverso de fortuna ciega,
 »que la vida no es fin, es sólo medio,
 »y el destino del hombre está más alto.»

¡Ay! ¡qué triste alegría, dulce amigo,
 el alma siente dó la fé revive
 tras el mortal asalto de la duda!
 ¡con qué tristeza á la razon esclava
 rompe los hierros y las alas suelta,
 el éter á cruzar purificado! .
 ¡Miserable razon! ¿por qué dudaste,
 si tú misma á tí misma te corriges?
 Yo sé bien los caminos de la vida;
 mas no quiero torcer nunca el del cielo,
 que es de mi alma á la salud forzoso.
 Yo sé bien cómo al César se proclama
 en la cohorte vil de pretorianos, .
 y sé cómo en sextercios se recojen,
 campos de la traicion, vuestras cosechas.
 No ignoro yo la ciencia mentirosa,
 que vende al pueblo y sus aplausos gana,
 sueño falaz que con la luz del dia
 se cambia en furia y rechinar de dientes.
 Yo del sofista griego los discursos
 sé forjar, y los dioses del germano;
 mas otro ¡oh patria! quien atraiga sea
 sobre tí de Bizancio los horrores.
 Yo sé bien... ¿cómo no? yo sé que vale.

más una mala intriga que un buen libro;
 pero la intriga mancha mi conciencia,
 y el libro mi memoria perpetúa.
 Gastára yo en alcobas y antesalas
 noches que en vela consumí afanoso,
 palimpsestos y siglas descifrando,
 y púrpura á mis hijos cubriría,
 y espléndida carroza me arrastrara...

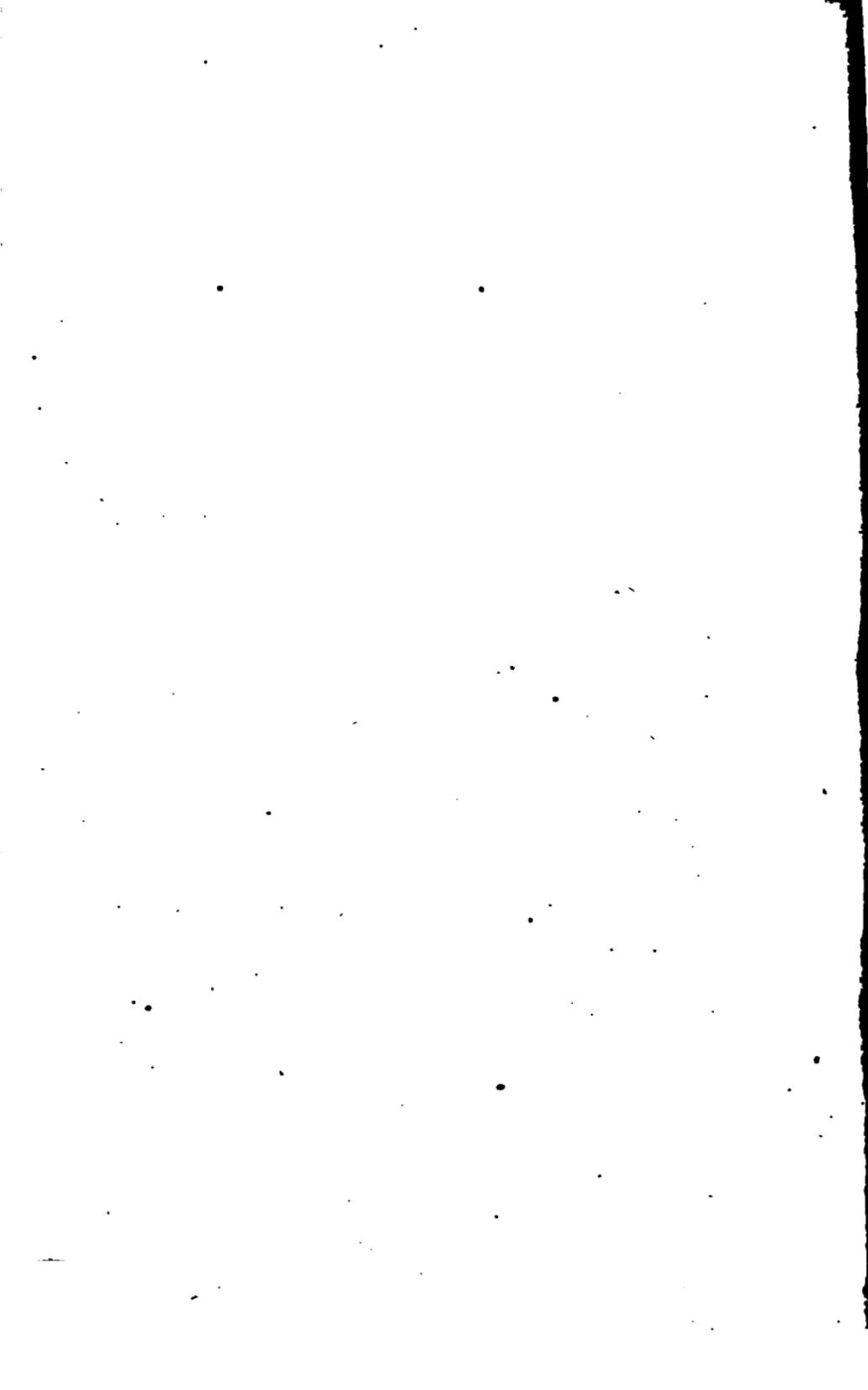
¡Efímero esplendor! ¡poder funesto!
 cuesta una eternidad y dura un soplo.
 Esas de amor idolatradas prendas
 mi castigo mayor fueran entonces,
 como lo son del que su pecho rinde
 al maléfico Dios de los sentidos.
 No embalsama las brisas con su aroma
 la flor de los inmundos muladares,
 ni el paladar humano saborea
 de árbol podrido la podrida fruta.
 Como la mano vil levantan ellos
 de España sobre el rostro, sobre el suyo
 sus hijos la alzarán, si tanto crimen
 el interés ó la ambicion abona.
 Por el placer carnal los engendraron,
 ¡y á sus hijos lo enseñan!... profanada
 por un placer, por un puñado de oro,
 su honra verán en el hogar vacío.
 ¡Ay de ellos, si un amante á sus esposas
 enseña una moneda! ¡ay de ellos tristes
 si bajo el techo paternal no encuentran
 sus hijas oro, perlas y diamantes!
 ¡Cuánto gemido lanzará su pecho
 que del festin en el rumor se ahogue,

como ahogan en vino y en blasfemias
 ahora los gemidos de la patria!
 Acaso al templo pedirán consuelo,
 al templo ensangrentado y destruido,
 y el roto altar, la lámpara apagada,
 les dirán:—«No cabeis aquí vosotros.
 »En el festin de Dios no teneis copa,
 »como faltó en los vuestros la del justo.»
 Qué negra soledad! Emperadores
 de la triunfal materia, en el vacío
 oscilará su trono. Si una mano
 surge en la oscuridad, puñal la sienten
 clavándose en su pecho; si un suspiro,
 en su conciencia lóbrega retumba;
 su carne misma los abruma y cansa,
 y el manto que los cubre, y la corona
 que ciñe su asquerosa calavera;
 y al muladar se arrastran ellos mismos
 a descansar del trágico sainete
 con una bala ó dos dentro del cráneo.
 Quien puso en todo labio la mentira,
 y en todo corazón carnal deseo,
 no pida la verdad á los amores,
 consuelo al templo, paz á los sepulcros.

¡Feliz, amigo, aquel á quien fué dado
 á la voz del error negar su oído,
 y al falso Dios de nuestro tiempo altares!
 ¡felicis, los que en lucha con el mundo
 por él vencidos, vencedores somos!
 Nunca besé la mano poderosa;
 nunca doblé la frente envilecida;
 nunca llevé al altar del Dios infame

mi honor, ni mi conciencia en sacrificio.
Nunca voló la humilde pluma mía
por las bajas regiones, ni mis cantos
en clubs ni en lupanares se aplaudieron.
Busquen otros y gocen la riqueza
que el sueño sobresalta y de gemidos,
puebla la oscuridad y de visiones;
en perpétuo festin ciñan su frente
rosas de Venus, pámpanos de Baco,
mientras la patria desangrada espira;
con oro compren que destila sangre
para obsequiar á torpes barraganas
fincas que malbarata el hombre honrado-
para dar á sus hijos pan siquiera;
más precio yo mi solitaria choza
del amor y la paz nido risueño,
que sus palacios de virtud vacíos,
y sus carrozas de afliccion cargadas.
Alma de mi alma, carne de mi carne,
aquí mis hijos de mi cuello cuelgan
como racimos en la vid frondosa;
aquí mi amada su virtud me inspira,
siempre en sus ojos retratado el cielo,
siempre en sus labios la esperanza pura,
del mundo y de los hombres vencedora.
Ya que en la triste edad en que tú mueres,
me ha tocado el nacer, España mía,
sean mis cantos bálsamo á tus penas
ruego á tu Dios, baldon para tus hijos,
que no asordan al mundo con sus ayes.

CARTA DE D. ANTONIO DE TRUEBA.



CARTA

AL AUTOR DE LOS «DIAS SIN SOL.»

Querido Vicente: al terminar el triste verano de 1873 nos encontramos en Madrid, viniendo tú de Extremadura y yo de Vizcaya.

El abrazo que nos dimos y las lágrimas que asomaron á nuestros ojos al dárnosle, expresaban algo más que el fraternal cariño que desde la adolescencia nos habia unido: expresaban... hasta profundo amor á Castelar, á quien ambos habíamos maldecido durante muchos años desde el fondo de nuestra conciencia, viéndole sembrar vientos que sabíamos habian de dar cosecha de tempestades.

Cuando nos encontramos en Madrid, huyendo tú de los insensatos discípulos de Castelar y yo de los no menos insensatos discípulos de Aparisi y Guijarro, casi se podia decir á Castelar con Sor Juana Inés de la Cruz:

Parecer quiere el desnuda
de vuestro proceder loco,
al niño que pone el coco
y luego le tiene miedo.

Y he dicho *casi* porque si el proceder de Castelar habia sido loco, lejos de continuar siéndolo, era ya tan cuerdo que ambos veníamos á pedirle amparo, viendo que trabajaba con nobilísimo exfuerzo en levantar con la palabra y la obra siquiera una choza sobre las ruinas del palacio que habia hecho caer al soplo de su admirable y funesta palabra.

Hablamos largo rato, llorando de indignacion y tristeza, de los *Dias sin Sol* de la patria; y luego, buscando algun alivio á nuestros dolores, hablamos de nuestras dulces y habituales ocupaciones literarias.

Yo conocia casi todos los cantos que tú dolorida é indignada musa habia exhalado durante los *Dias sin Sol*, y te dije lo que pensaba de ellos y aplaudí tu propósito de coleccionarlós y darlós á luz en forma de libro.

Opinando de mí con la bondad de siempre, me preguntaste si querria decirte en público lo que acababa de decirte privadamente acerca de tus cantos de los *Dias sin Sol*, y mi respuesta fué afirmativa.

Esta es la sencilla historia de la carta que hoy te dirijo, para que alcance la inmerecida honra de sobrevivirnos á ambos al amparo de tu nuevo libro.

Con toda sinceridad te aseguro, querido Vicente, que tuve un mal rato cuando ví que te habias apresurado á anunciar al público que esta carta serviria de comentario y apéndice á una coleccion de patrióticos, hermosos y entrañables cantos, que en su mayor parte gozaban ya de grande y merecida celebridad,

así en España y Portugal como en América; porque yo creía y sigo creyendo, sin que esto sea hipócrita alarde de modestia, que esta carta solo podía ir á donde fuera tu libro, como vá al puerto la humilde navecilla remolcada por la soberbia fragata, sin que en las listas del movimiento naval se haga mención de ella.

Al leer tu libro, y particularmente al leer el prólogo, ó mejor dicho, los prólogos del autor que avaloran sus cantos uniendo el interés de la historia al interés de la poesía, he pensado en los *Días sin Sol* que aun duran en Vizcaya, y me ha parecido que antes de decir lo que pienso de cada uno de tus cantos debo decir algo de lo que ví, transido de dolor y espanto, en mis valles nativos, mientras tú, no menos espantado y dolorido, llorabas espectáculo no menos abominable en los tuyos.

No ha llegado aún para mí la hora de escribir la historia contemporánea de Vizcaya. Cuando la escriba, que será cuando el patriotismo me lo aconseje, diré sin contemplaciones con nadie ni cobardía indigna del historiador, la verdad de muchas y esenciales cosas que hoy andan escondidas, tergiversadas ú ocultas en aquel mar de lágrimas y sangre y cenizas y ruinas que cubre los antes apacibles y dichosos valles de mi infancia.

Horrible llamas á la primavera de 1873 que pasaste en Extremadura, y horribles debo yo llamar á la primavera y el verano del mismo año que pasé en Vizcaya. En Extremadura te indignaba la insensatez de los discípulos de Castelar, y en Vizcaya me indignaba la de los discípulos de Castelar, la de los discípulos de Aparisi, y aun la de los discípulos de otros maestros menos ilustres pero no menos funestos, aun cuando no suprimieran como el desatentado Pí el clero castrense, condenando al pobre soldado á morir hasta sin los consuelos de la religion, ni hicieran, como Mendiri y Dorre-

garay, á los facciosos navarros rezar el rosario en la plaza como santa compensacion de las blasfemias de Dios y de la Virgen que consentian en sus lábios.

Juzga de mi espanto y mi dolor por los ejemplos que te voy á ofrecer, quizá incurriendo en alguna involucion de fechas, pero sin faltar esencialmente á la verdad histórica.

Un dia iba yo á atravesar la villa de Munguia, y oí gran algazara en ella. Comprendiendo que no procedia de un fausto suceso, pues se mezclaban los ayes doloridos con las risas salvajes, subíme á una colina que dominaba á la villa para ver lo que en ésta pasaba, y ví á una jóven desnuda de medio cuerpo arriba, con la cabellera rapada y el cabello sustituido con un monton de plumas adheridas á la cabeza mediante una materia glutinosa con que la cabeza se habia embadurnado. La desventurada jóven, casi moribunda de vergüenza, procuraba en vano ocultar su seno desnudo con sus brazos, y era conducida por las calles en un asnillo, en medio de las burlas, los insultos, las obscenidades y las blasfemias de unos hombres armados, que llevaban el santo nombre de Dios escrito en primer lugar en su rebelde bandera.

Pregunté qué delito habia cometido aquella desdichada mujer para que así se la tratase, y me contestaron, que siendo criada de una familia liberal, ésta habia emigrado de la villa y habia dejado á su cuidado la casa

Atropellada por los carlistas la casa confiada á su cuidado, habia hablado mal de los atropelladores, y el jefe de éstos, que era un tabernero apellidado Gorordo, la habia condenado á ser emplumada y paseada ignominiosamente por la villa, hazaña que repitieron en otros pueblos los voluntarios carlistas, que eran unos

cuantos centenares de holgazanes, de viciosos y de desertores del ejército, hasta que prevalidos del completo abandono y absoluta falta de protección en que el Gobierno revolucionario dejó á los pueblos, hicieron á palos tomar el fusil á la honrada juventud vizcaina, por cuyo medio mis queridos sobrinos, que son tan carlistas como yo, defienden al pretendiente extranjero y se oyen llamar *voluntarios*.

El día de la Ascension del Señor de 1872 era uno de los días más hermosos que alumbraba el sol en los valles vascongados, donde Dios parece compensar con un día de cielo azul cien días de cielo nublado. Todo era alegría y luz, y vida y galas en la opulenta y populosa Bilbao. La plaza del Mercado estaba alegre y concurrida como nunca; la iglesia de San Antonio Abad arrojaba á la plaza oleadas de gente aldeana que había acudido al templo con motivo de la solemnidad de tan santo día, y el tamboril municipal alegraba á la muchedumbre en el pórtico del consistorio.

De repente sonó una descarga de fusiles en la colina de Mirabilla, que domina á la plaza del Mercado, y un inmenso grito de espanto se oyó en la plaza y se dilató por toda la poblacion, acompañado de un tumulto indescriptible.

Era que unos hombres armados, en cuya bandera también estaba escrito en primer lugar el nombre de Dios, habían escogido la colina de Mirabilla para celebrar una orgía, y al terminarla nada habían encontrado más divertido y digno de su bandera que disparar á la plaza del Mercado sus fusiles, cuyas balas se estrellaron en los soportales de la misma, salvándose de ellas, como por milagro de Dios, la muchedumbre, cuyas cabezas rozaron.

Una tarde, huyendo del triste espectáculo que ofre-

cia la villa, donde los soldados detenian á sus jefes para pedirles insolentemente el fuego de su cigarro, y asidos fraternalmente del brazo con los paisanos de gorro ó kúpis colorado, entonaban cantares como este:

Abajo las estrellas,
 abajo los galones,
 que no quiere mandones
 la santa federal;

una tarde, huyendo de estas y otras abominaciones que presenciaba consternada la noble, la culta, la pacífica, la honrada villa, fuíme por una de las aldeas inmediatas en ocasion en que abandonaba la aldea una turba ébria y desenfrenada de soldados y paisanos federalescos, cuyos cantares me horrorizaban; y el alcalde me enseñó un vale de raciones de jamon, de gallinas, de vino de Jerez, etc., con que aquellos dignos representantes de la república federal acababan de regalarse á costa de los pícaros y carlistones aldeanos que regaban con su sudor las heredades de la aldea.

Yo vivia en las cercanías de la villa, y una de las principales salidas de ésta pasaba por mi puerta. Por allí pasaba tambien el camino del campo santo á que correspondia una de las barriadas más populosas, pero más pobres y atrasadas de la villa. Muchas veces me habia complacido en observar desde el balcon la profunda ternura con que la gente aldeana que regresaba del mercado se detenia á contemplar el entierro de algun inocente niño, conducido á la última morada con aquella sencilla y tierna majestad con que la religion y la costumbre del pueblo católico embellecen el entierro de los que con razon calificamos de ángeles. Una tarde oí música y cantos federalescos, entre ellos aquel cuyo estribillo era

y muera el clero
conspirador.

y me asomé al balcon. Centenares de aldeanas y aldeanos, que volvian del mercado, se habian detenido frente á mi casa para ver el ruidoso entierro que se iba acercando.

El entierro llegó, y era de un niño de pocos meses. No le presidia el santo símbolo de la redencion del mundo, ni sacerdote alguno entonaba cantos de gloria en torno del féretro, ni flores simbólicas de la hermosura y la pureza coronaban la pálida frente del niño. Las flores habian sido sustituidas con un gorrito frigio; en lugar de la crucecita formada con flores que se solia poner entre *las manos á Dios* (como llaman nuestras piadosas gentes del pueblo á las manos juntas en actitud de orar) del niño, se habian puesto no sé qué signos de la francmasonería ó de la Internacional, y en lugar de sacerdotes, cercaban el féretro hombres y muchachos desarrapados, que cantaban blasfemias en que competian la barbarie de la sintáxis y la rima con la grosería y la impiedad del concepto.

La pobre gente aldeana apartó la vista indignada y contristada de aquel espectáculo, y continuó camino de la aldea, mientras yo pensaba: Si aunque sea en nombre del moro Muza se ofrece un fusil para combatir lo existente á esos hombres que han presenciado esto, ¿qué harán sino tomarle, y qué harán sino exhortarles á que le tomen esas mujeres que esto han presenciado?

Por último, querido Vicente, (que no quiero seguir evocando recuerdos de los *Dias sin Sol* de mis amados valles nativos, porque seria interminable la tarea y renovaria más y más las llagas de tu corazón y el mio),

un día del mes de Agosto de 1873 vimos salir de la villa tropas de su guarnicion y encaminarse á la montaña de Archanda, que la domina por el Nordeste. Al frente de aquellas tropas iba un general, que habia alcanzado las simpatías de las gentes honradas con un acto de energía que le honraba mucho y que debo referir sumariamente.

La diputacion general de Vizcaya determinó formar y sostener un batallon de voluntarios forales, que, compuesto de jóvenes concedores del país, robustos y valerosos, cooperase al restablecimiento de la paz. Cuando se ocupaba en esta patriótica y prudente tarea, apareció inesperadamente en Bilbao un batallon de francos, procedente de Madrid. Nada quiero decir de la moral de aquellos pobres soldados improvisados, porque estoy seguro de que entre ellos habia muchos más dignos de compasion que de vituperio; pero la impresion que su físico hizo en el pueblo bilbaino fué tristísima: muchos eran casi niños, otros ancianos, no pocos jorobados y entre los restantes pocos habia que no inspirasen compasion por su aspecto enfermizo y miserable.

La autoridad superior militar, procediendo sin duda en virtud de órdenes del Gobierno republicano, dijo á la diputacion general:

—¿No habia V. acordado crear y sostener un batallon de voluntarios forales? Pues ya se le ha ahorrado á V. ese trabajo; aquí le tiene V. dispuesto á comerse vivos á los carlistas inmediatamente; déle V. las gracias al Gobierno, y encárguese V. de mantener y vestir y tratar con el mimo debide á estos bravos soldados de la república.

La diputacion protestó contra aquella imposicion, que, además de arbitraria, no respondia á sus patrióti-

cas miras; pero no tuvo más remedio que aceptar el inesperado obsequio del Gobierno.

Entre las ocupaciones de los francos de Nouvilas (que así se llamaba aquel batallón, entre cuyos jefes los había valientes y sin duda no faltos de pundonor y conocimientos militares), se contó la publicación de un periodiquillo, que se imprimía en Bilbao, y circulaba por las aldeas, llevando el espanto á toda conciencia de donde aún no había sido arrojado Dios, con las blasfemias é impiedades que le *amenizaban*.

Los francos de Nouvilas (como aquellos federales malagueños que un día aparecieron en Madrid, creyendo con él mayor candor que aquí podían continuar las hazañas que eran moneda corriente en su tierra) se quejaban de haber sido indignamente engañados al alistarse en Madrid, y es probable que se quejasen con razón.

El general que desempeñaba el mando superior militar en Vizcaya (que pertenecía á aquellos monárquicos que en una noche se trasformaron en republicanos) determinó, pasado algún tiempo, desarmarlos y licenciarlos. Como se resistiesen á ello, condujolos á Bilbao, ocultando aquel propósito; los acorraló en determinado sitio de la villa, y procediendo con gran energía y destreza, los desarmó sin efusión de sangre, lo que le valió las simpatías del vecindario honrado y pacífico.

Este se alegró mucho cuando vió al general dirigirse á la cordillera de Archanda con fuerzas suficientes para contrarrestar toda resistencia de los carlistas. Algunos de estos, procedentes de los valles de la parte opuesta de la cordillera, se habían establecido en la casilla de unas viñas, que dominaba á Bilbao, y se entretenían en alarmar y molestar á la villa con el

disparo de sus fusiles. Era ya hora de que se los ahuyentase de allí y se destruyese el edificio en que se guarecian. Vióse arder la casilla apenas llegaron las tropas, y todos aplaudimos aquel incendio; pero ¡cuál no seria la sorpresa y el disgusto que toda la liberal poblacion experimentó cuando vió que las tropas, extendiéndose de un extremo á otro de la cordillera, iban quemando todas las caserías dispersas en ella, caserías de donde no se habia hecho fuego alguno á la villa, donde no se sabia que se refugiasen los carlistas, y cuya casi totalidad era propiedad de liberales bilbainos!

El general, viendo el malísimo efecto que aquellos incendios habian producido en la opinion pública, trató de disculparse diciendo que no se habian verificado de su órden; pero la verdad es que el general los presencié por espacio de dos horas; la verdad es que á sus pobres habitantes ni siquiera se les permitió salvar del fuego la cuna de sus inocentes hijos; la verdad es que todos nos preguntamos: ¿A dónde han de ir esas pobres gentes sin hogar y sin justicia que las ampare? ¿A dónde los que ven arder esas caserías y esperan que les llegue el turno á las suyas?

Te repito, mi querido Vicente, que, con relacion á tirios y troyanos, los *Dias sin Sol*, que aun no han terminado en mis valles nativos, aun esperan la luz de la verdad. Pensando en aquellos tristes dias, sí que se puede decir como nuestro buen amigo y excelente poeta Aguilera, cuyo clarísimo entendimiento anubla á veces la tiniebla política:

¿A quién ¡ay! con ceño adusto
llamaré, de rencor lleno,
miserable?

¿Quién el malo? ¿quién el justo?
 ¿quién aquí, quién es el bueno
 y el culpable?

Duéleme, querido Vicente, que hayas trazado un boceto en lugar de trazar un cuadro de los extravíos de la poesía popular, ó mejor dicho, de la poesía callejera, en los abominables dias que has cantado, ó más bien execrado, y me duele aun más que ni boceto ni cuadro hayas trazado de los extravíos de la poesía culta, ó con pretensiones de serlo, en los *Dias sin Sol* que no corresponden sólo al año 1873, pues comenzaron desenfrenadamente con el otoño de 1868. Es verdad que hay una gran razon para que te hayas abstenido de esta última tarea, porque el cuadro del envilecimiento de la poesía con pretensiones de culta, está en las colecciones de periódicos de aquel tiempo. No hace muchos dias necesité hojearlos en la biblioteca nacional, donde, no sé si por fortuna ó por desgracia, faltan no pocas colecciones, y á pesar de que ya me eran conocidas las inmundicias rítmicas que contienen, no tuve valor para terminar tan ingrata tarea, ni le tengo ahora más que para recordarte lo que en otra ocasion he dicho acerca de estos lamentables extravíos de la noble musa castellana: «Muchos de nuestros más ilustres ingenios se complacian entonces en recojer todo el cieno de su propio corazon para arrojarle á la frente de la augusta é inmerecida desventura.» ¡Qué espectáculo tan repugnante el que ofrecian poetas abrumados de laureles, lanzando públicamente á la dolorida faz de una reina y una madre proscripta el infame y calumnioso insulto que ningun hombre decente se atreve á lanzar á la desvergonzada faz de la ramera que intenta detenerle en la calle!

Hijos de la profunda repugnancia que me inspiraba en los *Días s' n Sol* la poesía culta, callando cobardemente ó tomando parte en el insolente coro de la poesía callejera; é hijos también de la repugnancia no menor, que me inspiraban el desvarío y la desvergüenza política de aquel tiempo de descaradas apostasías é ingraticudes, fueron unos versos con que dije á las gentes honradas; «Poco á poco, caballeros, que aunque yo pertenezco al gremio de los poetas españoles, si quiera sea como el último de todos, no pertenezco al número de los que convierten en desvergonzada vacante á la augusta musa castellana». Vé aquí los versos á que aludo:

LA LIBERTAD.

I.

Juan, recibí tu fervorosa carta
 en que con mucha instancia me aconsejas
 que en cualquiera partido me afilie
 con tal que el tuyo ese partido sea.
 Há muchos años que soñé un partido
 y me acojí entusiasta á su bandera,
 creyendo ser tan generosa y santa
 que nadie, nadie se atreviese á ella:
 pero el partido que soñé era sueño
 y á otro real que me afilie es færza.
 Juan, tú que adoras en el libre exámen,
 no extrañarás que á examinar me meta
 si tu liberalismo es el que busco
 ó es un liberalismo de comedia.
 «¡Viva la libertad!» gritas furioso
 en el club, en la calle ó en la prensa,
 y cuando alguno grita lo contrario,

de liberal indignacion babeas.
 La libertad de cultos es de todas
 las libertades la que en más aprecias,
 y te das á doscientos mil demonios
 si me ves santiguar ante una iglesia.
 Te causa indignacion la beatería,
 porque el prestigio religioso amengua,
 y dices que no hay Dios ni calabazas,
 pues es de curas invencion grosera.
 La esclavitud humana te parece
 digna de execracion é infamia eterna,
 y ayer doblaste á tu mujer á palos
 porque fué á pasear sin tu licencia.
 Sólo las leyes que del pueblo emanan
 reconoces y acatas en la tierra,
 y con ellas emprendes á balazos
 cuando acatarlas no te tiene cuenta.
 Cuatro folletos y cuarenta artículos
 llevas escritos ya contra la pena
 de muerte, y... casi cotidianamente
 está en tus lábios la palabra «¡muera!»
 Por escalar la cumbre del Parnaso
 pugnas desatentado y forcejeas;
 pero en el cieno mundanal arrastras
 la veste celestial de los poetas.
 Y, finalmente, Juan, tú que á las nubes
 todo derecho individual elevas,
 el asociarnos para alzar al cielo
 oraciones y cánticos nos vedas.
 Juan, tu partido para mí no sirve,
 por más que tú por liberal le tengas;
 si eso es ser liberal, no quiero serlo;
 si esa es la libertad, ¡maldita sea!

II.

Juan, ya que tu partido no me sirve
y verme liberal tanto deseas,
á ver si tú que entiendes de partidos
por ahí alguno que me sirva encuentras.
Para no perder tiempo con preguntas
de si ha de ser así ú otra manera,
oye lo que mis sueños liberales
vienen á ser en resumidas cuentas.
Amo la libertad con toda mi alma,
porque no hay bien ni dignidad sin ella;
pero la amo en silencio, porque la amo
más con el corazón que con la lengua.
Si alguien encuentro que cadenas pide,
procuro convencerle de que yerra,
y si no le convengo, lo más que hago
es decir: «¡Dios te dé lo que deseas!»
La libertad de cultos me parece
sólo aceptable al que ninguno acepta,
porque la religion que yo profeso
es la única santa y verdadera,
y si no fuese tal, no me pesara
ver adorar el zancarron de Meca.
Me causa indignacion la beatería
cuando el prestigio religioso amengua,
porque creo en un Dios único y trino
que *es* y *será* por su increada esencia.
La esclavitud me ha parecido siempre
digna de execracion é infamia eterna,
y por eso en mi casa hasta los pájaros
libres y alegres cantan, salen y entran.
Quiero las leyes que del pueblo emanan,
pues tales son las de mi libre tierra,

y si el fusil alguna vez empuño
 será para luchar en su defensa.
 Sólo con una condicion admito
 la abolicion de la suprema pena:
 que préviamente el asesino infame
 á no herir ni matar se comprometa.
 Cuando baje al sepulcro, mi mortaja
 la áugusta veste del poeta sea,
 con tal que esta mortaja pobre y rota,
 manchas del cieno mundanal no tenga.
 Y, por último, Juan, amo y acepto
 toda la libertad que á Dios no ofenda,
 porque Dios es el bien y la justicia,
 la suprema razon, la ley suprema.
 Ya ves lo que mis sueños liberales
 vienen á ser en resumidas cuentas;
 si esto es ser liberal, yo quiero serlo;
 si esta es la libertad, ¡bendita sea!

Basta ya, querido Vicente, de generalidades acerca
 de los *Dias sin Sol* con que la locura y la perversidad
 entristecen á la patria, y voy á particularizarme con
 los *Dias sin Sol* con que has alegrado al Parnaso.
 Como no tengo aptitud para la crítica literaria y, por
 tanto, no tengo aficion á ejercerla, me permitirás que
 sólo diga algunas palabras sobre cada uno de los nue-
 ve cantos de tu precioso libro.

Al leer el que dirigés á tu buenísima esposa, des-
 pues de detenerme, con los ojos arrasados en lágrimas
 de ternura, en la region del sentimiento, me he tras-
 ladado á la region del arte, y allí he pensado, cuán
 secundaria es en la poesia la forma en que con-
 siste el mérito de la mayor parte de nuestros poetas,
 incluso muchos que gozan fama de eminentes y al-

gunos que se sientan en la Academia Española de la lengua. Ser poeta no es ser apto para jugar con la palabra, sino ser apto para sentir y hacer sentir á los demás. Pensandó yo así, te proclamaria eminente poeta aunque no tuviera para ello más razon que las enérgicas, tiernísimas y delicadas seguidillas á que me refiero. No conozco, en este sencillo y popular metro, canto que rebose como el tuyo la santa emoción de la fe, de la familia y de la patria.

No es indigno de tí el canto que dedicas al *rio Caya*; pero me parece el más débil de la coleccion, sin duda porque se compone de fragmentos que no llegaste á unir en un todo redondo y perfecto. Aun así, daria yo por sus cincuenta primeros versos cincuenta tomos de mal llamadas poesías que corren por ahí sirviendo de pretesto para que se llame á sus autores inspirados y aun eminentes poetas.

No sé qué decirte de aquel canto que indignado dirigiste al pueblo madrileño cuando despues de haber visto demoler su iglesia de Santa María la Mayor, que era el sagrario de las más venerandas tradiciones histórico-religiosas de la villa, estaba amenazado de ver arrasarse el glorioso monumento del Dos de Mayo, en nombre de la fraternidad humana, como si pudiera haber fraternidad sin haber maternidad, ó lo que es lo mismo, como si pudiera haber hermanos sin haber madre, que madre es la patria. No sé qué te diga de este canto sino reproducir sustancialmente las palabras con que le saludé desde *La Correspondencia Vascongada*, periódico que redactaba yo casi sólo y habia fundado en Bilbao en 1870 para coadyuvar á la paz y al advenimiento de la monarquía legítima de D. Alfonso XII, en union de mi querido é ilustrado amigo D. Juan Ernesto Delmas y un presbítero, que, sin du-

da viendo los riesgos personales á que entonces es-
ponia el alfonsismo, de la noche á la mañana se nos
volvió carlista platónico, y al fin se encasquetó la boina,
se ciñó el chafarote y se fué por aquellos cerros
entusiasmado con el pretendiente:

«La epopeya del Dos de Mayo, dije, se ha enrique-
cido con un nuevo canto que debe colocarse en el
número de los dos ó tres primeros de que hasta aquí
constaba.» En vano busco en la poesía castellana de-
finición que supere á tu definición de la libertad sal-
vaje del salvaje en que encontrabas simil con que
comparar la libertad de los *Dias sin Sol*:

«Siembra su arroz donde le da la gana;
cuelga de un árbol, como el ave, el nido;
enjendra con su madre ó con su hermana
y muere sin saber cómo ha vivido.»

La epístola dirigida al docto y ferviente misionero
Fr. Ceferino González, cuya elevacion al episcopado
es ya título de gloria para el reinado de D. Alfon-
so XII, te autoriza por su fondo y su forma, á tratar
de igual á igual á Rioja, á Fr. Luis de Leon, á Quin-
tana, á Gallego, á nuestros cinco ó seis primeros
líricos.

La delicia con que cien veces he leído tu apóstrofe
A los poetas españoles, ha ido siempre acompaña-
da de una especie de pena que no sé cómo explicar: es
que desde que conozco tus versos *A los poetas* y tu
réplica á Ruiz Aguilera, que es como la segunda par-
te de aquel apóstrofe, Jorge Manrique me gusta mu-
cho menos de lo que siempre me habia gustado.

Muy mal hizo nuestro amigo Aguilera en impug-
nar tu apóstrofe á los poetas, porque á pesar de serlo

muy esclarecido, quedó tan inferior á tí en aquella controversia poética, que debemos sentir sus amigos y admiradores que hayas incluido sus versos al lado de los tuyos. Es verdad que la causa que defendía era tan mala que aun para sacar el partido que de ella sacó, se necesitaba tener todo su talento, toda su discrecion y todo su buen gusto. Disculpar las salvajadas de los *Días sin Sol*, considerándolas movimientos de la historia que acaso conduzcan al progreso de la idea! . . Eso no es digno de un poeta ni de un ciudadano como Aguilera, pues para ser muy liberal no se necesita eso.

Has hecho perfectamente en incluir en tu nuevo libro aquellos donosos, gráficos é intencionados versos que titulas *Sucedido*, y tan buena impresion hicieron en el público cuando los diste á luz por primera vez, porque eran intérpretes fieles del corazon y la inteligencia de nuestro buen pueblo, (que bueno es, aunque una buena parte de él dejase de serlo por sugerencias cuya maldad no comprendia su candorosa ignorancia.) Aunque tengan la forma de discurso puesta en boca de un pobre labriego, no dejan de ser un elocuentísimo grito de dolor que debia formar coro con los que se exhalan de tu libro.

La comedita que titulas *Idilio de última moda*, me parece, como trabajo literario, el más flojo de los que componen el libro, bien que así lo reconoces tú, advirtiéndolo cómo y con qué objeto se compuso. Llena este objeto, que es el de presentar el cuadro vivo y tangible de la perversion de ideas que dominaban durante los *Días sin Sol* hasta en la poblacion rural de muchas de nuestras comarcas más caracterizadas por el sano corazon de los que las habitan; pero si encuentro en estos diálogos rasgos de inspiracion y de intencion moral, que se pueden faltar allí donde tu pluma se ha posa-

do, son pocas las veces que encuentro aquella limpieza de dición, aquel sabor verdaderamente clásico y aquella energía de sentimiento, que dan carácter y estilo propios á todos tus escritos, así en verso como en prosa.

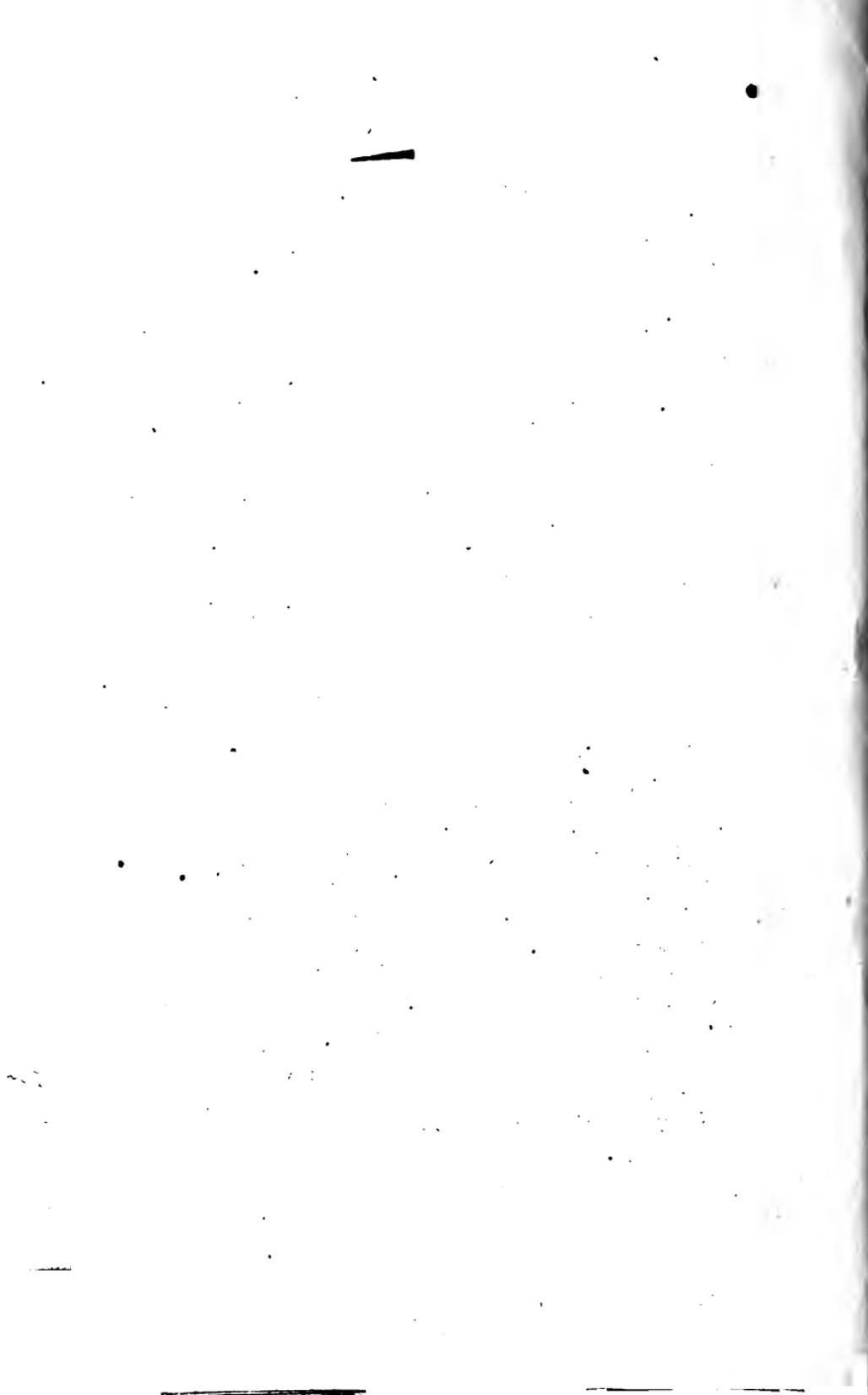
Llego, por fin, al término de esta rápida enumeración de los nueve cantos de que se compone tu hermoso y entrañable libro, y aunque debiera detenerme acaso más que en ninguno de sus compañeros en el que titulas *Delenda...* y es como la síntesis de todos los que le preceden, casi tengo que contentarme con nombrarle. Lo único concreto que diré de esta soberbia composición, es que jamás me ha impresionado tirada alguna de versos como me impresionó aquella en que el poeta se espanta ante la idea de morir á manos de las turbas desenfrenadas que han roto todo lazo de subordinación á Dios y á la sociedad, y luego, evocando la imagen de la muerte en el dulce seno de la religión, del hogar y de la familia, pide á Dios esta recompensa de sus dolores y sus amores en la tierra.

Ya es hora, querido Vicente, de que termine esta larga y desbarajustada carta, que mi fatal propensión á dejar para última hora lo que debe hacerse á primera, me obliga á escribir con el muchacho de la imprenta al lado. En resúmen de lo que he dicho y callado de tu nuevo libro, añadiré que de todo corazón te doy la enhorabuena y se la doy á la patria literata por la publicación de cantos que tanto te honran y la honran.

Es y será siempre cariñoso y leal amigo tuyo

ANTONIO DE TRUEBA.

Madrid, 2 de Setiembre de 1875.



ÍNDICE.

	<u>Páginas.</u>
DEDICATORIA.	
A mi esposa.....	7
Prólogo.....	17
AL PUEBLO DE MADRID.	
En el Dos de Mayo de 1873.....	53
EPÍSTOLA RELIGIOSA Y SOCIAL.	
Al eminente filósofo Fray Ceferino Gonzalez....	65
A LOS POETAS.....	83
• CONTESTACION DEL SEÑOR RUIZ AGUILERA.	
A Vicente Barrantes, con motivo de su composición dirigida <i>A los poetas</i>	97
• RÉPLICA DEL SEÑOR BARRANTES.	
Señor director de <i>La Defensa de la Sociedad</i>	109
¿FILÓSOFOS Ó CRISTIANOS?.....	127
SUCEDIDO.....	141
IDILIO DE ÚLTIMA MODA.	
Advertencia.....	147
Acto único.....	149
DELENDA...	
Epístola á D. Domingo Garcia Perez.....	191
CARTA DE DON ANTONIO DE TRUEBA.	
Carta al autor de los <i>Días sin Sol</i>	211



OBRAS ILUSTRADAS.—BARCELONA

REACION

A NATURAL

A SOCIEDAD DE NATURALISTAS

ADA BAJO LA DIRECCION DEL

AN VILANOVA Y PIERA

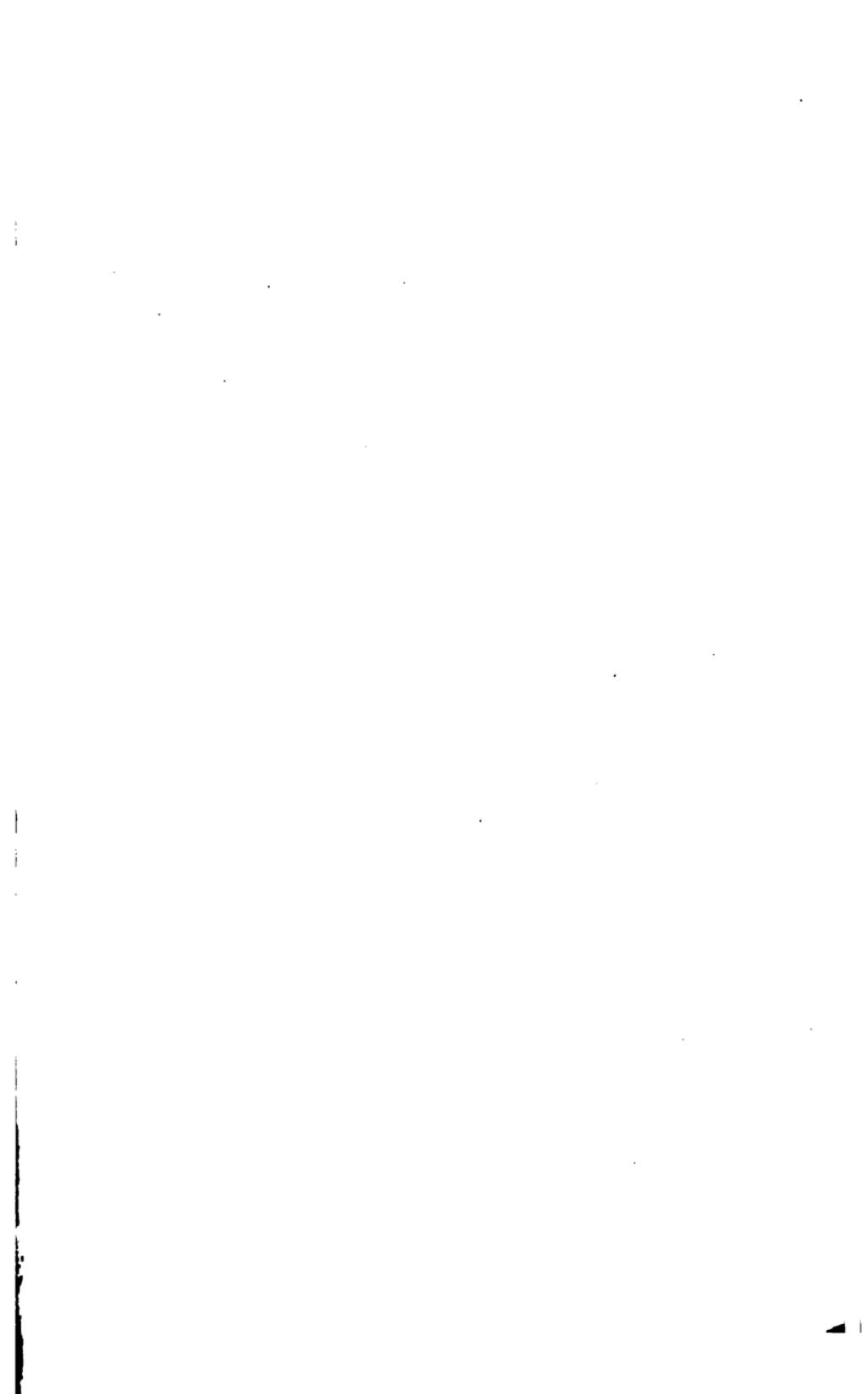
UNIVERSIDAD CENTRAL Y DEL ATENEO;

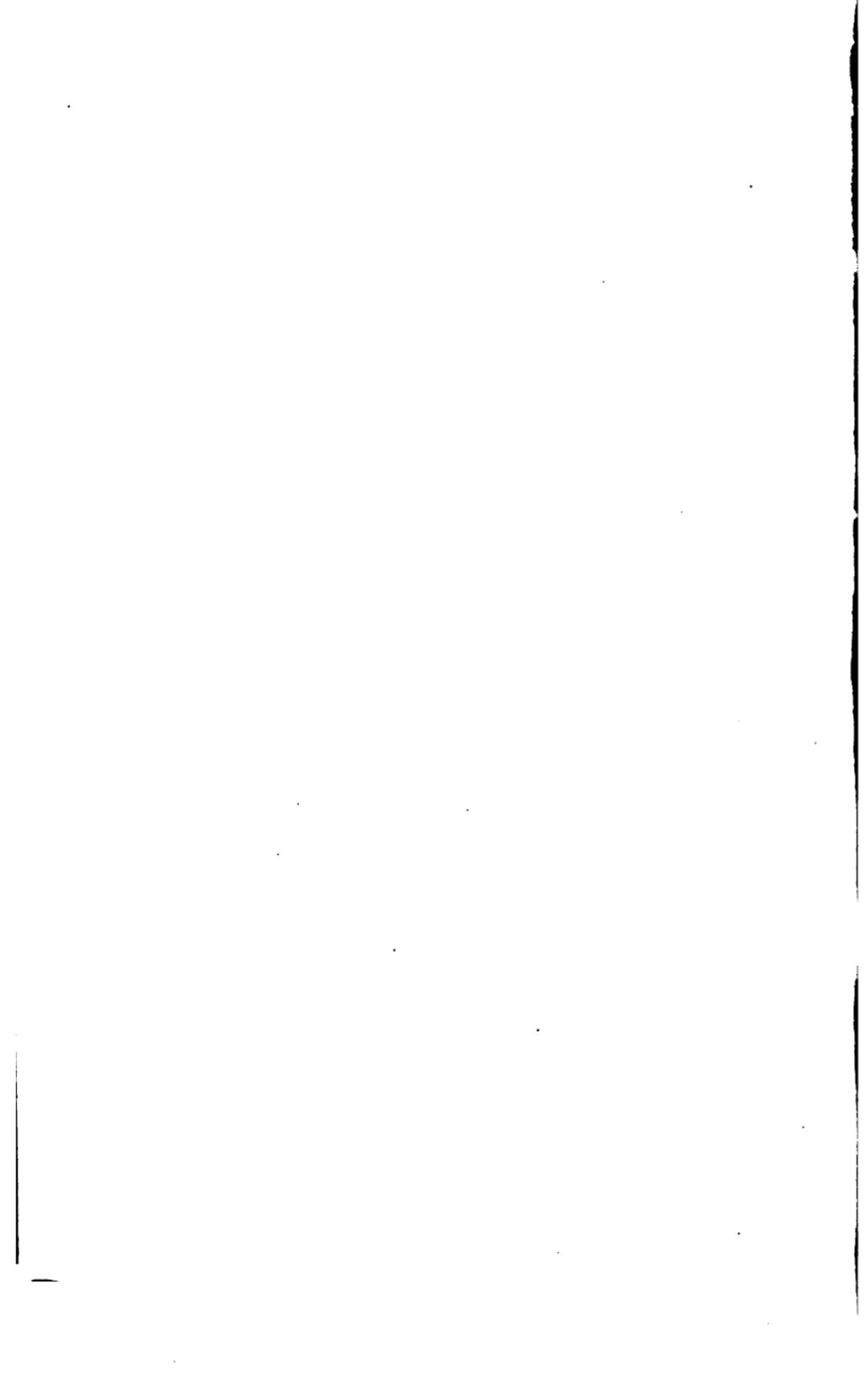
FRANCIA, DE LA DE ANTICUARIOS DEL NORTE; CORRESPONSAL

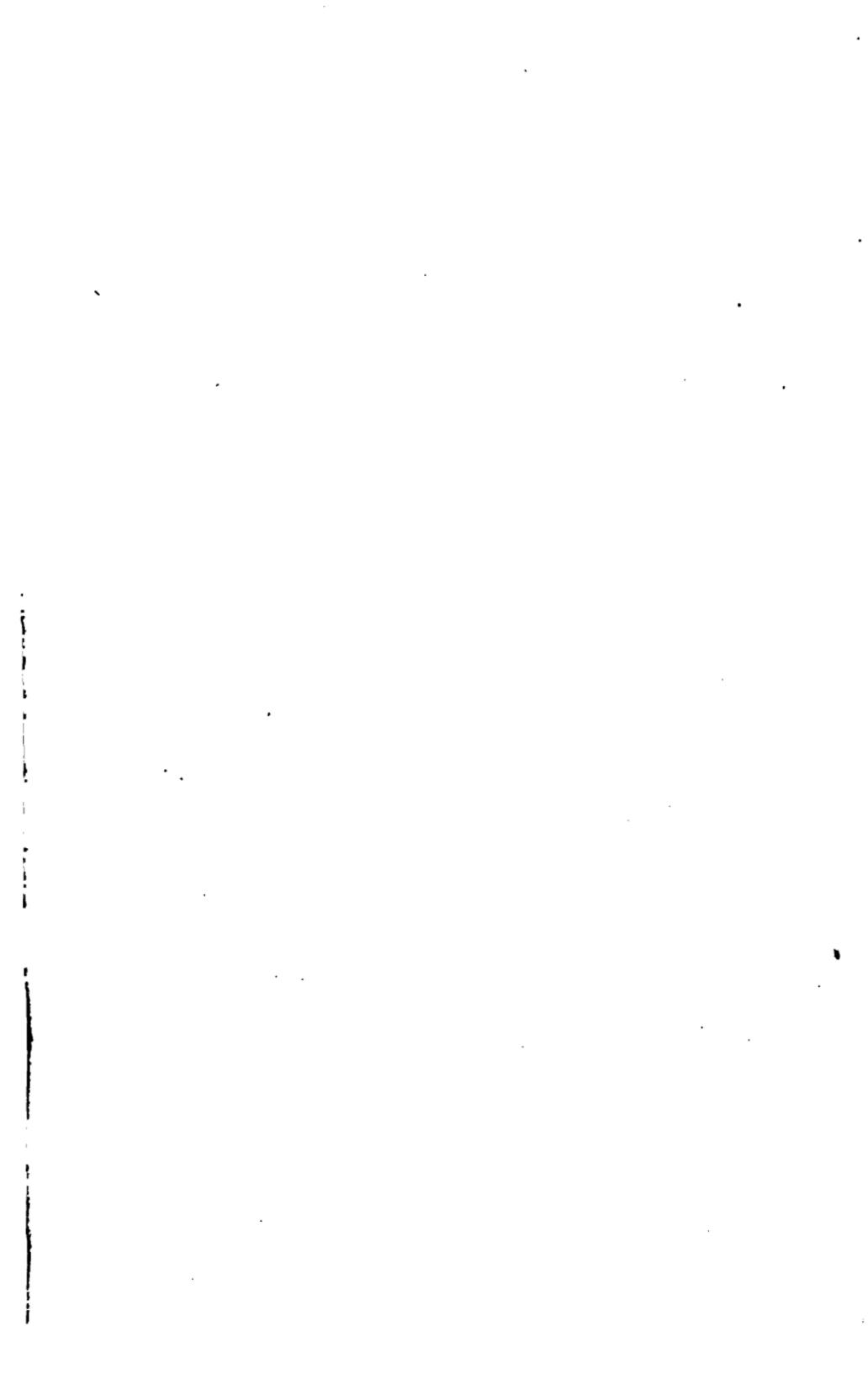
Y ETNOLÓGICA DE BERLIN, ETC., ETC., ETC.

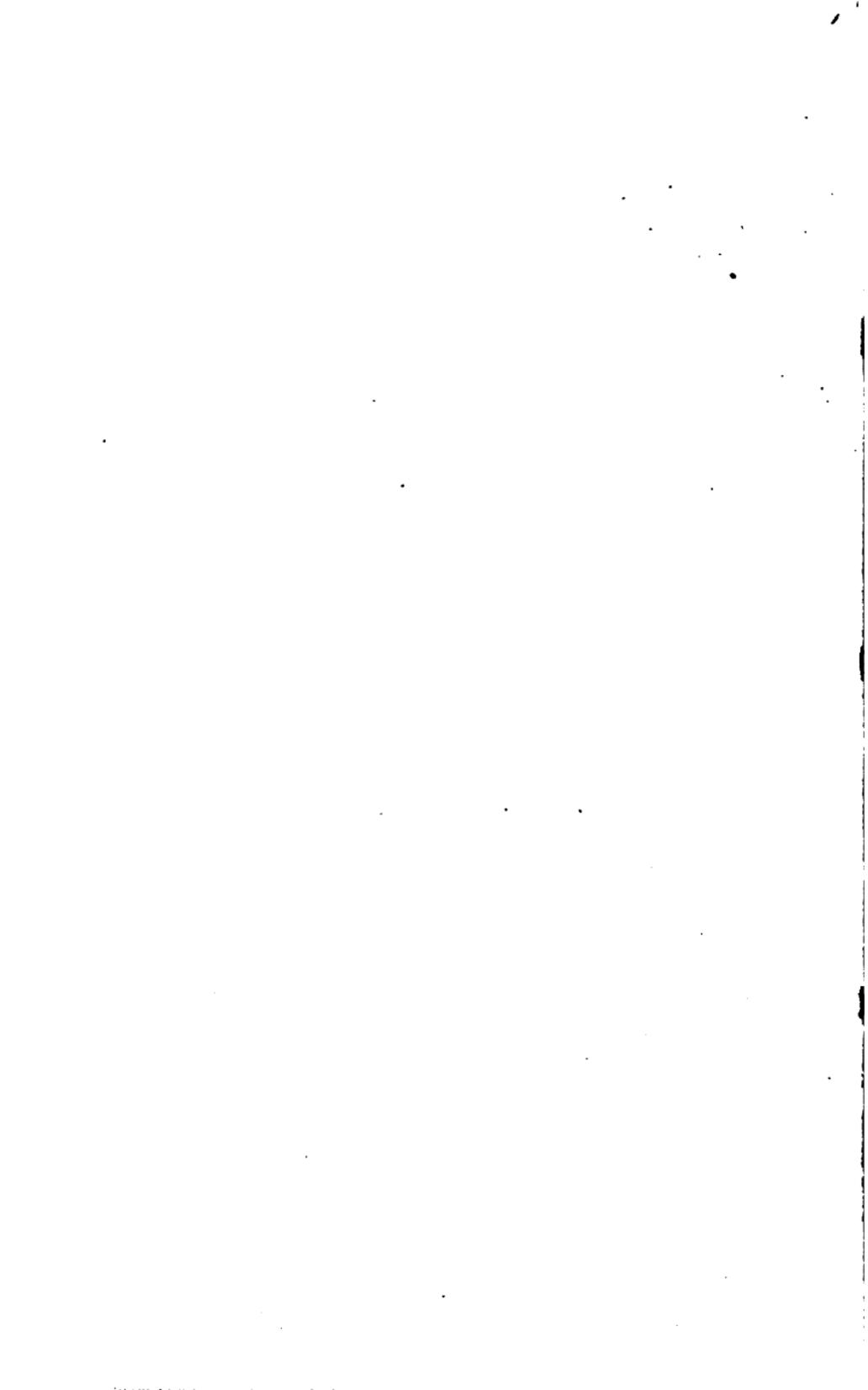
EDIDA EDICION











This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.

